UNIVERSIDAD NACIONAL DE COLOMBIA

Espacios de reintegración: Prácticas de participación comunitaria y transformación del espacio social en la Ciudadela Santa Rosa

Iván Camilo Rodríguez Torres

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas

Departamento de Antropología

Bogotá, Colombia

2013

Espacios de reintegración: Prácticas de participación comunitaria y transformación del espacio social en la Ciudadela Santa Rosa

Iván Camilo Rodríguez Torres

Tesis presentada como requisito parcial para optar al título de:

Magister en Antropología

Director:

Andrés Salcedo Fidalgo Ph.D

Línea de Investigación:

Antropología Social

Universidad Nacional de Colombia

Facultad de Ciencias Humanas

Departamento de Antropología

Bogotá, Colombia

2013

Caminante, son tus huellas
el camino y nada más;
Caminante, no hay camino,
se hace camino al andar…

Antonio Machado, *Proverbios y cantares*

Agradecimientos

Este trabajo es el fruto de numerosos esfuerzos, frustraciones y aciertos, alegrías y tristezas que han llenado mi tiempo en los últimos dos años y de los cuales, debo decir, he aprendido mucho. En estos momentos nunca he estado sólo, así que comienzo expresando mi gratitud a quiénes me acompañaron en este camino que se ha hecho al andar.

En primer lugar quiero dar gracias a la comunidad de la Ciudadela Santa Rosa, sus habitantes, en especial la presidenta de la Junta de Acción Comunal, quiénes siempre me recibieron con agrado, me abrieron las puertas de sus hogares y de sus vidas e hicieron esta investigación posible. En este barrio muchas veces me sentí como en casa y siento que aún no he podido devolverles todo lo que me dieron. Para con ellos y ellas mi gratitud entera y mi promesa de que nos volveremos a ver.

También quiero agradecer a mi alma mater, la Universidad Nacional de Colombia, en cuyos salones, cafeterías y campos entendí que mi vida la quería dedicar a trabajar como antropólogo por una sociedad equitativa, diversa e incluyente. En este punto quiero agradecer la valiosa ayuda de dos de mis profesores: el profesor Andrés Salcedo Fidalgo, mi director de tesis, quien creyó en esta investigación desde el principio, me brindó siempre su ayuda con importantes orientaciones teóricas, metodológicas y de escritura, y esperó con paciencia para ver los resultados de la misma. A él debo mi interés permanente en la reflexión antropológica sobre los escenarios urbanos contemporáneos. Y el profesor Carlos Páramo Bonilla, quien fue mi director de tesis en el pregrado de Antropología y en el desarrollo de esta investigación estuvo siempre dispuesto a escuchar mis dudas sobre la misma y hacerme valiosas sugerencias. Él siempre ha representado para mí una guía en el camino y un apoyo en todo momento

También quiero agradecer a los estudiantes que han pasado por mis cursos en los últimos dos años, quiénes han tenido que escucharme clase tras clase contando el mismo cuento. Con sus contínuas preguntas y comentarios me llenaron siempre de entusiasmo para seguir avanzando y sus interrogantes siempre me sirvieron para replantear metodologías y teorías en mi trabajo de campo.

A mi familia debo inmensa gratitud, su apoyo incondicional durante esta y todas las etapas de mi vida ha sido fundamental para llegar a donde estoy. Gracias también porque durante este trabajo siempre estuvieron al tanto, animándome para avanzar y llamándome la atención cuando no lo hacía. Sin eso estoy seguro de que nunca hubiese podido concluir esta investigación. A mis padres, mi hermano y mi hermana, mis abuelos, tíos y primos les agradezco de corazón.

A mis amigos les adeudo muchas cosas y les expreso aquí mi enorme gratitud por estar siempre ahí para mí. Aunque en parte a ellos y ellas debo el no haber podido dedicar a esta investigación todo el tiempo que hubiese querido, debo también reconocer que de no haber sido por todos los momentos de esparcimiento, discusión, risas y fútbol que pasé con ellos, no hubiera podido tener la energía para llevar a cabo esta tarea. Para ellas y ellos, gracias…totales.

Finalmente quiero agradecer a Alejandra, mi compañera de viaje, mi apoyo incondicional y mi inspiración en los últimos años. Sin sus opiniones y críticas, su cariño, su magia en la cocina y su amor por este oficio antropológico; no sólo no habría podido plantear, llevar a cabo y finalizar esta tesis, sino que no sería el hombre que soy ahora. Para ella no hay palabras de agradecimiento que alcancen.

Resumen

Esta investigación presenta una mirada antropológica a un caso particular: la Ciudadela Santa Rosa, una urbanización ubicada en el sur oriente de Bogotá. A partir de 2005 comenzaron a llegar allí familias de excombatientes quiénes después de completar su proceso de reinserción institucional lograron acceder a la compra de inmuebles muy económicos en la urbanización. Es así que la comunidad de la ciudadela ha ido acogiendo residentes de diversa procedencia hasta incluir en su seno, además de sus antiguos habitantes, población en situación de desplazamiento y excombatientes de varios grupos armados.

Este trabajo realiza un análisis del proceso de construcción de relaciones entre los habitantes del barrio, tratando de mostrar cómo éste se ha transformado a partir de la llegada de población desmovilizada. A partir de lo anterior, propongo una revisión crítica de los conceptos de desmovilización y reintegración que han orientado las políticas públicas en este campo en nuestro país, lo que al final me lleva a un cuestionamiento sobre los discursos ciudadanistas de “civilidad” que subyacen a las visiones sobre la reintegración social de excombatientes.

Palabras clave: desmovilización, reintegración, excombatientes, ciudad, ciudadanía, Santa Rosa.

Abstract

This research shows an anthropological view about a particular case: *La Ciudadela Santa Rosa*. A neighborhood placed in the Bogotá's southeast. Since 2005 some ex-combatant's families arrived to the neighborhood, after they finished their official reinsertion process, and they bought some cheap houses here. The ciudadela's community has received also people in displacement situation, and we can find them living beside to the old residents of the neighborhood and the ex-combatant's families.

This work makes some analysis of the construction process of social relationships between the neighborhood people. I want to show how "la ciudadela" has changed since the ex-combatants arrived. From all this, I proposed a critical revision of the demobilization and reintegration concepts that has oriented the public politics in this fields in our country. This ideas brings us to a controversy about the citizenist thoughts of civility that underlies to the social reintegration of ex-combatants views

Keywords: Demobilization, reintegration, ex-combatants, city, citizenship, Santa Rosa

Contenido

Pág.

Resumen…… 6
Lista de fotografías 9
Lista de mapas 10
Introducción…….....11

1. Capítulo 1: Los recorridos de la reintegración: el país, la ciudad y santa rosa. 16
1.1 Delimitando el Campo: marco histórico y legal. 18
1.2 Panorama nacional y distrital de desmovilización y reintegración.....24
1.3 Recorriendo espacio temporalmente la Ciudadela Santa Rosa 32

2. Capítulo 2. Entrando en el campo: aprendizaje y reciprocidad 48
2.1 Trabajo de campo: aprendizaje sobre la marcha. 49
2.2 Métodos de campo: de la recursividad a la no-directividad.....55

3. Capítulo 3. Debates conceptuales: ¿desde dónde abordar el caso santa rosa?63
3.1 Desmovilización, reintegración y ciudadanismo:.....63
3.2 Debates conceptuales: el sentido global del lugar 73
3.3 Otros conceptos relevantes: tácticas, capitales y micropolíticas 76

4. Capítulo 4. Relatos de la reintegración: participación, exclusión y silencio 80
4.1 Doña Rita Guerrero: Seguir en la lucha desde la legalidad. 82
4.2 Flavio: entre el rebusque y la exclusión 89
4.3 Alfredo: trabajando en silencio para vivir. 96
4.4 La diversidad de las experiencias de reintegración 100

5. Capítulo 5. Otras voces sobre los espacios de reintegración 107
5.1 Adriana: Participación y oposición 107
5.2 Julio Sergio: una visión diferente sobre la convivencia barrial. 112
5.3 Johana y Danilo: las voces del desplazamiento.....118
5.4 La inútil empresa de categorizar estas voces: 127

6. Epílogo: Transformación del espacio social a partir de las prácticas de participación comunitaria.....130
6.1 Reintegración, desigualdad e informalidad: aspectos para reflexionar 130
6.2 Subalternidad y formas alternativas de participación 135
7. Conclusiones 138
Bibliografía ……145

Lista de fotografías

Pág.
Fotografía N°1: La ciudadela Santa Rosa 32
Fotografía N° 2: Salón Comunal de la Ciudadela Santa Rosa.....40
Fotografía N° 3: Apartamento vacío y sellado justo debajo de otro que esta habitado 43
Fotografía 4: Varias casas continuas vacías y selladas.....44
Fotografía 5: Vista interior de una vivienda abandonada.....45
Fotografía 6 Límite suroriental de la ciudadela conocida como “las casas verdes”. Es el sector más peligroso. 50
Fotografía 7: Placa conmemorativa de edificación de la biblioteca comunitaria de la Ciudadela. 51
Fotografía 8: Grafiti elaborado por jóvenes desmovilizados 55
Fotografía 9: Mural elaborado con los niños del barrio. 86
Fotografía 10: Vivienda sellada 87
Fotografía 11: una de las calles de las “verdes” 92
Fotografía 12: La zona de las casas verdes queda en el límite oriental del barrio, más arriba ya no hay más casas.....92
Fotografía 13: Zona residencial ubicada más al occidente. Es evidente el mejor estado de las viviendas y las calles. 93
Fotografía 14: Esquina inferior del parque. Abajo se ve la caseta de vigilancia de Alfredo98
Fotografía 15: Entrada del centro comercial del barrio 117
Fotografía 16: Interior abandonado del centro comercial.....117
Fotografía 17: La zona del centro comercial llena de basuras.....118
Fotografía 18: Parque infantil 119
Fotografía 19: Escrito encontrado en una de las paredes de una vivienda.....123
Fotografía 20: Cancha de microfútbol en el parque central 124
Fotografía 21: Dibujo del parque central de la ciudadela. Elaborado por: Luisa.....126
Fotografía 22: Dibujo del parque central de la ciudadela. Elaborado por: Julio.....126
Fotografía 23: Vista de los detalles ornamentales de una vivienda de dos plantas.....132
Fotografía 24: Casa abandonada pero sin sellar 134
Fotografía 25: cuadra con la mayoría de sus viviendas selladas.....134

Lista de mapas

Pág.
Mapa N° 1: Ubicación de la Urbanización dentro de Bogotá 33
Mapa N° 2: Vías y viviendas de la ciudadela Santa Rosa.. 34
Mapa 3: Fotografía satelital de la urbanización 47

Introducción

Este trabajo no pretende abordar la reflexión sobre si la reintegración social de excombatientes es o no posible. El debate que subyace a este cuestionamiento es obviamente el de si la paz es posible. Personalmente creo que sí, pero sólo con una garantía de no repetición y sólo si se aprende de la multiplicidad de experiencias de estos procesos; si distinguimos entre un gobierno que quiere presentar resultados sobre sus propias políticas de turno y gente que trata de buscar una opción de vida mejor; pero sobre todo si se analizan desde una perspectiva muy local las dinámicas particulares de los procesos de integración de excombatientes a las comunidades, sus diferentes versiones y miradas, y la manera como estos procesos transforman los espacios en los que se desarrollan, en otras palabras si nos acercamos a las micropolíticas de la reconciliación (Theidon, 2004) y de la reintegración.

El objetivo de esta investigación es analizar la forma como operan estas micropolíticas en contextos urbanos de transformación espacial y como los sujetos utilizan los capitales previos de los que disponen para construir roles determinados en contextos de interacción local. Propongo esto a partir del análisis de un caso, la Ciudadela Santa Rosa en el suroriente de Bogotá, lugar de múltiples *espacios de reintegración*. Este trabajo apunta a mostrar cómo se ha transformado el barrio a partir de la llegada de población desmovilizada, recogiendo relatos de los habitantes del barrio desde múltiples perspectivas y puntos de vista que, en ocasiones, son diametralmente opuestos. En últimas esta investigación recorre dos caminos: las particularidades del proceso de reintegración de los excombatientes que llegaron a vivir a la ciudadela y la influencia de estas en la conformación del espacio social, totalmente jerárquico y móvil, de esta urbanización.

En el primer capítulo encontramos una presentación del campo en el cual realicé esta investigación. Allí realizo un recorrido que me lleva por tres paradas específicas para arribar finalmente al caso particular que aborde etnográficamente aquí. En la primera parada hago un recuento histórico de los proceso de negociación del gobierno con grupos alzados en armas desde mediados del siglo XX hasta el 2006 y a partir de esto presento la trayectoria en la construcción del marco legal de la políticas de desarme, desmovilización y reintegración del gobierno colombiano en esos años; lo que permite entender los resultados, favorables y desfavorables, obtenidos por el estado en estos campos. Precisamente, en la segunda parada, presento el panorama nacional y distrital actual en materia de desmovilización y reintegración, haciendo énfasis en cifras oficiales que muestran precisamente este panorama que aunque favorable para el estado, es evidentemente desfavorable para la población desmovilizada y para la sociedad colombiana. Esta parte termina con una pequeña reconstrucción de la historia de la localidad de San Cristóbal, marcada por procesos de urbanización informal y profundas inequidades sociales.

Este panorama nacional, distrital y local presenta aspectos histórico-políticos relevantes en los que podemos evidenciar la forma en que variables globales se materializan en contextos locales particulares. Muestra de esto es la última parada de este capítulo, en la cual hago una reconstrucción histórica de los acontecimientos que le han dado a la Ciudadela Santa Rosa su particular panorama actual. Esto nos ofrece un paisaje matizado por múltiples variables como el funcionamiento del mercado del suelo en Bogotá, formal e informal, dominado por las entidades bancarias y la especulación. La proliferación del micro tráfico de drogas y la delincuencia común en las zonas periféricas de la ciudad como fruto de la falta de preocupación del gobierno nacional y distrital por las necesidades de quiénes allí habitan. Y por supuesto la llegada a este barrio de componentes significativos de población desmovilizada y desplazada. Pero además, este paisaje muestra una urbanización marcada por la capacidad de agenciamiento de las comunidades para construir mecanismos de participación comunitaria que actúen en pro de las necesidades de la misma comunidad; todo esto con resultados concretos y diferentes para quiénes la conforman.

Todo lo anterior pretende ubicar al lector en el escenario de esta investigación para que resulte más fácil entender las particularidades de este lugar, la influencia de variables

globales en su conformación socioespacial y el por qué es un caso que merece a todas luces una exploración etnográfica basada en una visión crítica sobre el funcionamiento de las políticas públicas del estado en materia de desmovilización y reintegración.

En el segundo capítulo presento mi experiencia de trabajo de campo en la ciudadela Santa Rosa. Esto a partir de un recuento de mi acercamiento a este caso, cómo me enteré del mismo, cómo se llevaron a cabo los primeros acercamientos con la comunidad y cómo fue que gracias a una mezcla particular de suerte y habilidades sociales oportunamente empleadas logré construir un rol local en campo más allá de la imagen del investigador externo.

En este capítulo también resumo los métodos etnográficos utilizados en esta investigación que en su mayoría son desestructurados y se apoyan en las conversaciones informales con los habitantes de la ciudadela A partir de estos métodos hago una crítica a otras metodologías que han sido empleadas en contextos de conflicto armado, para exponer un método personal que construí a partir de la intención de compartir semanalmente con la comunidad y entender cómo viven y ven su mundo. Este método personal está basado en la interacción recíproca del investigador con la comunidad, en la cual el primero siempre debe estar dispuesto aprender y escuchar y sobre todo a poner a disposición de las necesidades de la gente, aquello que sabe y puede hacer.

El tercer capítulo es una exploración de las referencias teóricas que he tomado para construir el marco conceptual de esta investigación, separándolas en tres grandes categorías. La primera aborda los conceptos de desmovilización y reintegración desde sus definiciones oficiales y las implicaciones semánticas de las mismas en relación con el paradigma ciudadanista del estado moderno que concibe la sociedad como un conjunto unificado de sujetos racionales que funciona armónica y coherentemente, esto a partir de los postulados de autores como Kimberly Theidon (2004), Manuel Delgado (2012) y Norbert Elías (1939), entre otros.

En la segunda categoría abordo la noción de “sentido global de lugar” propuesta por la geógrafa inglesa Doreen Massey (2004), relacionándola con las propuesta teóricas de la naturaleza de lugar en la etnografía (Escobar, 2000) a partir de la cual establezco un

debate sobre la necesidad de concebir los lugares en sus múltiples dimensiones, concebidas y practicadas (Lefebvre, 1974) (Delgado, 1999) y espacializar la construcción y la lucha por demandas sociales (Öslender, 1999). La tercera categoría presenta un conjunto de conceptos adicionales como el de micropolíticas de la reintegración (Theidon 2005) Espacio social y capital (Bourdieu 1997) tácticas y estrategias (De Certeau 1980) fricción (Tsing 2004) e interacción (Goffman 1981) que enmarcan la apuesta que hago en esta investigación por tratar de entender el espacio social de la ciudadela santa rosa desde un enfoque etnográfico que analiza las formas particulares en que los habitantes de este barrio utilizan capitales adquiridos previamente y durante su estancia en el barrio para construir de manera táctica un capital social que los ubica en determinado lugar en la jerarquía de participación comunitaria del barrio, el cual funciona a través de micropolíticas de interacción cotidiana marcadas por múltiples fricciones.

En el cuarto Capítulo presenta a los personajes principales con los que tuve contacto en la ciudadela [1] y que hacen parte de la población desmovilizada que habita allí. A través de los relatos de salida de las organizaciones de estas personas y de llegada al barrio, podemos ver las marcadas diferencias en estas experiencias de reintegración determinadas en gran medida por los capitales adquiridos por ellos y ellas durante su estancia en las organizaciones armadas ilegales, pero también por las trayectorias particulares que siguieron tanto antes de ingresar a las mismas como cuando las abandonaron. Estos personajes muestran la necesidad de reconocer la importancia de la participación de excombatientes en la transformación del espacio social del barrio, pero también de matizar este panorama.

El capítulo quinto realiza un ejercicio similar que el anterior, pero esta vez abordando etnográficamente otro conjunto de voces y relatos, los de la “comunidad receptora” es decir, los habitantes de la ciudadela que ya estaban allí antes de la llegada de los desmovilizados y los que llegaron al mismo tiempo que ellos pero no hacen parte de este grupo, así como también personas en situación de desplazamiento que están viviendo allí. Estos relatos en su mayoría están marcados por un cambio de visión con respeto a la convivencia con los excombatientes, vistos primero con temor, luego con agrado y

[1] Los nombres reales de la mayoría de personas que me ayudaron en esta investigación han sido remplazados por seudónimos por motivos de seguridad de ellas y ellos.

gratitud y recientemente con incertidumbre. Estos relatos permiten cuestionar la visión oficial de la experiencia de la ciudadela Santa Rosa como un caso “exitoso” de reintegración de excombatientes, incluso nos permiten cuestionar la noción de la participación comunitaria y la convivencia armónica en los barrios populares.

Finalmente en el último apartado realizo varias consideraciones finales que abordan la relación entre las dinámicas de la reintegración social de excombatientes con las profundas desigualdades y precariedades en las condiciones de vida a las que se ven enfrentados no sólo los mismos desmovilizados, sino también las personas que conviven con ellos en los contextos urbanos marginales y periféricos. Así mismo, planteo como la capacidad de agenciamiento expresada mediante el uso de múltiples capitales sociales le permite a esta personas construir escenarios, hegemónicos y subalternos, de participación comunitaria. Escenarios que, como propone James Holston (2009) son la base para construir ciudadanías insurgentes que resignifican el ámbito de los derechos civiles en las ciudades latinoamericanas contemporáneas.

Esta investigación no apunta a criticar o desestabilizar las dinámicas sociales de la ciudadela Santa Rosa. Mi intención es analizar las dinámicas internas que subyacen a la interacción cotidiana de sus habitantes y como estas son la materialización de aspectos históricos, políticos y sociales de la ciudad, del país y por qué no, del ámbito mundial. Espero que con este trabajo pueda contribuir al entendimiento de los efectos que tienen las políticas públicas en los contextos locales, que por lo general no son nunca tenidos en cuenta en el ámbito de la de la discusión cuando dichas políticas son formuladas. Ya es hora de que las políticas de estado respondan realmente a las necesidades y prácticas de vida de la mayoría de personas (sobre todo las menos favorecidas) y no a los intereses de unos pocos. Este trabajo apunta a mostrar la importancia de planificar antes de ejecutar y no ejecutar para solucionar, que es en últimas, lo que ha sucedido en la Ciudadela Santa Rosa.

1. Capítulo 1: Los recorridos de la reintegración: el país, la ciudad y Santa Rosa.

Luego de más de diez años en los que hemos presenciado un gran énfasis del gobierno nacional en la puesta en marcha y el fortalecimiento de una plataforma política y económica que sustente los procesos de Desarme, Desmovilización y Reintegración (DDR) de individuos y grupos pertenecientes a organizaciones armadas ilegales, sumados a los más de cincuenta años en los que se han visto uno tras otro acuerdos de negociación y amnistías del estado con grupos armados de distinta índole, habría que preguntarse necesariamente si todos estos esfuerzos han contribuido en algo a la solución del conflicto armado en nuestro país.

A simple vista, y basándonos tanto en el abundante corpus mediático sobre el conflicto armado interno que diariamente se presenta al público[2], como en la opinión común de los colombianos y colombianas al respecto, podríamos decir que la gran inversión realizada por el gobierno en los procesos de DDR, no se ve reflejada significativamente en avances en el camino de búsqueda de la paz. De hecho, lo que se observa es una percepción bastante generalizada entre la sociedad colombiana de que todos los esfuerzos realizados por el estado por solucionar el conflicto a través de la desarticulación y el desmonte de los grupos armados no han servido de mucho; y si lo han hecho, han sido para permitir que actores armados de ambos bandos puedan escapar de la justicia y la reparación de sus crímenes.

---

[2] Para acceder a este corpus mediático sobre conflicto armado puede resultar muy útil consultar las bases de datos de prensa que compilan entidades y organizaciones dedicadas a este tema como el CINEP, Corporación Nuevo Arcoíris o el Observatorio del Conflicto Armado.

Según la *Primera Encuesta Nacional en temas de Derechos Humanos y Paz* realizada por el Centro Nacional de Consultoría por iniciativa de *Medios para la Paz* y el CINEP "Para la opinión pública colombiana, el conflicto armado es definido como una situación que surge en el pasado, está presente aún y sin posibilidades futuras de resolución. El 88% de los encuestados considera que aún estamos en conflicto armado interno" (CINEP, 2011)

Por otro lado, tenemos una postura diametralmente opuesta, la del Gobierno nacional, el cual continuamente recalca que toda esta plataforma de desarme, desmovilización y reintegración articulada a la política nacional de *seguridad democrática* ha sido un éxito rotundo y que gracias a ella es que estamos cada vez más cerca de la paz.[3] Esta postura se sustenta por un lado, en las altas cifras de inversión del estado en beneficios y programas para fomentar la desmovilización y la reintegración y por otro, en las cada vez más abultadas estadísticas sobre desarmes y entregas de excombatientes que copiosamente recopilan y presentan las dependencias oficiales encargadas de este campo.

Sobra decir que esta posición también es apoyada comúnmente, aunque de manera ambigua, por los medios de comunicación quiénes continuamente oscilan entre los cuestionamientos y los apoyos a estos procesos. Entonces, ¿a quién se le cree? El asunto es que este panorama ha creado un gran sentimiento de incertidumbre y desconfianza en las posibilidades reales de solución del conflicto y de reintegración de excombatientes a la sociedad. Sin embargo, es notorio el hecho de que las percepciones y experiencias particulares desarme, desmovilización y reintegración en Colombia, por parte de ese grupo tan marcadamente heterogéneo y complejo de sujetos a quiénes comúnmente agrupamos bajo la categoría de "los desmovilizados" o "los reinsertados", generalmente no se tienen en cuenta, o no se visibilizan.

Todo este conjunto de opiniones de quiénes han vivido estas experiencias sobre los avances, aciertos y errores en la búsqueda de la solución al conflicto, no trascienden del ámbito del taller psicosocial, de la conversación informal, de la charla de cafetín o a lo sumo del artículo poco leído en la revista de opinión.

[3] De hecho, aún en años recientes el Gobierno nacional se empeñaba en negar la existencia de un conflicto armado interno en Colombia. El gobierno de Juan Manuel Santos 2010-2014 lo reconoció recientemente.

Comenzaré este relato con un recurso tomado de mi experiencia de trabajo en campo. Cada vez que me disponía a visitar Santa Rosa debía tomar un bus urbano para llegar a mi destino y debo decir que estos recorridos en bus de más de una hora tanto de ida como de vuelta fueron fundamentales, tanto para prepararme antes de las visitas, entrevistas y demás, como para tomar anotaciones e incluso sacar conclusiones sobre lo hecho en campo. En agradecimiento a estos recorridos en bus he decidido comenzar este escrito con un recorrido similar, sólo que en vez de hacerlo por las convulsionadas calles de Bogotá, lo haré por las rutas que me llevaron a este tema y a este caso en particular y que espero lleven también al lector desde unas problemáticas globales que requiere el análisis del conflicto en Colombia, hasta los acontecimientos cotidianos de una urbanización y sus habitantes.

Este recorrido de contexto me llevará desde el panorama nacional actual y el marco legal de los procesos de desarme, desmovilización y reintegración, pasando por una revisión de la situación en Bogotá en este aspecto, para luego presentar una reconstrucción de la historia de la Ciudadela Santa Rosa.

1.1 Delimitando el Campo: marco histórico y legal.

En este punto haré un breve recuento histórico sobre la construcción del marco legal de desarme, desmovilización y reintegración del país tomando en cuenta un horizonte amplio para, a partir de esto, presentar en seguida el panorama nacional y distrital de este campo y sus situaciones más problemáticas**.**

Desde mediados del siglo XX en Colombia se han presentado por lo menos diez experiencias históricas de procesos de desarme y admistía, así como de acuerdos de paz entre el Gobierno nacional y organizaciones armadas ilegales. (Villarraga, 2005). Desde la década del cincuenta la desmovilización de las guerrillas campesinas de afiliación partidista fue promovida por la amnistía decretada durante el gobierno del General Rojas Pinilla, hasta la formulación de plataformas legales que favorecieron la deserción individual de combatientes de grupos insurgentes en los noventas y más recientemente los acuerdos del gobierno nacional con las Autodefensas Unidas de

Colombia (AUC) que se materializaron en la desmovilización colectiva de los bloques paramilitares a partir del 2003. A partir de lo anterior, tenemos un panorama bastante desolador en materia del alcance de estas iniciativas[4]. Aspectos como los asesinatos y persecuciones a los líderes y voceros de los grupos, poca efectividad y alcance de las negociaciones en la práctica, falta de seguimiento a los ex integrantes de los grupos armados, falta de compromiso de las partes y ausencia de representantes de la sociedad civil como actores mediadores, son sólo algunos de los factores que han marcado estas experiencias. Vamos a profundizar en este camino.

Como mencionaba, durante el mandato del General Rojas Pinilla, se decretó por primera vez una admistía para los alzados en armas, en ese momento para los nacientes grupos insurgentes de izquierda que se habían fortalecido en las áreas rurales de los llanos, Tolima y Cundinamarca. Mediante la expedición del decreto 1823 de 1953, se otorgó dicha admistia y se creó la Oficina de rehabilitación y socorro para apoyar estos procesos; un total de 6.500 guerrilleros se entregaron en un período de tan sólo tres meses. Al parecer los resultados de esta experiencia no fueron muy notorios debido a la falta de programas para el apoyo a los desmovilizados y al asesinato de varios lideres de estos grupos, como es el caso de Guadalupe Salcedo(*cf*. Villarraga, Alvaro 2005, 152).

Más adelante, a comienzos de la década de los ochenta del siglo pasado el gobierno expidió la Ley 37, concretamente hacia 1981 en donde el Congreso de la República declaraba formalmente una amnistía condicional a los colombianos autores o partícipes de hechos que constituyan rebelión, sedición o asonada. A partir de allí, el presidente Belisario Betancour puso en marcha el “Plan Nacional de Rehabilitación” y en 1982 comenzaron las negociaciones a través de una Comision de Paz con las FARC-EP, el EPL y el M19. Gracias a esto, alrededor de 700 Guerilleros de estas organizaciones se acogieron al programa de reinserción del gobierno que implicaba beneficiós económicos y apoyos para vivienda. En 1984 se suscriben pactos bilaterales de cese al fuego con los grupos arriba mencionados.

[4] Para más información al respecto se puede consultar un artículo muy ilustrativo de Álvaro Villarraga (2005). "Procesos de paz. desarme y reinserción en Colombia". En D. Villamizar, J. Cuesta, C. Sanchez, & R. Morales (Edits.), *Desmovilización, un camino hacia la paz.* Bogotá: Alcaldia Mayor de Bogota DC, Corporación Unificada Nacional de Educación Superior CUN, Hogares de paso La Maloka

En la década de los noventa, la legislación colombiana contemplaba la ruta que debían seguir tanto quiénes decidieran abandonar las armas voluntariamente, como los entes de control responsables. A partir del decreto 1385 de 1994 se pone en marcha la política gubernamental para fomentar la desmovilización permanente de miembros de grupos alzados en armas. Este programa ofrecía indultos y beneficios económicos dentro de los programas de reinserción gubernamentales. En este decreto "se expiden normas sobre concesión de beneficios a quiénes abandonen voluntariamente las organizaciones subversivas" y en su Artículo segundo contempla una exposición de la ruta legal de este proceso:

> **Artículo 2.** Las personas que pretendan acceder a los beneficios previstos en este Decreto deberán *entregarse a cualquier autoridad civil, judicial o militar*. De dicha entrega deberá *informarse inmediatamente a la Fiscalía Regional*, la cual podrá autorizar la permanencia de la persona que se entrega voluntariamente en instalaciones militares, así como disponer su reclusión en cuarteles militares siempre que así lo solicite el beneficiario de estas medidas. Cuando el recluido manifieste su voluntad de no continuar en una instalación militar, será traslado al centro carcelario que determinen las autoridades competentes. El *Comité Operativo para la Dejación de las Armas* podrá suspender las órdenes de captura que se hayan dictado en procesos penales por delitos políticos y conexos cometidos con anterioridad a la entrega, hasta tanto se decida la respectiva solicitud de los beneficios jurídicos. (Presidencia de la República, Decreto 1385 de 1994, Artículo 2)

Este tipo de política no implica acuerdos de paz ni concertaciones de cese al fuego. Sin embargo, generó una puesta en marcha más amplia en cuanto a creación de políticas públicas para la reinserción.

En años posteriores se expidieron varias reglamentaciones más sobre este tema, algunas de ellas son: la Ley 418 de 1997 (Artículo 53), Ley 548 de 1999, Decreto 2546 de 1999 (Artículo 28) y la Ley 782 de 2002. En todas ellas se realizaron modificaciones menores a la normatividad sobre los responsables de la recepción de personas desmovilizadas, la duración en cada estancia y las obligaciones de las partes.

Pero no será sino hasta el 2003 cuando se expida una norma que determine de manera precisa cada uno de los pasos a seguir cuando un ex combatiente se entrega

voluntariamente a la ley. El Decreto 128 de 2003 expresa claramente esta ruta derogando todas las anteriores:

> ARTÍCULO 3. DESMOVILIZACIÓN. Las personas que pretendan acceder a los beneficios previstos en este Decreto deberán presentarse ante jueces, fiscales, autoridades militares o de policía, representantes del Procurador, representantes del Defensor del pueblo o autoridades territoriales, quiénes informarán inmediatamente a la Fiscalía General de la Nación y a la guarnición militar más cercana al lugar de la entrega.
>
> ARTÍCULO 4. RECEPCIÓN. Desde el momento en que la persona se presenta ante las autoridades a que se refiere el ARTÍCULO anterior, el Ministerio de Defensa Nacional presentará la ayuda humanitaria inmediata que requiera el desmovilizado y su grupo familiar, cubriendo en todo caso sus necesidades básicas como son las de alojamiento, alimentación, vestuario, transporte, atención en salud y realizará la valoración integral del desmovilizado. (Presidencia de la República, Decreto 128 de 2003)

Según este decreto, el Ministerio de Defensa será el ente encargado de realizar la recepción inicial de los desmovilizados. Para tal fin, este ministerio ya había creado en el 2001 el Programa para la atención Humanitaria al Desmovilizado (PADH) que se encargaría de brindar el primer apoyo a dicha población. Éste incluía la instalación en los denominados albergues en las ciudades donde se les proporcionaba los servicios básicos como alimentación, salud y acompañamiento psicosocial.

Posteriormente, el Ministerio de Defensa debía notificar al respecto al Ministerio del Interior y de Justicia, y hacer entrega de la persona a dicho ente en un término no mayor a 15 días. Para tratar estos asuntos, a comienzos del 2003, el Ministerio del Interior creó el Programa de Reincorporación a la Vida Civil (PRVC) y copió el modelo de albergues del PAHD que más adelante se llamarían “Hogares de paz”, para evitar connotaciones sociales sobre las comunidades receptoras. Además de esto, la Defensoría del Pueblo fue el organismo encargado de designar abogados de oficio para ejercer en defensa del desmovilizado.

El artículo quinto del mismo decreto garantiza a los desmovilizados el respecto de sus derechos humanos como ciudadanos colombianos, encargando al Programa

Presidencial de Promoción, Respeto y Garantía de los Derechos Humanos, como ente verificador del cumplimiento de esta norma.

El Decreto 128 expone que a partir de allí, el desmovilizado entra en un periodo de evaluación del cual se encarga el CODA (Comité Operativo para la Dejación de las Armas) en donde se determinan la pertenencia del desmovilizado a la OAI, las circunstancias de su abandono voluntario, su voluntad de reincorporarse a la vida civil, además de tramitar la suspensión o aplazamiento de penas, dependiendo del caso, ante los entes correspondientes (*Cf.* Presidencia de la República Decreto 128 de 2003).

En el caso de la Desmovilización Colectiva, el Decreto 3360 de 2003 reglamenta que la lista de miembros de la estructura que se desmoviliza colectivamente dada a conocer por los voceros de dicho grupo sustituye para todos los efectos la certificación del CODA (*Cf.* Presidencia de la Republica Decreto 3360 de 2003).

Una vez expedida la certificación del CODA , el desmovilizado entra a ser receptor de los beneficios otorgados por el Programa de reincorporación a la sociedad, estos beneficios son de carácter jurídico, socioeconómico, educativo, de salud y de seguridad.[5] Al termino de dos años, y si el Ministerio del Interior no amplía este rango de tiempo por consideraciones especiales, se da por terminado el programa y se suspende la prestación de los beneficios. Estos beneficios también pueden ser retirados en un tiempo menor en el caso de que el desmovilizado incurra en faltas penales o contra el reglamento del programa. En todo caso se considera que después de este tiempo, el desmovilizado ya está listo para reintegrarse a la sociedad, y entrar en la esfera laboral, lo que le permitirá adquirir una condicion de autosostenibilidad.

Años después, más concretamente hacia el 2005 se expide la ley 975, también conocida como *Ley de Justicia y paz.* En la cual “se dictan disposiciones para la reincorporación de miembros de grupos armados organizados al margen de la ley, que contribuyan de manera efectiva a la consecución de la paz nacional y se dictan otras disposiciones para acuerdos humanitarios “ (Congreso de la República, Julio 25 de 2005) El aparato legal del estado en materia de desmovilización que había sido fortalecido por reglamentaciones anteriores ya mencionadas como el decreto 128 de 2003 y la

[5] Estos beneficios se encuentran expuestos con más detalle en la Resolución 513 de 2005 del Ministerio del Interior y de Justicia.

resolución 513 de 2005, se robusteció. Esto genero un aumento significativo en las cifras de desmovilizaciones a nivel nacional que pasaron de 5383 desmovilizaciones certificadas en el 2004 a 12922 en el 2005 y casi a 20000 en el 2006. (ACR, 2009)

Esta ley es elaborada y puesta en marcha Durante el gobierno de Álvaro Uribe Vélez y a través de esta, la responsabilidad de los programas de desmovilización y reinserción se delegó en los Ministerios de Defensa y del Interior. Además, se suprimió el reconocimiento político a los grupos alzados en armas equiparando de esta manera los grupos guerrilleros y los de autodefensas.

En concordancia con lo anterior, en el 2006 se crea la Alta Consejería para la Reintegración Social y Económica de Personas y Grupos Alzados en Armas, en el Departamento Administrativo de la Presidencia de la República. De ahí en adelante, esta dependencia es la encargada de diseñar, ejecutar , evaluar y asesorar las políticas de estado en todo lo referente a reintegración a la vida civil de personas o grupos armados organizados al margen de la ley, que se desmovilicen voluntariamente de manera individual o colectiva (*Cf.* Presidencia de la Republica Decreto 3043).

Dos años mas tarde, en el 2008, se expiden dos documentos con modificaciones a las rutas de salida de los excombatientes y los excargados del proceso. el Decreto 1059 de 2008 y el documento Conpes 3554 del Consejo Nacional de Política Económica y Social titulado *Política nacional de reintegración social y económica para personas y grupos armados ilegales,* en el cual se hace una exposición detallada de la funcionamiento de los programas del gobierno en materia de reintegración a partir de ese año.

Finalmente, en el 2010 y bajo el mandato de Juan Manuel Santos se expide la ley 1424, en donde el Congreso de la República reglamenta disposiciones adicionales sobre los beneficios jurídicos para desmovilizados y el esquema general de justicia transicional del país tratando de articularlo de manera más efectiva con la reparación a las víctimas de los mismos desmovilizados. Los hechos han mostrado que este fin está lejos de ser alcanzado.

1.2 Panorama nacional y distrital de desmovilización y reintegración

Desde el 2006, la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración es la entidad encargada a nivel nacional de atender a la población desmovilizada en materia de beneficios y solución de problemáticas. Según esta entidad entre 2002 y 2011 54.366 personas se desmovilizaron (individual y colectivamente). El 61%, producto de las negociaciones de paz con las Autodefensas Ilegales (ACR 2009). Ésta es una cifra considerable, aunque notoriamente marcada por las cifras aportadas por las desmovilizaciones colectivas de los bloques paramilitares. Actualmente esta entidad se ha convertido en la agencia Colombiana para la Reintegración.

Según otra fuente, entre Agosto 7 de 2002 – abril 15 de 2012, se han desmovilizado individualmente 21.100 personas de grupos guerrilleros y 3.747 personas de grupos paramilitares. De manera colectiva se han desmovilizado 31.664 personas de grupos paramilitares mientras sólo 154 de grupos guerrilleros, para un gran total de 56.665 desmovilizados sólo en ese periodo. Del total de esta población, 81,4% son hombres, mientras que sólo un 18,6% son mujeres. También es necesario mencionar el significativo dato de 4.811 menores de edad desvinculados de las filas de grupos armados (ODDR, 2012)

Todo esto sin tener en cuenta periodos históricos anteriores e ignorando, por supuesto, todas aquellas personas que desertaron de las filas de organizaciones armadas pero que no se entregaron oficialmente a las fuerzas del estado. Como vemos las cifras son bastante altas, aunque por supuesto siempre hay que tener en cuenta la fuente y sobre todo la intencionalidad política que puede estar detrás de estos números que presentan “resultados” del gobierno en el tema de la desmovilización.

Además de los datos a nivel nacional se presentan varias situaciones de manera recurrente, algunas con poca profundidad y fácilmente solucionables con un poco de voluntad del gobierno, otras más complejas y con consecuencias fuertes sobre los contextos regionales. Dentro de ese rango de problemáticas de poca profundidad encontramos en primer lugar el carácter para nada *diferencial* sino más bien

homogenizante de las políticas públicas en materia de desmovilización, en las que en un mismo saco se meten mujeres y hombres de muy variada procedencia geográfica e incuso étnica, de diferente extracción social, con diferente formación académica y con trayectorias de vida muy distantes entre sí.

Los programas de desmovilización y reintegración del gobierno también se caracterizan por un marcado *asistencialismo*. Esto repercute en la aparición de un sentimiento de desazón en las comunidades de los residentes de los barrios en los cuales se ubicaron los albergues, quiénes no se explican cómo el gobierno ayuda a personas desocupadas vistas como "criminales" y no a "personas de bien". Por otro lado, tampoco están de acuerdo con los flujos constantes (aunque por lo general no muy significativos) de dinero para la población desmovilizada sin necesidad de que ésta se vincule formalmente a un empleo.

Al respecto, Richy Ramírez[6], quien tuve la oportunidad de entrevistar en el 2010 me comentaba sobre los Albergues de desmovilizados:

> La falta de oficio allá era una cosa desesperante. Imagínese estar todo el santo día sin hacer nada, sólo comiendo y durmiendo. Por eso fue que comenzamos a tener roces con nuestros vecinos allí en Teusaquillo… imagínese todo el día sentados en el andén enfrente del albergue, los compañeros se ponían a fumarse un porro en los parques o a piropearles las hijas a los vecinos. En casos extremos algunos se metieron en líos graves. Además el hecho de que la comunidad no nos viera haciendo algo era muy influyente…le daban a usted plata, alojamiento y comida sin hacer nada. Así que cuando la comunidad se enteraba de esto, se generaba resentimiento en contra de los desmovilizados, por que como así que a nosotros nos daban todo sin hacer nada. (Ramírez, 2010)[7]

Esto nos remite al tercer obstáculo esto es, la *falta de oportunidades laborales* para la población desmovilizada debido en primer lugar sus antecedentes judiciales, pero

[6] En este trabajo se utilizarán en ocasiones los nombres reales de los entrevistados y otras un seudónimo. Esto fue consultado y cuenta con el consentimiento de las mismas personas mencionadas

[7] Entrevista realizada a Richy Ramírez, desmovilizado de la guerrilla que actualmente reside en Bogotá. Abril de 2010.

también a su procedencia geográfica y a su *nivel de escolaridad*. Con respecto a esto, Arjona y Kalyvas mencionaban que para el 2005 encontraron bajas tasas de escolaridad entre la población desmovilizada encuestada por ellos. En esa encuesta se muestra que en términos de educación secundaria para excombatientes de guerrillas tenemos una cobertura promedio de 34% mientras que para excombatientes de autodefensas aparece un 49%. En cuanto a formación universitaria tenemos una cobertura máxima de 3% tanto para desmovilizados de autodefensas como de guerrillas. (Arjona y Kalyvas, 2005) En el tema del empleo, la misma encuesta menciona que:

> sólo cerca del 17% de los desmovilizados individuales tenían un trabajo en el momento de contestar la encuesta; el porcentaje es mayor entre desmovilizados colectivamente de autodefensas (30%) quizá debido a que muchos de ellos viven en las zonas en que vivían antes de ingresar a un grupo paramilitar o en el lugar en que vivían cuando eran combatientes. Es de esperar que estos ex combatientes tengan acceso a más redes sociales que los desmovilizados individuales que en su mayoría viven en ciudades donde no vivían antes de su reclutamiento (Arjona y Kalyvas 2005:74)

Justamente este último es el caso de Santa Rosa, barrio al cual llegan hacia 2005 desmovilizados en tal condición de desempleo. Según los mismos autores, “recibir ayuda para encontrar un empleo es considerado como un factor esencial para cerca del 70% de los encuestados”, lo cual mostraría la importancia considerable que la misma población le da a este tema.

La Fundación Ideas para la Paz muestra que “en Colombia, a pesar de que el sector empresarial ha reconocido la importancia de su intervención en el proceso de reintegración económica de excombatientes, su participación ha sido tímida: sólo 20% de las empresas encuestadas participa en iniciativas de reintegración” (Fundación ideas para la Paz, 2009:8). Esto desemboca en un panorama general de desempleo que hace de la vida del desmovilizado un camino que muchas veces está marcado por la incertidumbre, la informalidad y la falta de estabilidad.

Lo anterior nos conecta con repercusiones más profundas para la población desmovilizada en esta etapa transitoria y en sus relaciones con los demás en varios

puntos del país, en donde encontramos que la falta de oportunidades laborales sumadas a la presencia activa de actores armados, narcotráfico y economías extractivas, crea un ambiente en el que por lo general la mejor opción, a veces la única, es la del *Rearme,* es decir volver a empuñar las armas y vincularse ya sea a su antiguo grupo armado o a una de las llamadas "bandas criminales"[8]. Por supuesto que lo mencionado anteriormente influye de manera muy negativa en los municipios, provincias, regiones y demás, en donde confluyen estos factores amenazando fuertemente la seguridad y la vida de población civil y por supuesto, de los desmovilizados dentro de este grupo.

Ahora bien, es hora de abordar el panorama de la capital del país. A partir de la Alcaldía de Antanas Mockus (2001-2003) y con el Plan de Desarrollo: "Bogotá para vivir todos del mismo lado". La ciudad de Bogotá se ha convertido, junto con el departamento de Antioquia, en los dos lugares de concentración de población desmovilizada más importantes a nivel nacional.[9] Esto puede explicarse inicialmente por la centralidad de los dos sitios, tanto a nivel de instituciones que atienden a esta población como en lo relativo a oportunidades de trabajo y educación.

Posteriormente, Durante la administración Garzón (2004-2008) se pone en marcha el Plan de Desarrollo "Bogotá sin indiferencia: un compromiso social contra la pobreza y la exclusión" y dentro de este se crea el Programa de Atención Complementaria a Población Reincorporada con Presencia en Bogotá, enfocado en el seguimiento, evaluación y solución de problemáticas contribuyendo a la seguridad y convivencia distrital. De manera más reciente el Plan de Desarrollo 2008-2012 "Bogotá Positiva para vivir mejor" puesto en marcha por la administración Moreno se ha concentrado en generar espacios de convivencia y reconciliación en distintas partes de la ciudad (ODDR,

[8] Sobre este tema puede resultar muy útil consultar el portal electrónico *Verdad Abierta* http://www.verdadabierta.com, en donde realiza un monitoreo contínuo de este fenómeno. Así mismo, los informes del Área de Desmovilización, Desarme y Reintegración de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, sobre todo el primero de ellos de Agosto de 2007, pueden dar un panorama general.

[9] Aunque las dos ciudades responden a contextos históricos y sociales diferentes, y los procesos de desmovilización y reintegración tienen marcadas diferencias en los dos casos. Para el caso Medellín recomiendo: Sánchez, Rubén. 2007. Un modelo de regreso a la legalidad. Desafíos, Bogotá (Colombia), (17): 102-125.

2009). [10]Aunque no siempre con los resultados esperados, ya que la percepcion de baja efectividad en las politicas de DDR persiste.

Como resultado de la labor tanto de la ACR como de la Secretaria de Gobierno del Distrito tenemos una serie de reportes estadísticos con respecto a la población excombatiente que habita en la capital. Sólo en Bogotá hay reportados 4.500 desmovilizados que viven en la ciudad, de los cuales 82% son desertores individuales de las FARC y el ELN, mientras que 18 % pertenecieron a las AUC. El 86 % son hombres y el 14% mujeres. (*Revista Cambio*, Mayo 2008). Del total de esta población, sólo 3.346 personas se encuentran activas en el programa de reintegración de la ACR, a quiénes se denomina "participantes activos" de este grupo el 10% es bachiller, el 6% ha sido formado para trabajos técnicos operativos, el 35.59% trabaja y de estos últimos el 46.52% se encuentra en empleo formal (ACR 2008) Tenemos entonces que en Bogotá hay una gran concentración de desmovilizados provenientes de guerrillas comparados con los que provienen de autodefensas. También es significativo el porcentaje de hombres con respecto al de mujeres que se reportan como desmovilizadas, lo cual nos dice mucho también de la composición interna de las Organizaciones Armadas Ilegales.

Con respecto al tema al tema etario y de educación, el 11% del total de desmovilizados que viven en la ciudad son bachilleres y sólo el 9% tecnólogos o universitarios, mientras que 53% son jóvenes entre los 18 y los 25 años. De este grupo sólo 0,27% de jóvenes han alcanzado un nivel de formación universitaria, mientras que la mayoría (26%) sólo han alcanzado grado 5 de primaria (*Revista Cambio* , 2008) Es evidente la amplia franja de población considerada como joven dentro del universo de personas desmovilizadas en Bogotá, pero también es preocupantemente notoria la falta de formación académica en esta población, ya que como lo reporta la fuente citada, sólo un muy pequeño porcentaje acredita el título de bachiller y un grupo aún menor puede certificar formación profesional.

[10] Para un diagnóstico completo de las plataformas implementadas por las administraciones distritales de la última década en materia de reintegración sugiero consultar el informe del Observatorio de procesos de Desarme, Desmovilización y Reintegración de la Universidad Nacional de Colombia titulado *Síntesis de los programas de DDR de la alcaldía de Bogotá 2002-2008*(2009)

Esto está estrechamente relacionado con la problemática de acceso a oportunidades laborales que había mencionado anteriormente, sólo que en el caso de Bogotá, como en el de cualquier ciudad, cada vez es más determinante el nivel de formación escolar a la hora de acceder a un empleo y mucho más a la hora de exigir una buena remuneración por el mismo. Ante la falta de estos requisitos, el empleo informal resulta ser la única oportunidad.

En este punto resulta muy útil ver la relación propuesta por Adriana Parias (Parias 2010) entre la exclusión de grupos poblacionales del mercado formal del trabajo con la exclusión de los mismos grupos del mercado formal de vivienda. Para el caso de la población desmovilizada, como para el de otros grupos excluidos, la falta de oportunidades laborales a la que me he referido, dificulta esta vinculación al mercado formal del trabajo y esto a su vez los ubica en el mercado informal de vivienda.

Citando de nuevo el artículo de la *Revista Cambio*, tenemos que el 60% de la población desmovilizada de Bogotá vive en cinco localidades de Bogotá: Ciudad Bolívar, Rafael Uribe Uribe, Kennedy, *San Cristóbal* y Bosa. Esta es una cifra muy significativa teniendo en cuenta que en Bogotá hay otras 15 localidades; también es muy diciente el hecho de que estas cinco localidades en las que se concentra más de la mitad de la población desmovilizada de la ciudad, si bien son las más grandes y pobladas, quedan ubicadas en la zona sur de la Ciudad.

Como es bien sabido la expansión urbana de Bogotá se ha caracterizado por una fuerte segregación en la cual el sur se ha caracterizado por altos niveles de pobreza, la falta de atención y gestión por parte de las administraciones distritales, (aunque en los tres últimos mandatos distritales esta situación ha cambiado en cierta medida) Sumado a esto también tenemos problemáticas ambientales, inseguridad, mercado informal de vivienda y presencia de múltiples migrantes entre los que cabe mencionar a integrantes de grupos étnicos, desplazados, desmovilizados así como pandillas, grupos de limpieza social y más recientemente “bandas criminales”, es decir, bandas de delincuencia y narcotráfico integradas en algunas ocasiones por desmovilizados

Esto hace referencia a lo que varios autores han llamado la *segregación espacial* (Harvey, 2001) (Fainstein, 1986) según la cual ciertos grupos son confinados a ocupar

ciertos espacios dentro de las ciudades, espacios marcadamente abandonados por el estado y por lo general con problemáticas sociales y ambientales evidentes. La figura del desmovilizado entra dentro de ese grupo de figuras que el ciudadano común y corriente aspira a no encontrar en las calles de “su” ciudad, esto debido a las representaciones del excombatiente como alguien “violento” “peligroso” “conflictivo” que han pesado y siguen pesando en la forma como los procesos de reintegración de esta población se han desarrollado en Bogotá.

En este punto, es pertinente detenerme un momento en la historia y el panorama social de la localidad de San Cristóbal, en la cual se encuentra ubicada la Ciudadela Santa Rosa. Esto debido a ya que allí encontramos aspectos relevantes para la historia del mismo barrio y para su particular presente, que al igual que el panorama nacional y distrital tienen una influencia innegable en la conformación de la ciudadela.

Hacia finales del siglo XIX, la zona en donde hoy está ubicada la localidad de San Cristóbal se caracterizaba por el panorama rural, agrícola y pecuario, de grandes haciendas que se habían construido en el camino hacia el municipio de Ubaque. En el año de 1905 ya se podía encontrar allí el primer asentamiento de la zona, un pequeño caserío que fue bautizado con el nombre de San Cristóbal y que hacia 1920 ya era un centro residencial consolidado, lo que abrió la puerta hacia la urbanización de la zona. (Alcaldía de Bogotá, 2004)

Durante el periodo de la violencia bipartidista, a mediados del siglo XX, todo el sector suroriental de la ciudad se convirtió en el punto de llegada de grandes grupos de población campesina que había sido expulsada de sus lugares de origen como Tolima, los llanos orientales, Boyacá y Santander. Estos migrantes encontraban en zonas periféricas de la ciudad como el naciente San Cristóbal, un lugar donde establecerse y construir redes de apoyo comunitario. Este es el caso de los barrios más tradicionales como Buenos Aires, Sosiego, San Isidro, Bello Horizonte y Córdoba. Las invasiones de terrenos baldíos y el loteo de las antiguas haciendas de la zona consolidaron un panorama de urbanización informal en la localidad, lo que unido a la falta de cobertura en servicios públicos básicos, la edificaciones en zonas de riesgo geológico o hídrico y la falta de empleo incidieron fuertemente en la caracterización urbanística de San Cristóbal.

Como resultado de las estas problemáticas, esta localidad presenta una alto grado de participación comunitaria y organización local, ya que las mismas comunidades se han encargado de construir procesos organizativos para luchar por sus necesidades y derecho. Según la secretaria de hábitat “San Cristóbal es una de las localidades que superan el promedio bogotano de juntas de acción comunal y de consejos comunales elegidos en el 2003... En la actualidad hay más de 600 registros de organizaciones artísticas, culturales y patrimoniales” (Patiño, 2009) Como veremos más adelante, la ciudadela Santa Rosa es una muestra de esto.

Hacia los años ochenta y noventa nuevos factores entraron en el panorama social de la localidad. El aumento de la delincuencia común, unida al micro tráfico de drogas, la llegada de actores armados ilegales y la proliferación de procesos masivos de urbanización informal consolidaron un escenario que sufría la falta de acciones efectivas de parte del gobierno distrital y sobre todo de planeación y atención a la población inmigrante. Lo anterior ha desembocado en un paisaje socioeconómico marcado por la pobreza “San Cristóbal es una de las cuatro localidades de Bogotá consideradas críticas, por tener las más altas proporciones de población pobre… Adicionalmente, la localidad concentra la mayor cantidad de población en miseria en relación con el total de su población según NBI”. (Alcaldía de Bogotá, 2004:46)

Esto puede relacionarse con la alta densidad poblacional de la localidad, ya que según datos oficiales San Cristóbal presenta una densidad de 307 habitantes por hectárea urbanizada, y esta densidad es la más alta entre las localidades de la ciudad, superando más de 1,5 veces el promedio distrital de 195 hab/ha (óp. cit, 40) El hacinamiento de familias numerosas que viven en arriendo en pequeñas viviendas creadas a partir de la subdivisión de construcciones antiguas es una situación común. La precariedad en las condiciones de vida y en el acceso a bienes y servicios hace que esta alta densidad poblacional influya directamente en las situaciones de pobreza, empleo informal y delincuencia de la localidad. Todo esto conectado directamente con la abismal segregación socioespacial de la cual hablare más adelante. Es importante mencionar aquí, que San Cristóbal es una de las localidades en las cuales se concentra un mayor número de población desmovilizada

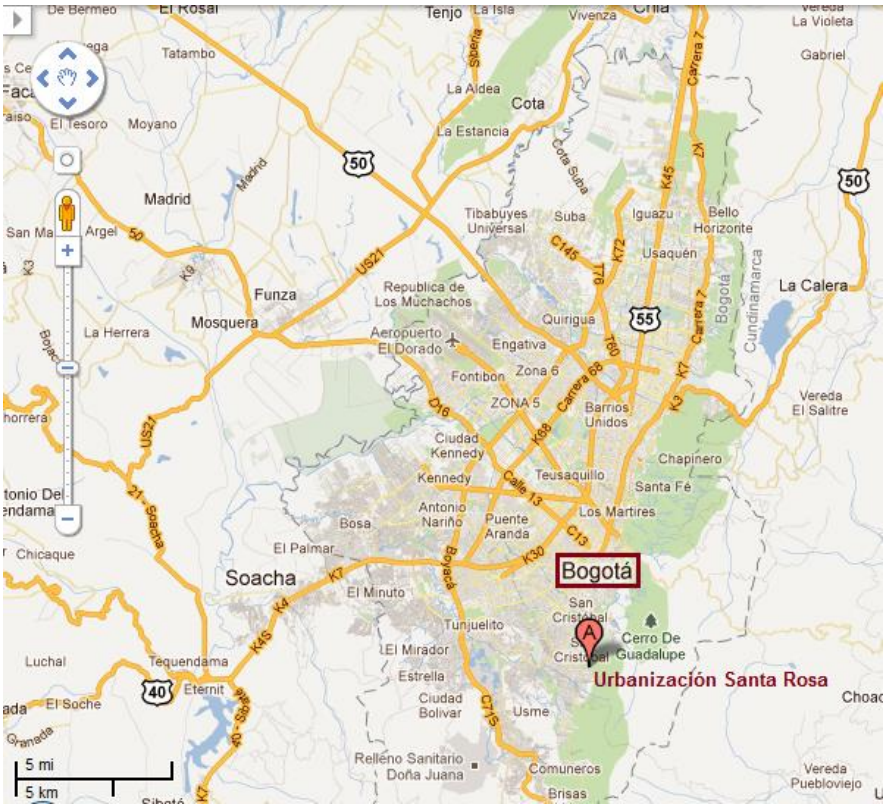
Como veremos a continuación, este panorama general de la localidad, se materializa de múltiples formas en el paisaje de la ciudadela Santa Rosa, cuya historia esta indiscutiblemente emparentada con la del país, la ciudad y la localidad. Es dentro de este gran contexto legal, histórico y estadístico que se ubica la Ciudadela Santa Rosa, un contexto urbano de reintegración social en donde los espacios tanto físicos como políticos y culturales están atravesados y han sido inevitablemente transformados por todo este gran panorama de los procesos de desmovilización y reintegración a los que me he referido hasta el momento.

1.3 Recorriendo espacio temporalmente la Ciudadela Santa Rosa

Fotografía N°1: La ciudadela Santa Rosa

La Ciudadela Santa Rosa, se encuentra ubicada en el sur oriente de Bogotá, en la localidad de San Cristóbal, es una urbanización relativamente nueva, que no tiene más de veinte años; algunas fuentes la ubican dentro del barrio Altos del Zipa pero sus habitantes dicen que pertenece al barrio Moralba.

La ciudadela está ubicada sobre la carrera 16a, también conocida como la antigua vía al llano, entre calles 40 y 41B sur. Al oriente y al norte limita con una zona de reserva forestal conocida como El Zuque, aunque al parecer el terreno de la urbanización también hace parte de la reserva como lo mencionó en una reunión con la JAC el edil de la localidad. (Rodríguez, notas de campo. Agosto de 2011). Las viviendas son casas de una y dos plantas y bloques de apartamentos, seis en cada uno. Están distribuidas por sectores, cada uno de un color diferente (véase mapa N° 2)



Mapa N° 1: Ubicación de la Urbanización dentro de Bogotá

La Ciudadela fue construida entre agosto de 1995 y diciembre de 1998, por parte de la Constructora Santa Rosa S.A. (Villamizar 2010) y su fundación parece estar signada por los problemas relacionados con el riesgo de los terrenos sobre los cuales fue construida. En un principio el lote en el que se construyeron más de 500 viviendas y apartamentos que conforman la ciudadela, más un sector de locales comerciales, presentaba

problemas de deslizamientos y humedad por su ubicación al costado de la Quebrada Chiguaza.

La conformación espacial del barrio puede verse de manera escalonada en la cual el centro comercial se encuentra como puerta de entrada, la reserva natural como salida y zona no habitada y encontramos de forma intercalada zonas habitadas y deshabitadas muy próximas unas de otras. Esto es muy interesante, porque si bien no se acepta oficialmente que hay una sectorización social del barrio, en la práctica encontramos que sí. Esto se verá más a profundidad en los relatos de los habitantes.

Mapa N° 2: Vías y viviendas de la ciudadela Santa Rosa. Los colores de cada bloque corresponden a los colores reales de las viviendas en cada uno.

Como lo menciona Darío Villamizar en una investigación adelantada en la ciudadela Santa Rosa, a partir del 2002 una cantidad significativa de propietarios comenzaron a abandonar las casas o fueron desalojados por los bancos debido al no pago de las cuotas de los inmuebles o a que éstos presentaban numerosas grietas y humedades por las razones arriba mencionadas. “Esto estaba vacío cuando llegamos, los apartamentos se los habían quitado a la gente por no pagar. Alguien les dijo que este barrio estaba en zona de alto riesgo y que había que demandar al distrito, que no pagaran más, pero usted sabe que el banco nunca pierde” (Rita Guerrero, agosto 2011)

En efecto en el año 2002, el Distrito declaró la zona de la ciudadela como zona de riesgo geológico, por los problemas de deslizamientos y humedad antes mencionados.

Efectivamente, varias casas sobre todo del sector oriental, están ubicadas en zona de ladera y presentan grietas en la edificación. En respuesta a esto, un grupo compuesto de aproximadamente 300 propietarios radicaron una acción popular en contra del distrito para que éste en compensación les comprara los inmuebles. Según relata Doña Rita no todos los habitantes de la urbanización estuvieron de acuerdo con dicha acción popular, "eso sólo fueron unos cuantos bobos que se dejaron convencer de los abogados" (Rita Guerrero, 2011)[11].

El panorama de las casas abandonadas y la escasa presencia del distrito en la zona alentó la aparición de pequeños focos de delincuencia común, expendio y consumo de sustancias psicoactivas. Efectivamente el periodo comprendido entre 2002 y 2004 varios de sus primeros residentes tuvieron que dejar sus casas debido a deudas hipotecarias, problemas de construcción en las mismas y aspectos relacionados con su seguridad. Como dice uno de sus habitantes Don Armando, encargado de la seguridad de la ciudadela "esto antes era una olla, un atracadero…la que sabe es mi esposa que fue la que llegó primero con mi hija" (Armando Pérez, 2011)[12]; es así que Durante los primeros años de la década anterior varias casas tuvieron que ser rematadas.

Más o menos a partir de 2005 comienzan a llegar a la urbanización familias de excombatientes quiénes después de completar su proceso de reinserción institucional logran acceder a la compra de inmuebles muy baratos en esta zona con el dinero que les dio el gobierno al culminar su proceso de reinserción "El Gobierno le dio la casa a mi esposa cuando nos desmovilizamos…A mí me ofrecieron un proyecto productivo" (Orlando A. *Revista Cambio*, 2008). La comunidad de la ciudadela Santa Rosa ha ido acogiendo a una población muy diversa que comprende a maestros, policías, personas desplazadas por la violencia política y excombatientes tanto de izquierda como de derecha.

En un principio los antiguos residentes recibieron con desconfianza y con temor la llegada de estos "nuevos residentes" como uno más de los problemas a los que ya

[11] Entrevista realizada con Rita Guerrero, desmovilizada del ELN. Agosto 26 de 2011
[12] Entrevista Realizada a Don Armando Pérez, jefe de la cooperativa de Seguridad de la Ciudadela Santa Rosa. Abril 2011

estaban acostumbrados. Pero a partir de acciones comunitarias, actividades culturales y recreativas, políticas de reconciliación y demás herramientas propuestas desde las instituciones distritales, pero también y sobre todo desde la comunidad misma, Santa Rosa aparentemente se ha unificado adoptando el principio de convivencia pacífica.[13]

Este panorama con el cual se encontraron estas primeras familias de desmovilizados que llegaron al barrio no era definitivamente el más alentador. Pero en ese momento fue el único lugar donde estas personas pudieron acceder a una vivienda propia con el dinero que el programa estatal les entregó. Recordemos que, a partir del incremento en el valor del suelo y de la finca raíz en Bogotá, se ha acentuado la ya existente segregación socioespacial (Harvey, 2001) que moldea indudablemente los paisajes sociales de la capital del país, ubicando a las familias de estratos 1 y 2 en las periferias, principalmente de la zona sur, tanto oriental como occidental. Es decir, que no todos pueden elegir dónde vivir. Al respecto el relato de Doña Rita Guerrero es muy significativo:

> Cuando terminé mi proceso (de reinserción) me dieron 8 millones para un proyecto productivo, una cafetería, un almacén o algo así y yo comentaba con mis compañeros que no me sonaba la idea de montar un negocio con esa plata porque entre el arriendo de local y de la casa y todo eso la plata se va y uno no la ve. Yo quería invertir en una casa para mi familia, pero ¿dónde consigue uno una casa por ocho millones? Eso era como imposible. Pero fíjese que me puse en la tarea y en AV villas finalmente me dijeron de estas casas de aquí estaban para rematar (de Santa Rosa) Yo le expliqué la situación al señor del banco y casi lo hago llorar, pero él me dijo que lo mínimo en lo que nos podían dejar la casa era en 10 millones, pero después de rogar y rogar al fin llegamos a un acuerdo, sobre todo porque yo le dije que no éramos sólo nosotros, sino que habíamos varias familias interesadas y a él le sonó la idea y así nos dieron la casa…llegar aquí fue una experiencia muy bonita, ser libre y tener algo propio es lo mejor" (Rita Guerrero, abril de 2011)

[13] La más reciente de estas actividades se desarrolló el pasado 28 de agosto 5° Festival de Cometas por la Paz organizado por cada año por la Asociación Comunal de desmovilizados de Santa Rosa Asonaldesa y liderada por Doña Rita Guerrero, aunque en esta ocasión, patrocinada por el candidato de turno para la alcaldía.

A partir de este momento y recorriendo el mismo camino que tuvo que seguir Doña Rita, comenzaron a llegar cada vez más familias de desmovilizados con mucha expectativa, pero también con mucha esperanza sobre su nuevo futuro en este barrio. Según Doña Rita en un Censo reciente que hizo la Agencia Colombiana para la Reintegración (ACR) la comunidad de desmovilizados de Santa Rosa es una de los pocos grupos de que aún poseen el bien o siguen sacando ganancias a partir del dinero entregado por el estado para proyectos productivos. La mayoría de personas que invirtieron en negocios ya no los tienen. En Santa Rosa ellos tuvieron una ventaja: en los mismos inmuebles pudieron montar sus negocios y así se ahorraban el pago del arriendo "haber comprado esta casa, fue lo mejor, diosito nos iluminó" (Rita Guerrero, en Rodríguez, notas de campo. abril de 2012).

Doña Rita relata que al principio fue difícil. Ella notaba como todo el mundo los miraba con desconfianza y la gente se preguntaba quiénes serían al tiempo que los rumores se esparcían "siempre hay curiosidad por el que llega, hasta le miran a uno el trasteo". Esta actitud temerosa y curiosa al principio, pero receptiva después se fue generalizando poco a poco en la comunidad receptora. Esto definitivamente fue generado por la actitud tanto de Doña Rita y su familia como del resto de desmovilizados que estaban llegando.

> Un domingo se nos ocurrió la idea con mi hija de hacer una olla comunitaria como las que hacíamos antes con la organización (ELN) en las veredas, para invitar a todos los vecinos y que cada uno trajera lo que quisiera. La gente no sabía que era eso pero todos vinieron y les pareció genialísimo, sobre todo a los niños (Rita Guerrero, abril 2012)

Como la familia de Doña Rita, muchas más familias de excombatientes fueron llegando paulatinamente a Santa Rosa en busca de un hogar propio y la noticia sobre la existencia de este lugar se fue diseminando poco a poco tanto entre la población desmovilizada que llegaba a Bogotá, como en las instituciones dedicadas a atenderlos y en proporción menor en los medios de comunicación. Entre los mismos desmovilizados la información sobre el barrio se fue pasando de boca en boca y aún hoy sigue siendo una buena referencia para esta población "Santa Rosa siempre fue una buena oportunidad para adquirir casa propia, varios de mis amigos viven allá, yo de bobo no compré casa cuando pude" (Richy Ramírez, 2010)

Actualmente, según la Junta de Acción Comunal de la Ciudadela (JAC), en Santa Rosa viven aproximadamente 900 familias, de las cuales 100 incluyen en su seno uno o más desmovilizados. Esto nos arrojaría un porcentaje cercano al 10% del total de población que podría considerarse como desmovilizada o en relación familiar con un excombatiente. Comparativamente y contrario a las primeras referencias que había recibido de la ciudadela, la población desmovilizada no es mayoría, todo lo contrario, no representa más de la décima parte de los habitantes de Santa Rosa[14]. Sin embargo, este grupo es tan representativo que desde el 2007 la presidenta de la JAC es Doña Rita Guerrero, desmovilizada del ELN desde hace más de ocho años y ratificada continuamente en el cargo desde ese momento. También es significativo que la mayoría de integrantes de la JAC y demás líderes comunitarios de la ciudadela son también desmovilizados que pertenecieron a distintas Organizaciones Armadas Ilegales.

Como se mencionó antes, en este sitio la inseguridad unida al consumo y tráfico de narcóticos eran el pan de cada día “antes los niños no podían ni jugar en el parque, robaban en cada esquina y sobretodo en horas de la tarde. Cuando llegamos eso cambió” (Rodríguez. Notas de campo, Mayo de 2011)[15] Ante esta situación, varios desmovilizados se unieron y recolectaron recursos con la comunidad para crear la Cooperativa de Seguridad Privada de la ciudadela Santa Rosa, la cual actualmente es administrada por el esposo de Doña Rita, Armando Pérez. Es así, que sistemáticamente los integrantes de esta cooperativa empiezan a expulsar del sector a todo aquel relacionado con actividades delictivas o consumo de sustancias psicoactivas a través de amenazas e intimidación. Es evidente que este punto nos remite a cuestiones controversiales sobre el uso y la legitimidad de la fuerza, pero sobre esto volveré más adelante.

El asunto es que parece haber un ambiente de seguridad en los últimos años en la ciudadela o por lo menos en las calles que pertenecen a la misma. Así lo relataba un habitante de la ciudadela “De paseíto (el barrio contiguo) para allá si roban y meten, pero

[14] En las primeras referencias que tuve de la Urbanización por parte de desmovilizados, era común que afirmaran que allá ellos eran mayoría.
[15] Entrevista realizada a Flavio, habitante desmovilizado de la ciudadela. Mayo 2011

acá no permitimos eso” En todo caso el ambiente en el barrio es de notoria tranquilidad. Se ven automóviles de marcas reconocidas, negocios abiertos hasta tarde, niños y niñas jugando en la calle hasta altas horas de la noche, gente hablando por celular en las calles.

Desde el punto de vista de las entidades oficiales que trabajan el tema de la reintegración en Bogotá, el caso de Santa Rosa es tenido como muy exitoso “la experiencia de Santa Rosa es un aprendizaje positivo de reintegración de excombatientes en medio de las comunidades que podría ser mejor aprovechado por otros territorios en el país, e incluso por los gobiernos distrital y nacional” (Villamizar, 2010:37). El mismo autor del texto que referencio participó en la planeación y ejecución de varias de las actividades comunitarias que se llevaron a cabo en el barrio.

Precisamente, a nivel institucional el caso también se dio a conocer y varias entidades del Estado y ONG´s decidieron intervenir en la ciudadela generando programas de atención a la población desmovilizada e iniciativas para acompañar el proceso de reintegración con la comunidad receptora. Entre estas se encontraban la Alta Consejería Presidencial para la Reintegración-ACR (Ahora Agencia Colombiana para la Reintegración) por supuesto, la Secretaria de Gobierno del Distrito (SECGOB), la Comisión Nacional de reparación y Reconciliación (CNRR) y la Agencia de los Estados Unidos para el Desarrollo Internacional (USAID) entre otras. (Véase fotografía 2).

Aunque ya lo había dicho anteriormente me gustaría mencionar de nuevo que los procesos de reintegración que se han dado en la ciudadela han surgido por iniciativa de parte de la misma comunidad. Esto para que no se cree la imagen de que sólo a la institucionalidad de le deben los resultados alcanzados en Santa Rosa en materia de Reintegración. Los espacios de la ciudadela se fueron transformando en la medida en que éstas iniciativas se ponían en marcha. No sólo los espacios de convivencia como en el caso de la seguridad, sino también los espacios físicos, en especial, los de carácter público, es decir, las calles, los parques y sitios de reunión de la población.

Fotografía N° 2: Salón Comunal de la Ciudadela Santa Rosa

Paralela a la transformación socioespacial de estos entornos públicos, iba ocurriendo otra transformación, la de las viviendas. Dado que muchas de estas viviendas habían permanecido varios años abandonadas, u ocupadas por individuos o familias anónimas, la nueva ocupación de las mismas por parte de familias desmovilizadas produjo sorpresa por parte del resto de vecinos. . Ahora de repente las casas empezaron a ser ocupadas por personas de las cuales no se sabía mucho aunque se sabía que hacían parte del proceso de desmovilización.

Lamentablemente los nuevos habitantes de la Ciudadela Santa Rosa, también se empezaron a ver afectados por eso que varias páginas atrás mencione como *falta de oportunidades laborales.* Como dije antes, conseguir trabajo en una ciudad como Bogotá no es nada fácil, menos cuando no se puede certificar formación profesional y aún menos cuando se tienen antecedentes judiciales negativos. Esta situación es una de las mayores preocupaciones de los habitantes de la ciudadela “Aquí lo que falta es trabajo estable, yo me ocupo en lo que me salga, pintar una casa, echar una pañetada, pulir algún mueble; igual mi esposa” (Flavio, 2011)

Debido a este ambiente general de desempleo, muchas de estas familias recién llegadas comenzaron a invertir el dinero que recibían del gobierno en pequeños negocios dentro de las mismas viviendas. Esto se fue haciendo cada vez más común a tal punto que en este momento la franja comercial del barrio ha crecido significativamente y en sus calles

se pueden ver numerosas tiendas, supermercados, peluquerías, panaderías, servicios informáticos, entre otros. Todo esto le dio una nueva cara a Santa Rosa y modificó permanentemente sus espacios de convivencia.

A comienzos de 2011, la ACR, (ahora Agencia Colombiana para la Reintegración) regreso al barrio promocionando sus programas comunitarios en la zona e invitando a los vecinos a participar. Esto lo podemos observar en la nota que publicaban en marzo de ese año:

> *132 vecinos de la Zona Alta de San Cristóbal en Bogotá se unieron para trabajar por la convivencia y la reintegración:* Organizaciones comunitarias, instituciones locales y personas desmovilizadas en proceso de reintegración que habitan en la zona Alta de San Cristóbal, en Bogotá, identificaron sus problemáticas sociales y ahora se preparan a construir soluciones, en el marco de la intervención comunitaria de la ACR, que busca favorecer la consolidación de procesos de convivencia, reintegración y reconciliación… habitantes de los barrios Santa Rosa, Los Libertadores, Laureles y Altamira, de la Localidad de San Cristóbal en Bogotá identificaron a través de un proceso de diagnóstico participativo sus problemáticas sociales y las condiciones socioeconómicas, ambientales y culturales que tienen lugar en la parte Alta de esta localidad (ACR 2011)

La ACR se auto adscribe el papel de facilitador de la construcción de lazos de convivencia en la comunidad. Lo que no mencionan aquí es que la asistencia a esta actividad fue realmente baja y la gente no quería que la ACR se metiera de nuevo al barrio.

Además de esto, en esos meses comenzaron a presentarse situaciones muy relevantes en la configuración del barrio. En enero de 2011 el proceso de la acción popular interpuesta por el grupos de propietarios en 2003 concluyó y ésta fue aprobada a favor de los residentes contra el distrito, de tal forma que Durante los siguientes seis meses el distrito comenzó un proceso de compra sistemática de los inmuebles ubicados en zona de riesgo, pagando a sus propietarios el valor correspondiente según el avalúo catastral.

Esta situación generó varios inconvenientes. El primero, cuando los funcionarios del Distrito llegaron a realizar el levantamiento y posterior compra del inmueble, se encontraron con que los residentes actuales no eran los propietarios originales que

interpusieron la acción popular y no estaban interesados en abandonar el predio. Los antiguos propietarios no aparecían por ningún lado. Segundo, el valor ofrecido por la compra del inmueble no le pareció suficiente a aquellos propietarios que habían invertido dinero en la remodelación y adecuación de dichos inmuebles, así que no estaban dispuestos a desocupar el predio hasta tanto el distrito no les diera lo que ellos consideran justo. El tercer tipo de problemas se presentó cuando , propietarios a quiénes el distrito ya les había comprado el inmueble y a quiénes les había dado un periodo de gracia para desocupar, han revendido el inmueble a terceros de modo que cuando los funcionarios distritales llegaron de nuevo a hacer el levantamiento, se encontraron con que el inmueble que ya era propiedad del distrito se encontraba de nuevo habitado y sus residentes actuales alegaban que el predio era de ellos porque recién lo habían comprado y por supuesto, no estaban dispuestos a abandonarlo. Cuarto, en un caso similar al anterior, pero con inmuebles que ya habían sido comprados por el distrito pero sus propietarios aún seguían arrendándolos a terceros, quiénes en el momento de realizar el levantamiento del predio no tenían sitio a donde ir y se resistían a desocupar el inmueble.

Tales situaciones han generado rumores acerca de que el distrito podría desalojar toda la urbanización para entregarla mediante el Fondo Nacional del Ahorro a población desplazada. Esto ha causado gran preocupación entre sus habitantes quiénes ya están alistando una nueva acción popular, asesorados de nuevo por un grupo de abogados.

Esta sensación de incertidumbre se acrecentó después de una reunión de la comunidad con el edil de la Junta de Acción Local, en donde este personaje mencionó que lo mejor era que todos fueran pensando a futuro en conseguir vivienda en otro sitio, porque la proyección de la alcaldía para la Ciudadela Santa Rosa y los demás barrios del sector del borde de la localidad, era que dentro de cierto tiempo todas las casas serían compradas y demolidas para crear una zona de reserva ambiental allí. (Rodríguez, notas de campo. Agosto de 2011). Y que además quiénes hacían parte de los 321 propietarios que participaron en la acción popular debían desocupar cuanto antes, porque había presión de los contratistas encargados del proceso de compra y sellamiento de los inmuebles.

Además de lo anterior, las casas que fueron quedando desocupadas comenzaron a ser objeto del vandalismo, ya que fueron despojándolas de puertas, ventanas, tuberías y

demás. Frente a esto, al parecer la seguridad privada no era suficiente. Como medida para acabar con el problema el contratista encargado de la compra de los inmuebles puso en marcha un proceso de sellamiento de las viviendas que habían quedado vacías. (Fotografía N° 4) Esto ha tenido dos efectos principales: por un lado, solucionó el problema del desempleo para un grupo de habitantes de la ciudadela, en su mayoría desmovilizados y desplazados, ya que se les contrató para los trabajos de sellamiento de las viviendas.

Fotografía N° 3: Apartamento vacío y sellado justo debajo de otro que está habitado

Pero, por otro lado, modificó evidentemente el aspecto de las calles del barrio, ya que a partir de ese momento se podían encontrar cuadras enteras donde sólo dos o tres casas estaban habitadas y las demás selladas y vacías. (Fotografía N° 5). Estas imágenes son la materialización de medidas oficiales a través de las cuales quedan sellados y deshabitados ciertos espacios al lado de otros habitados generando una discontinuidad tanto en el paisaje como en la vida social del barrio. Esto nos remite directamente a lo

implacable de la ley del suelo urbano en una ciudad como Bogotá. En últimas, estas casas no se pueden demoler porque comparten cimientos con inmuebles contiguos.

No toda la comunidad estaba conforme con la manera en la que se manejó el asunto de las casas vendidas al distrito. Tanto en grafitis como en avisos públicos encontré en varias ocasiones mensajes como el siguiente pegados enfrente de las casas selladas “Aviso: Ley 675 de 2001, esto es una violación a los derechos de propiedad horizontal” (Rodríguez, notas de campo, noviembre de 2011) Más tarde, pude confirmar que las personas que vivían en inmuebles contiguos a las viviendas selladas estaban inconformes con ser vecinos de estas casas no habitadas.

Fotografía 4: Varias casas continuas vacías y selladas

Todo lo anterior ha tenido un impacto directo en la seguridad del Barrio: al quedar casas vacías que no son selladas inmediatamente, son invadidas por personas que los mismos habitantes de la ciudadela llaman “delincuentes” o “jibaros” los cuales han tenido enfrentamientos directos con los celadores. De nuevo la inseguridad está rondando las calles de la urbanización “pero es que con un sólo celador pa´ todo el barrio como

esperan que no se lleven hasta la casa del perro" (Flavio, noviembre de 2011. En Rodríguez, notas de campo)

Si de algo se preciaban sus habitantes, por lo menos hasta hace algunos meses, era de la seguridad de la urbanización. El asunto es que lo que Flavio menciona como falta de celadores hace relación a que desde un tiempo para acá, los habitantes de la ciudadela han dejado de pagar los aportes a la cooperativa de seguridad, lo que ha disminuido considerablemente el presupuesto y por ende el personal de la misma.

Fotografía 5: Vista interior de una vivienda abandonada

Desde mediados de 2011, empecé a notar cierta tendencia en los discursos de los habitantes del barrio que no hacen parte de la JAC. Las opiniones de personas entrevistadas han sido cada vez más enfáticas en la disminución en la credibilidad y la confianza de la gente en la forma como la JAC y en especial los desmovilizados, estaban manejando el barrio. "Don Armando muestra su cara, la que le interesa, no la otra, recoge mucho pero no siembra…no está pendiente de la gente ni del barrio, sólo vive del parqueadero y la cooperativa" (Flavio 2011) Como mencione antes, Don Armando, el esposo de Doña Rita y desmovilizado como ella, es el encargado de la Cooperativa de Seguridad. Esta opinión no es la única, sobre todo a finales de 2011, encontré varias quejas con respecto a cómo estaba funcionando la cooperativa y en general la JAC.

Todo esto llevó a que en las elecciones para Junta de Acción Comunal desarrolladas Durante el primer semestre de 2012 ocurriera algo que no había ocurrido desde que los desmovilizados llegaron al barrio. Se presentaron dos planchas de oposición a la de Doña Rita, quien en las elecciones de 2006 y 2009 había sido la única en postularse para el cargo de presidenta. En esta ocasión otros dos habitantes de la Ciudadela, residentes antiguos de la misma, se postulaban para la presidencia de la JAC, argumentando que ya era hora de un cambio en el manejo de la ciudadela.

El ambiente electoral estaba "caliente" como los mismos habitantes del barrio lo decían. Todo pintaba para que hubiese un cambio en la dirección de la JAC. Los dos candidatos de la oposición a Doña Rita se unieron y sacaron una plancha conjunta, realizaron actividades con la comunidad y varias reuniones. Doña Rita, por su lado, realizó dos sancochos comunitarios e invitó a todos los residentes del barrio. El asunto fue que para el 14 de mayo, día de las elecciones, el resultado fue claro: aunque no por mucha diferencia, Doña Rita ganó y fue ratificada en el cargo, aunque tuvo que otorgar dos cupos en la JAC a la plancha de oposición. Esto dejó un sabor de desazón entre los grupos que promovían el cambio de dirección del barrio.

Todo lo anterior proyecta un panorama bastante conflictivo hacia el futuro y al parecer, la Ciudadela Santa Rosa seguirá en constante y convulsiva transformación ya que, hay múltiples fricciones alrededor del futuro y la transformación del barrio así como competencias y pugnas que dependen directamente de los lugares que ocupan quiénes las relatan en la jerarquía social del barrio.

Doreen Massey (1999) (2001) ha mencionado la urgencia de pensar históricamente sobre los lugares y los espacios. Con esto, la geógrafa británica se refiere a que los lugares son producto de una sedimentación espacio-temporal de flujos, interacciones y significados (Massey, 2001: 259). Pongo esto de manifiesto, para hacer énfasis en que las dinámicas de transformación socio espacial de la Ciudadela Santa Rosa deben ser entendidas en una dimensión no sólo espacial, sino también temporal.

Hasta aquí he intentado mostrar a través de un recorrido por la historia del barrio y sus múltiples complejidades, el peso que tienen las particularidades espaciales y temporales

en las dinámicas de convivencia de este sitio. Luego de contextualizar al lector en la historia del barrio quisiera abordar mi experticia de trabajo de campo y las diversas percepciones y narraciones de los habitantes del barrio sobre el proceso de reintegración social de excombatientes en la ciudadela Santa Rosa.

Mapa N° 3: Fotografía satelital de la urbanización

2. Capítulo 2. Entrando en el campo: aprendizaje y reciprocidad

Desde el momento que comencé a abordar el tema de los actores del conflicto en Colombia y de manera más concreta, el campo de los procesos de desarme, desmovilización y reintegración de excombatientes de organizaciones armadas ilegales, varios interrogantes me han asaltado continuamente sobre mi labor académica, pero también sobre mis percepciones acerca del país y su gente y las responsabilidades éticas de mi trabajo. ¿Por qué trabajar con victimarios en un país en el que hay tantas víctimas?

Poco a poco, he ido descubriendo que esta distinción tan tajante entre victimarios y víctimas no es más que un intento dicotomista por crear categorías auto excluyentes desde la legislación, pero también desde la academia. Lo que nos ofrecen los múltiples y complejos contextos de violencia en nuestro país es una trama difícilmente distinguible de actores que oscilan continuamente entre difusas categorías. Con esto no se quiere decir que nadie es responsable de la violencia en el país, simplemente se está invitando a matizar más estas concepciones sobre las víctimas y los victimarios.[16]

En este capítulo pretendo abordar dos aspectos principales: mi experiencia de ingreso a campo y los enfoques metodológicos retomados para realizar este trabajo. En lo concerniente a mi experiencia realizaré un relato muy personal del camino que tuve que recorrer para conocer el caso de la Ciudadela y para que sus habitantes me conocieran y

[16] Al respecto recomiendo consultar el artículo de Iván Orozco titulado “La posguerra colombiana: divagaciones sobre la venganza, la justicia y la reconciliación” En: *Análisis Político* N°46 Mayo/Agosto 2002. IEPRI-UNAL.

naturalizaran mi presencia. En cuanto a lo metodológico, retomo los aportes de autores que sugieren estrategias de recolección de información basadas en la inclusión del investigador en el contexto social de sus sujetos de estudio sin perder de vista la construcción de un lugar como investigador en campo.

El objetivo aquí es presentar mi acercamiento a la urbanización, los métodos de campo empleados y el proceso en el cual al tratar de comenzar un trabajo de campo terminé también yo ocupando un lugar allí.

2.1 Trabajo de campo: aprendizaje sobre la marcha.

Gracias a conversaciones informales y entrevistas realizadas con personas desmovilizadas en períodos anteriores y con otros fines investigativos, tuve conocimiento del caso de la Ciudadela Santa Rosa. A mi modo de ver, este es un caso interesante de construcción de comunidad en contextos de reintegración social por los mismos resultados alcanzados por parte de programas estatales, así como por las dinámicas de convivencia que allí se generan. De todas formas, este caso puede plantear preguntas muy interesantes con respecto a la materialización en el espacio de los programas y las políticas estatales sobre desmovilización y reintegración.

Mi primer acercamiento fue a través de Myriam, compañera de trabajo y amiga de Richy Ramírez, con quien me entrevisté a comienzos del 2010. Posterior a esto inicié una indagación sobre este caso a través de los medios y de personas desmovilizadas que lo conocían. Las referencias no siempre eran buenas, pero todos coincidían que allá se necesitaban más apoyo del gobierno. Durante los primeros acercamientos, pude reflexionar sobre varias manifestaciones de la manera como se suele concebir el tema del conflicto como algo peligroso y lejano. Si bien el tema de desmovilización y reintegración lo he venido trabajando desde hace un tiempo, mi familia aún no lo ha asumido, ni mucho menos aceptado. Mis padres aún se preocupaban cada vez que iba a Santa Rosa y mi madre preferiría que trabajara en otra cosa y otro lugar.

El recorrido para llegar a Santa Rosa no es corto, atraviesa más de la mitad de la ciudad en sentido centro-sur. La primera vez que fui no estaba del todo seguro si era allí. Para

ser sincero me pareció muy bonito y muy tranquilo para lo que me habían descrito, sus casas de varios colores y sus calles adornadas con motivos navideños. Esta era otra ciudad, otra Bogotá, diferente a la de las noticias y la planeación estratégica de las alcaldías, diferente a otras, como la del centro o la del norte. Fue interesante notar que en esta zona de la localidad de San Cristóbal, la Ciudadela Santa Rosa es el último barrio contra la montaña, hacia el costado oriental de ésta, borde a partir del cual no hay más ciudad, sólo bosque. Este podría pensarse como un barrio de frontera entre lo urbano y lo no urbano.

Fotografía 6 Límite suroriental de la ciudadela conocida como “las casas verdes”. Es el sector más peligroso.

La primera vez fui buscando a Myriam, pero cuando llegué a la dirección que me habían dado, la casa estaba vacía. Nunca tuve razón de ella ni la volví a encontrar. Esto me presentó un primer inconveniente: no conocía a nadie en el barrio. ¿Cómo hacer para entrar allí? Algunos conocidos que trabajaban el tema me ofrecieron la posibilidad de acercarme al caso de la ciudadela Santa Rosa como auxiliar del Programa de desmovilización y reintegración de la Secretaria de Gobierno del Distrito. Aún quedaban por realizar dos talleres de acompañamiento con los habitantes del barrio y podría conocerlos en ese momento.

Por una recomendación metodológica del Profesor Carlos Páramo (recomendación afortunada y fundamental), no acepté este ofrecimiento. Él me recomendó que no era conveniente ingresar al barrio con el rótulo de la alcaldía, ya que esto me ubicaría directamente en una posición particular en el barrio, la de empleado del distrito. Como pude ver más adelante, la reputación del gobierno distrital en la ciudadela no es la mejor (fotografía N° 6). Y lo más conveniente fue no asociar mi presencia en campo con ninguna entidad oficial.

Fotografía 7: Placa conmemorativa de edificación de la biblioteca comunitaria de la Ciudadela. Nótese que la significativa acción sobre el escudo de Bogotá

Decidí entonces entrar sólo al barrio, sin orientación alguna, con la idea de observar todo lo que me llamaba la atención en las calles y las esquinas, tomando esporádicas notas de vez en cuando. Durante las primeras vistitas me enfoqué en buscar a los integrantes de la Junta de Acción Comunal, en especial a Doña Rita o a Don Armando, a quiénes nunca lograba ubicar en su casa. Noté que la gente reparaba sobre mi presencia de manera recurrente, en especial, unos sujetos con botas y vestidos de celadores, quiénes hacían parte de la Cooperativa de Seguridad privada de la Ciudadela a la que me he referido antes, aunque yo no lo sabía en ese momento. Es así que para evitar

inconvenientes decidí hablar con uno de ellos, presentarme y comentarle el motivo de mi visita.

Su nombre era Antonio, y en ese momento se encontraba conversando con otros dos hombres frente a una caseta con un letrero que decía “Vigilancia Privada”. Cuando les comenté quién era y lo que quería hacer allí, me respondieron “¿y eso de qué nos sirve a nosotros? Lo que necesitamos es trabajo para todos, ¿lo que usted va a hacer va a generar empleo?” Me aterró la frialdad y contundencia de la pregunta, tal vez por el hecho de que yo me había estado haciendo la misma pregunta: ¿de qué le puede llegar servir un trabajo como estos a la gente de Santa Rosa? Es más, ¿Puede servir de algo? En ese momento guarde la compostura y eludí el tema con una respuesta cordial y vacía.

Me dirigí entonces hacia Antonio y le pregunte cómo podía contactar a la Junta de Acción Comunal del barrio. Él me respondió “lo mejor es que venga un martes o miércoles en la tarde-noche y busque a Doña Rita, la presidenta de la Junta o a su esposo, Don Armando, porque ahorita están viajando” (Rodríguez, 9 de octubre de 2010. notas de campo). Le pregunté entonces si podía tomar algunas fotografías, a lo que me respondió tímidamente que sin la autorización de la junta no se podía. Todo esto me llevó a pensar en el control que la población desmovilizada tenía sobre el barrio, tal como me había comentado Richy.

Finalmente y después de casi medio año de visitas esporádicas por fin logré contactar a Don Armando Pérez. Ese día, cuando me monté en la ruta C22 que me conduciría de nuevo a Santa Rosa con la esperanza de poder comenzar mi trabajo en serio, tenía un buen presentimiento. Cuando llegué a la puerta de la Casa de Don Armando, la encontré abierta. Pregunté por él a un muchacho que se encontraba en frente. Se produjo un silencio tan incómodo como largo, hasta que de pronto un señor ya mayor, vestido como un abuelo y con una gorra desteñida en la cabeza preguntó desde debajo de un carro que se encontraba en un costado ¿Quién me busca?

Lo primero que me llamó la atención fue la mirada cansada pero los ojos inquietos de Don Armando. Me presenté torpe y compulsivamente. Le dije quién era y lo que buscaba allí, balbuceando frases inconexas sobre mi proyecto de investigación. Al decirle esto, la expresión de Don Armando cambió y me dijo mirando de nuevo hacia el carro, “estoy

ocupado, vuelva mañana". No sé si su reacción fue de desagrado o de indiferencia, tal vez de fastidio de encontrarse de nuevo con otra persona interesada en saber cómo es que tantos desmovilizados pueden vivir tranquilos en un mismo sitio[17]. En ese momento traté de ocultar mi desazón y le dije a Don Armando "mañana en la mañana nos vemos entonces" y ahí se quedó, muy concentrado en su labor de mecánica automotriz. No me iba a dar por vencido. Es cierto que como investigador, podía estar llegando a donde no me habían llamado ¿Por qué no haber elegido otro tema? ¿Algo de más fácil acceso donde la gente ya me conozca? Pero no, es este punto la obstinación fue mi guía y decidí seguir adelante con esta investigación para demostrar que en este sitio era necesario e incluso podría llegar a ser útil un trabajo realizado desde la perspectiva antropológica.

Posterior a esta visita pude conversar en otra ocasión con Don Armando, aunque la charla terminó incómodamente cuando me dijo "Necesitamos radioteléfonos para los celadores ¿usted nos los puede conseguir?" (Armando Pérez, Octubre, de 2010. En: Rodríguez, Notas de Campo) Inicialmente no supe qué responder, pero luego me repuse y le dije que yo no contaba con los recursos para apoyarlos en ese aspecto, pero que en lo que estuviera a mi alcance con gusto les colaboraba.

Pero fue el encuentro con Doña Rita el que finalmente abrió el período de visitas contínuas a la ciudadela. Yo la imaginaba como una mujer de carácter fuerte y seco, teniendo en cuenta las huellas que dejan experiencias de una vida dura, pero nada más alejado tenía en mente cuando la vi por primera vez, llegando a su casa con un vestido informal pero elegante e incluso juvenil que resaltaba la presencia de una mujer de apariencia firme pero sumamente bondadosa y cordial.

Las charlas con Doña Rita me brindaron un panorama muy esclarecedor de la ciudadela, en el que definitivamente sobresale la llegada de la población desmovilizada como hito

[17] Como me entere más tarde, ya se han realizado varios acercamientos desde la academia al caso del barrio Santa Rosa, desde disciplinas como la Sociología, el Periodismo y la Ciencia Política. Sin embargo, los resultados de estas investigaciones aún no han sido publicados y sobre todo, la comunidad no está muy contenta con el modo en que los investigadores han realizado su trabajo

transformador del lugar.[18] La visita realizada durante el festival de cometas llevado a cabo a comienzos de septiembre de ese año fue en particular muy grata y productiva. Doña Rita me había invitado en la última charla que tuvimos para que asistiera a esta actividad a partir de las nueve de la mañana. Llegué hacia el mediodía y lo lamenté porque, al parecer, el festival había reunido mucha más gente que en años anteriores. Casi no encuentro a Doña Rita ese día. Finalmente la vi en un lote grande al costado norte de la urbanización en el que varias familias aún tenían sus cometas volando. Cuando me vio me dijo "¿qué paso, se le pegaron las cobijas?" expresión que precedió a una conversación muy familiar en la que hablamos sobre el barrio, sobre ella, su familia, dándonos incluso cuenta de que somos paisanos, ya que ella es oriunda de Boyacá al igual que yo.

Este último aspecto fue fundamental a la hora de entablar una relación con ella. Muchas veces las conversaciones comenzaban tratando temas sobre Boyacá, sobre sus recuerdos del pueblo, los familiares que aún teníamos allá. A partir de allí comenzamos con Doña Rita a pensar conjuntamente en cómo realizar mi investigación, qué me podía servir de lo que ella sabía, a quiénes más podía consultar y qué le podía devolver yo a la comunidad. En este punto acordamos que lo mejor sería trabajar en el refuerzo de algunas materias para los niños del barrio, en especial el manejo de una segunda lengua. Sobre este punto de entrada y mi contribución a la comunidad volveré después.

Como resultado de esta relación, gran parte de la historia del barrio que recogí en el primer año de trabajo estaba construida desde la óptica de Doña Rita y su círculo. Pero gracias a comentarios de varios colegas me di cuenta de que si en serio quería caracterizar los procesos de transformación del barrio, no me podía quedar sólo con una versión de la historia. Es así que decidí intensificar las visitas y esta vez no sólo a la casa de Doña Rita, sino a las casas de otros habitantes del barrio que había conocido antes.

Durante estas visitas, pude conocer a otra gente que vive en santa Rosa, no sólo desmovilizados, sino también desplazados y gente de la comunidad receptora. Estos contactos me permitieron acceder a otras miradas sobre la zona y sus problemáticas,

[18] Esta visión la problematicé más adelante al encontrar versiones diferentes sobre la historia del barrio por parte de otros habitantes.

encontrando, por un lado, que la experiencia de reintegración en Santa Rosa es sumamente llamativa en sus dinámicas de reintegración, pero por otro, que no todo es color de rosa y los diversos actores que allí conviven están marcados por varias contradicciones y fricciones internas en las que yo como investigador y como agente externo, me veo inevitablemente inmerso. Casualidades serán, pero justo en ese momento en el que conocí finalmente a la comunidad y ellos me conocieron a mí, las contradicciones y dinámicas de convivencia de la ciudadela se empezaron a ver de nuevo agitadas como al parecer hace tiempo no se veía por todo el asunto de la compra de inmuebles por parte del distrito. Se podría decir que mi llegada vino acompañadade una nueva etapa de transformación violenta de la urbanización y supongo que mi lugar allí y los resultados de este trabajo quedaron marcados por esta coyuntura.

Fotografía 8: Grafiti elaborado por jóvenes desmovilizados

2.2 Métodos de campo: de la recursividad a la no-directividad.

En la segunda parte de este capítulo, expondré los métodos de campo que utilicé en el trabajo que realicé durante dos años en la ciudadela, haciendo referencia a algunos

autores en los que me apoyo, pero sobre todo relatando la forma en la que desarrollé la metodología.

La primera consideración metodológica es una cuestión de enfoque; retomando una recomendación que tiene ya noventa años de haberse publicado, seguí a Malinowski en dos aspectos: el primero, cuando dice que "cada fenómeno debe ser estudiado desde la perspectiva, lo más amplia posible, de sus manifestaciones concretas" (Malinowski, 1922:34) y el segundo cuando afirma la importancia de "estar allí" en auténtico contacto con los "nativos", tratando de hacer de su presencia en campo una cuestión cada vez menos engorrosa, para sus sujetos de observación y para él mismo. (Óp. Cit)

Con lo anterior, me refiero a que mi objetivo era analizar el fenómeno de la reintegración social de excombatientes desde una manifestación concreta del mismo, en este caso la llegada y recomposición de trayectorias de vida en la ciudadela Santa Rosa. En años recientes se ha publicado un corpus significativo de trabajos sobre el tema del (Arjona & Kalyvas, 2005) (Theidon, 2009) (Villarraga, 2005) (ODDR, 2009) pero en varias ocasiones, las investigaciones carecen de estudios concretos en contextos específicos de reintegración social. Las políticas públicas se formulan de espaldas a las comunidades inspiradas en modelos traídos de países como Sudáfrica, Perú, Irlanda, entre otros.[19]. Entender este fenómeno a partir de las experiencias concretas de las personas que lo han vivido es, para mí, una apuesta menos abstracta y más informada y sustentada

Como lo mencioné previamente, el segundo criterio metodológico fue el de "estar ahí". No voy a volver en este punto sobre mi proceso de reconocimiento del campo y de acceso al mismo. Simplemente quiero resaltar que desde que empecé a entender la complejidad de las prácticas de convivencia de los habitantes de este barrio, me di cuenta de que la única forma de observar estos fenómenos en su totalidad era incluyéndome en estas mismas prácticas de convivencia, aprovechando la comodidad que siento al hablar con la gente y el lugar estratégico desde el cual podía trabajar por mi

[19] Un ejemplo de esto es el Documento Conpes 3554 del 2008 de la DNP, *Política nacional de reintegración social y económica para personas y grupos armados ilegales* al que me he referido anteriormente.

edad y mis constantes ganas de apoyar iniciativas comunitarias. Lamentablemente por cuestiones laborales y personales nunca me fue posible pasar más de una noche seguida allí, pero encontré maneras para lograr que mi presencia en campo se "naturalizara" para la gente. Esto a través de tres mecanismos concretos:

El primero, visitas a la ciudadela al menos una vez a la semana por un periodo de casi dos años e inclusión de mí mismo en las dinámicas comerciales del barrio como consumidor. Desde finales de 2010 hasta mediados de 2012, logré adquirir un ritmo continuo de visitas a la ciudadela, ya fuera para realizar entrevistas, para participar en algún evento de la comunidad o de alguna familia o simplemente para tomarme una gaseosa en la panadería de Adriana y comprar el pan y la leche para el desayuno de mi casa. Como mencionaba en el apartado anterior, en un principio mi presencia en el barrio no pasó para nada desapercibida y las personas con las que hablaba, salvo contadas excepciones, solían mostrar recelo y desconfianza cuando trataba de entablar una conversación. Pero de visita en visita, comprando víveres en las tiendas del barrio o acompañando a personas de allí a realizar sus compras, la gente me fue reconociendo poco a poco.

La segunda vía de entrada fue la participación continua en actividades de del barrio, tanto de la comunidad, como de las familias. Asonaldesa organizó durante mi estadía allí varias actividades de integración para la comunidad, como el festival de cometas por la paz que se realiza anualmente y en el que participé en dos ocasiones; las "ollas comunitarias" en las que entre los mismos vecinos preparaban sancocho o cuchuco y aunque no siempre estaba en el momento de la preparación, por lo general contaba con la suerte de estar en el momento en el que servían.

Una actividad comunal en la que particularmente me sentí a gusto aunque no participé como hubiese querido, fue el torneo interno de microfútbol, en el que juegan equipos de habitantes del barrio. Tuve la fortuna de que Flavio, un personaje al que contacte desde mis primeras visitas y a quién conocí bastante bien, me incluyó en su equipo aunque no pude jugar ningún partido.

Así mismo, a finales de 2011 por una razón a la que me referiré más adelante, se volvieron continuas las invitaciones que me hacían a las piñatas, bautismos y demás

reuniones familiares de habitantes del barrio. Estos espacios íntimos de celebración me permitieron acceder a aspectos de la vida cotidiana de la gente que antes no había podido observar: el interior de las casas, la composición de las familias, las sensibilidades particulares en torno a temas de la convivencia del barrio y los conflictos internos no explícitos del mismo, temas que no siempre salen a flote cuando no hay "con que mojar la palabra" como decía Don Julio Sergio[20] Así mismo, pude estar presente en momentos familiares muy especiales en los que entendí el gran valor que otorgan las familias a su hogar, ya sea propio o alquilado, ya sea que lleven allí un mes o cinco años.

El tercer mecanismo que puse en marcha para naturalizar mi presencia en campo, fue recurrir al intercambio de un don brindado por otro devuelto (Mauss, 1954) En este punto voy a detenerme, para poder desarrollar este debate a profundidad y argumentar la orientación que le di a mi trabajo de campo. En cuanto al tema de la relación del etnógrafo con la comunidad estudiada hay varias posturas que oscilan desde el compromiso hasta la complicidad y el acompañamiento. Myriam Jimeno (2007) realiza una buena síntesis de estas posturas afirmando que la antropología colombiana desde su nacimiento ha puesto a sus practicantes en el dilema de cómo asumir su papel en la sociedad nacional debido a su particular doble condición de investigadores que comparten la ciudadanía de los sujetos de estudio.

Para Jimeno, estas posturas se han movido desde la búsqueda de la objetividad total en los inicios de la disciplina en nuestro país, pasando por la antropología militante de los años setenta y su visión comprometida, colaboradora y solidaria con las causas políticas de los sujetos subalternos de la nación, hasta una antropología con un arduo trabajo intelectual y de acompañamiento a los procesos de construcción de la nación de los noventas. (Jimeno 2007)

A partir de allí, la autora ha cuestionado las nociones de *Complicidad (*Marcus 1999*)* y *Colaboración* (Rappaport 2008), en cuanto a la labor del etnógrafo en campo, ya que plantea que en contextos de conflicto armado es difícil asumir una postura de complicidad con los fines de los sujetos etnografiados, cuando estos son actores

[20] Julio Sergio es un habitante de la ciudadela y con esta expresión se refiere a tomar licor, ya sea cerveza o cualquier trago, mientras se habla.

armados. Esta postura está cercana a la que empleé en el caso que abordo y efectivamente no use la noción de la complicidad en mi trabajo en la ciudadela Santa Rosa.

En otro artículo en el cual aborda los procesos de recomposición de una comunidad que ha sido víctima del conflicto, Jimeno propone que “la relación entre antropólogo y sujeto de estudio, a través de los testimonios de sufrimiento, establece un vínculo recíproco socio-afectivo que se proyecta en la acción social y ciudadana de unos y otros (Jimeno 2011: 49). Allí se propone que en tanto el etnógrafo en nuestro país, es también ciudadano, su trabajo etnográfico es a la vez su acción ciudadana, que en el caso del trabajo particular de la profesora Jimeno consiste en servir de canal de comunicación de la experticia violenta, lo que le permita a quiénes la han sufrido recomponerse políticamente, es decir, recomponer la posibilidad de su acción ciudadana. (Jimeno 2007)

Finalmente, en otro artículo Jimeno plantea para el caso de su experticia de trabajo con la misma comunidad lo siguiente “la indagación que hicimos como antropólogos contribuyó a activar mecanismos culturales que ya poseían, y les permitió afirmar e incentivar –que no inventar– la comunicación de la experiencia violenta para reconformar el sentido de la vida” (Jimeno, 2011:51)

En mi opinión esta postura tiene un inconveniente, otorga un carácter casi imprescindible a la labor del antropólogo, al convertirlo en el detonador de los procesos de recomposición de las comunidades, como si estas no pudiesen hacerlo por si solas y esto puede tener un tinte paternalista. El antropólogo catalizador puede resultar a muy cercano al terapeuta. No creo que las comunidades “necesiten” de los antropólogos para orientar sus procesos sociales, ni siquiera para que los inicien. En ocasiones, y este es mi caso, estos procesos ya están en marcha desde antes de la llegada del antropólogo y su presencia puede incluso perturbarlos o redireccionarlos.

Mi postura al respecto, es que si las comunidades nos están brindando a los antropólogos una gran cantidad de información que realmente no están obligados a darnos, si nos autorizan para realizar el trabajo con ellos y ellas (este me parece el primer punto a concertar siempre) si yo investigador estoy accediendo a una serie de conocimientos, experiencias y relatos (Guber, 2001) que posee la comunidad, y esa

información me va a servir para fines académicos personales y eventualmente sociales, lo mínimo que yo como investigador puedo hacer, es devolverles algo también desde mis propios conocimientos y experiencias. En pocas palabras, establecer la relación en términos de *reciprocidad* como la misma profesora Jimeno lo recomienda en otro artículo (Jimeno, 2007)

Por cuestiones de mi trayectoria personal tengo un buen dominio del inglés así como formación pedagógica, por esta razón acordamos con Doña Rita que sería muy útil para los niños de la comunidad si abriéramos un espacio de refuerzo de conocimientos en el manejo de una segunda lengua. De tal forma, que de agosto a diciembre de 2011, todos los sábados de 10 a 12 del día, estuve encargado de un curso básico de inglés para niños entre 10 y 16 años, por supuesto gratuito y abierto a todo el que quisiera asistir. Este curso se realizaba en el salón comunal del barrio y la JAC se encargó de la publicidad del mismo, así como de las inscripciones.

Comencé con 20 niños y niñas de la ciudadela y al final no tenía más de diez. Sin embargo, la experiencia fue sumamente enriquecedora y gratificante, ya que encontré niños con potenciales académicos impresionantes, y además fue increíblemente provechosa para conocer a la comunidad y para que ellos me conocieran, en otras palabras, para adquirir un rol local en campo (Guber, 2001) ya no sólo como investigador, sino como “el profe de inglés”. No desde la postura de “yo” sujeto poseedor del conocimiento, sino desde la posición compartir conocimientos, en la que yo más les podía ofrecer.

Al respecto, Guber menciona la importancia y la necesidad de saber mantener una imagen en campo y de construir aprecio y reconocimiento social como actor dentro del grupo al que uno está conociendo

> “La observación para obtener información significativa requiere algún grado siquiera mínimo de participación; esto es, desempeñar algún rol y por lo tanto incidir en la conducta de los informantes y recíprocamente en la del investigador…En el uso de la técnica de observación participante la participación supone desempeñar ciertos roles locales. (Guber, 2001: 65)

La misma Rosana Guber hace una disertación que me fue muy pertinente sobre los métodos de recolección de información en campo. En un apartado hace la distinción entre la entrevista estructurada, la semi estructurada y la entrevista etnográfica o informal " cuyo valor reside en su carácter performativo…es una relación social a través de la cual se obtiene enunciados y verbalizaciones en una instancia de observación directa (Guber , 2001: 80) Para esta autora, la no directividad permite al etnógrafo acceder a *conceptos experienciales* "que permitan dar cuenta del modo en que los informantes conciben, viven y asignan contenido a un término o una situación" (óp. Cit). Esto a partir de dos mecanismos: la atención flotante del investigador y la libre asociación de temas y conceptos desde la perspectiva del informante.

Debo reconocer que no elegí el enfoque de la no directividad para mi trabajo de campo a partir de la lectura de Guber previa al trabajo de campo, fue más bien un acto de improvisación en campo. Me explico, cuando empecé a realizar mi trabajo de campo en la ciudadela, habitantes (incluso algunos desmovilizados) en ocasiones mostraban recelo al tratar temas como las percepciones sobre la experiencia de reintegración de los excombatientes en el barrio y la forma como la JAC lo manejaba. De tal forma que en los otros espacios de interacción a los que me referí antes (reuniones, juegos, festividades) en los que tenía contacto con las personas del barrio trataba entablar conversaciones informales que tocaran indirectamente estos temas. Así podía ver las reacciones de la gente y la forma como definían estas percepciones ellos mismos. Ya fuera tomando un café o una cerveza después de un partido, o acompañando a alguien a la tienda, la conversación me sirvió muchísimo para acceder a estos contenidos que no se comunicaban explícitamente. Como dije, no fue un recurso elaborado a partir de la teoría, fue un recurso que utilicé a partir de lo que el campo mismo me presentaba. A la conclusión que llegué después, cuando encontré esto en el texto de Guber, es que ella expresa de la mejor manera posible este enfoque no directivo para acceder a contenidos que no siempre están explícitos o de los que no siempre se puede hablar.

Finamente, menciono el uso de la fotografía como forma de captar partes del contexto espacio-temporal de la ciudadela Santa Rosa. Cuando no conocía a nadie, tomé varias fotografías; luego ya lo tomé por costumbre, aunque no siempre se podía. Eso me permitió captar cosas en campo que no veía a primera vista, sino que las entendí después de observar varias veces las imágenes. Traté de que esta realidad también fuera captada desde los ojos de los mismos pobladores a través del lente de una cámara,

pero en el primer experimento, no me devolvieron la cámara, así que no lo volví a intentar.

A través de la recolección de información, de la toma de fotografías, de las conversaciones con la gente, de la experticia de estar allí compartiendo las alegrías y las preocupaciones de estas personas, pude recoger los relatos, percepciones y las distintas versiones sobre la historia del barrio que presento en los capítulos 4 y 5 de este trabajo, pero más allá de eso, me sentí muy cercano a la gente del barrio, ya sea porque Doña Rita me daba refrigerios del ICBF como a un niño más del barrio o porque en algún momento también me encontré polarizado en las elecciones de la JAC. En todo caso la experiencia me tocó profundamente.

3. Capítulo 3. Debates conceptuales: ¿Desde dónde abordar el caso santa rosa?

Después de haber presentado el panorama de este trabajo, a través de mi experiencia de ingreso y posicionamiento en campo, en esta parte del texto voy a discutir los enfoques teóricos que he tomado como base en este trabajo. Es importante mencionar que, si bien estos autores y conceptos fueron la referencia para el planteamiento de la investigación, varios de ellos (probablemente la mayoría) los encontré y decidí seguirlos en el trascurso de la investigación y después de haber finalizado la misma. Esto quiere decir que este componente teórico responde más a un marco de interpretación de los datos recogidos y no a un criterio de delimitación del campo y selección de los mismos.

A continuación abordaré tres categorías generales en torno a las cuales organizo los conceptos utilizados. La primera, son los procesos de desmovilización y reintegración y las numerosas implicaciones de estos términos relacionados con nociones liberales de la ciudadanía y civilidad. La segunda son los debates sobre espacio y lugar y la pertinencia de hacer etnografías locales con un sentido global. La tercera presenta otra serie de conceptos relevantes que se enfocan en el análisis de la influencia de los capitales sociales y los *habitus* incorporados por los individuos en la construcción, no desprovista de fricciones, de un espacio social determinado.

3.1 Desmovilización, reintegración y ciudadanismo:

Para entrar en materia del marco conceptual comenzaré hablando sobre *Desmovilización***.** Según la Agencia Colombiana para la Reintegración, la desmovilización como etapa “consiste en la decisión individual y voluntaria de abandonar su pertenencia

a un grupo armado al margen de la Ley, así como sus actividades dentro del mismo. Este procedimiento se puede realizar individual o colectivamente" (ACR, 2009). En el documento Conpes 3554 de la Dirección Nacional de Planeación titulado *Política nacional de reintegración social y económica para personas y grupos armados ilegales*, la desmovilización se define como

> El licenciamiento formal y controlado de miembros activos de fuerzas o grupos armados. La primera etapa de desmovilización consiste en la ubicación de quiénes van a ser desmovilizados en zonas de concentración designadas o campamentos especiales diseñados para este propósito. (DNP, 2008)[21]

En últimas, el proceso de desmovilización implicaría el abandono de una estructura armada al margen de la ley, es decir, ilegal y sus dinámicas. La etimología del término, implica dejar de trasegar sin control estatal tanto a nivel geográfico como social, y pretender que el sujeto se ubique (localice) en un contexto fijo, aspecto de suma importancia para mi análisis. Cualquier persona que haya pasado por este proceso será por ende un *desmovilizado(a)*[22] *"*Aquel que por decisión individual abandone voluntariamente sus actividades como miembro de organizaciones armadas al margen de la ley, esto es, grupos guerrilleros y grupos de autodefensa, y se entregue a las autoridades de la República" (Presidencia de la República, 2003)

Es necesario aclarar que ésta no siempre es realmente una decisión libre. En muchas ocasiones se toma por seguridad o por temor, ya sea porque los combatientes perciben que continuar en el grupo representa una amenaza para su vida o la de su familia, o porque las condiciones en las que se enmarca su vida como combatiente no son dignas o se ven modificadas abruptamente por algún evento como el nacimiento de un hijo o una acusación de faltas al reglamento del grupo armado. En el caso de las desmovilizaciones colectivas son los jefes de las estructuras quiénes toman la decisión y no los combatientes.

---

[21] Estas definiciones establecidas en la legislación nacional son tomadas por lo general de las definiciones de los Estándares Integrados de DDR de la ONU.

[22] Este término sólo aplica para población adulta, ya que los menores de edad qua abandonan organizaciones armadas ilegales son denominados como *desvinculados.*

Esto nos conduce al término de *Excombatiente,* usado por los mismos desmovilizados (entre ellos los de la ciudadela Santa Rosa) y por académicos y legisladores que trabajan sobre este tema para referirse de manera más informal a las personas que en algún momento de su vida han estado vinculadas a una organización armada ilegal y en este momento dejaron de ser integrantes de esa organización. Cuando hablo de población desmovilizada o de excombatientes en Santa Rosa lo hago entendiendo que este es un grupo totalmente heterogéneo en el que confluyen personas de diferente género, procedencia geográfica y étnica, edad y postura ideológica a quiénes el gobierno y la academia agrupan bajo este rótulo. Esta denominación por lo general invisibiliza las trayectorias y los capitales previos de estos sujetos.

La *reinserción*, que etimológicamente significaria "volver a insertar dentro de" abarca el paquete de apoyo temporal entregado a los desmovilizados para su reubicación "Es la etapa justo después de la desmovilización pero previa a la reintegración. Comprende una asistencia transitoria para ayudar a cubrir las necesidades básicas del desmovilizado y su grupo familiar luego de la desmovilización" (ACR, 2009) María Clemencia Castro y Carmen Lucía Díaz, sicólogas de la Universidad Nacional de Colombia, en el marco de la labor del Observatorio sobre procesos de desarme, desmovilización y reintegración, plantean varios debates de fondo entorno al significado de este término:

> En la reinserción se nombra simultáneamente un haber estado afuera y un nuevo ingreso, una exclusión y una inclusión. Para el caso tratado cabe preguntar: ¿De qué está afuera el guerrillero? ¿Está fuera de lo social, de la ley fundante de la cultura? ¿O más bien de las formas legales de institucionalidad y organización social, de las leyes en su contenido jurídico? (Castro y Díaz, 1997: 56)

Lo que se evidencia aquí es que la imagen del desmovilizado como un otro que estaba afuera del Estado, en un estado de barbarie, alejado del contrato social y de la sociedad y vuelve a entrar, imagen construida en un primer momento desde el gobierno y las leyes nacionales, que se encargan de conferirle el carácter de ilegal, y que luego entra a formar parte de las formaciones discursivas populares culturales sobre los "reinsertados", aquellos sujetos que infunden desconfianza y temor.

Como mencioné anteriormente, la reclusión de los desmovilizados en los albergues no

contribuía a pensar que ellas y ellos pertenecían a la sociedad. De hecho, el paso de los desmovilizados por los albergues puede interpretarse como un aislamiento ritual de un sujeto que deja de ser criminal y tiene que pasar por un estado liminal durante el cual se desprende de su carácter ilegal y contaminante para retornar a la comunidad, a la sociedad civilizada, renovado(a). Finalmente fueron los mismos desmovilizados los encargados de desarmar esta estigmatización. Al respecto cito de nuevo la entrevista con Richy en marzo de 2010:

> Yo estaba en el albergue Hombre y Mito, en el Barrio Armenia y allá nos dimos cuenta de que necesitábamos hacer algo para mejorar la imagen con la comunidad. Afortunadamente contábamos con el administrador del albergue, la man nos ayudó en todo….teníamos a nuestro favor un par de acontecimientos anteriores que nos ponían en buena posición frente a la comunidad. En una ocasión a una señora le raparon el bolso en el barrio, un compañero se dio cuenta y no lo pensó dos veces, se fue detrás del choro, lo alcanzó, lo levantó y recuperó el bolso. La señora muy agradecida hizo difusión del hecho. Otra vez, un compañero estaba fumándose un porro en la terraza del albergue cuando se pilló que un grupo de indigentes intentaban robarse una reja metálica de una casa y entonces llamó a los otros del albergue y los pararon. (Ramírez, abril de 2010. En Rodríguez, notas de campo)

Al parecer, durante su estancia en los albergues los mismos desmovilizados trataron de limpiar su imagen a través de acciones “cívicas” que defendían a sus vecinos contra la inseguridad y la violencia de otros actores. Como veremos más adelante este es uno de los mecanismos más efectivos que encontraron los excombatientes para generar aceptación dentro de las comunidades.

Ahora bien, el énfasis de este trabajo recae sobre la etapa de *Reintegración,* ya que es aquí cuando los desmovilizados se sitúan en contextos urbanos locales “reintegrándose” a la sociedad. Para acudir de nuevo la definición oficial, la ACR define la reintegración como “el proceso a través del cual los desmovilizados adquieren un estatus civil. La reintegración es esencialmente la reasignación del estatus de ciudadano al desmovilizado, una etapa sin límite de tiempo, que se lleva a cabo primordialmente a nivel local” (ACR 2009). En el Conpes 3554 se añade lo siguiente, “Es el proceso a través del cual los desmovilizados adquieren un estatus civil y consiguen un empleo e ingreso económico de manera sostenible” (DNP, 2008).

La reintegración sería, por tanto, la última etapa del proceso, este término es el que se

usa actualmente por los generadores las políticas públicas y por la normatividad. Lo significativo del enfoque de la reintegración es que vincula a la comunidad receptora como actor del proceso, algo que hasta ese momento no se había llevado a cabo. Ahora la reintegración presupone en primer lugar la visibilización de la condición de los excombatientes en sus contextos locales, pero más aún, implica la generación de relaciones de interacción directa con las comunidades receptoras.

La noción de re-integrarse a la vida civil también es problemática, ya que esto implica la imagen de los combatientes como seres al margen de la sociedad, liminales, (Turner, 1974) que través de rituales burocráticos acceden de nuevo a su condición de civiles. Adicionalmente tenemos la idea de la reintegración social, entendida como volver a integrar un elemento social que estuvo desarticulado de un todo delimitado y coherente, pero que en algún momento se desintegró y es necesario reintegrarlo con los componentes que estaban fuera, en este caso, los desmovilizados.

Manuel Delgado llama la atención sobre este discurso ciudadanista que concibe la vida social como un escenario coherente y consensuado en el que los individuos son iguales en tanto se comportan de maneras socialmente aceptadas (Delgado, 2012) Cuando se asume que el desmovilizado es alguien que estaba fuera de la civilidad, precisamente se le sitúa por fuera de ese orden social acordado, y en tanto pueda adquirir ciertas condiciones (conseguir empleo, comprar vivienda, etc.) podrá dejar de ser un individuo conflictivo para entrar progresivamente en el modelo del “buen ciudadano” es decir un individuo que acepta (o se ve obligado a) convertirse en sujeto moderno.

Podemos decir que esta visión es heredada de los discursos liberales de la sociedad, que conciben un ideal armónico y contractualista de la ciudadanía basado en la idea de que la sociedad es una estructura conformada por individuos, que en tanto gozan de libertad de acción e igualdad de oportunidades, entienden que esta armonía es deseable y deben cooperar para mantenerla. Los individuos son conscientes de que el producto y beneficios de esta cooperación se deben repartir equitativamente y la misma noción de justicia se encarga de que así sea (Rawls, 2006).

Frente a esto se han propuesto visiones críticas sobre el concepto de ciudadanía que proponen que a pesar de que esta supone la pertenencia a una sociedad, se ha

sedimentado históricamente de manera jerárquica y se ha distribuido de manera desigual y diferenciada en términos de derechos y privilegios. Una visión muy interesante de esta postura ha sido propuesta por James Holston (2009) quien muestra una noción alternativa de la participación ciudadana, sobre todo para el caso de los barrios populares. Esta postura entiende las inequidades de las estructuras sociales y la imposibilidad de entender la ciudadanía como un contrato armónico racional entre individuos que persiguen objetivos concretos y están en las mismas condiciones de alcanzarlos.

Holston analiza el caso de los barrios populares como un foco de gran potencial emergente de las mismas organizaciones comunitarias locales, quiénes se movilizan para reclamar por sus derechos y de esta forma actúan de manera insurgente y contestataria contra el orden social vigente, al mismo tiempo que resignifican las nociones socialmente aceptadas de ciudadanía. Esta postura reconoce la capacidad de agenciamiento de los llamados “pobres” para sobreponerse a la marginalidad mediante acciones colectivas participativas en las cuales las mujeres son los actores más representativos. (Velázquez 2011).

Esta noción resulta muy pertinente para analizar el caso de la ciudadela Santa Rosa, en la cual este potencial organizativo de la misma comunidad generó transformaciones significativas en el espacio social del barrio. Estos procesos surgen de la misma necesidad de las familias por actuar en pro de mejorar sus condiciones de vida y como veremos más adelante, los beneficios obtenidos de estas luchas no se distribuyen equitativamente dentro de la misma comunidad.

Holston aborda el caso de las pandillas y comandos que emplean el lenguaje de la ciudadanía y el de los derechos combinando los raciocinios del crimen con los de los derechos democráticos. Así mismo, critica las teorías que plantean que la democracia significa automáticamente derechos ciudadanos. Las movilizaciones contemporáneas de los pobres urbanos no se desarrollan primordialmente en las luchas laborales sino en las luchas por la residencia ilegal, la construcción de viviendas y los conflictos por la tierra (Salcedo y Salcedo 2012: 57).

Aquí es pertinente profundizar en las raíces de las nociones de civilidad y de civilización,

trabajadas arduamente por Norbert Elías en *El proceso de civilización* (1939) en las que se encuentra un análisis profundo sobre la génesis de estas ideas. Para este autor, "con el término de «civilización» trata la sociedad occidental de caracterizar un lento proceso histórico de transformación tanto de las formas de organización política como de los sentimientos de los individuos a través del cual la sociedad occidental terminó por convencerse de que era el epítome de una sociedad avanzada grado alcanzado por su técnica, sus modales, el desarrollo de sus conocimientos científicos, su concepción del mundo" (Elías, 2010:55) A partir de esta definición nos muestra como en la sociedad occidental históricamente han actuado mecanismos de coacción externa y auto coacción sobre la conducta y los impulsos "naturales" y emocionales de los individuos, lo que permite establecer unas normas "civiles" de comportamiento en oposición a lo que se considerarían comportamiento incivilizados, impulsivos, pasionales y por ende, salvajes.

Estos discursos sobre la civilidad y su actual peso en el funcionamiento de la sociedad son producto de un devenir histórico que encuentra sus orígenes en los manuales de civilidad escritos en el siglo XVI por pensadores como Erasmo de Rotterdam, en donde se propone que el autocontrol de los instintos es lo que subyace a las normas de comportamiento socialmente aceptadas. Aunque la puesta en marcha de estos discursos y maneras de ser no debe interpretarse, según el autor, como producto de la acción racional e intencionada de individuos concretos con el proyecto de poner en marcha estas transformaciones. Estas serían el producto de las trasformaciones históricas particulares en las formas de interactuar y los intereses de los mismos individuos.

Resulta muy ilustrativo reflexionar desde este punto sobre los fines del proceso de reintegración social de excombatientes en nuestro país. Por ejemplo, si pensamos en que este conjunto de políticas y programas está orientado a que el excombatiente "adquiera un estatus civil" inmediatamente nos podemos remitir a la noción de civilidad que propone Elías como la capacidad que tienen los individuos de autorregularse. Esto nos conduce a pensar que sí antes de su desmovilización el sujeto combatiente no tiene la condición de civilidad, y por tanto entraría dentro de la categoría del guerrero impulsivo y salvaje; la reintegración trataría de civilizarlo (hacerlo civil), es decir, incluirlo dentro del esquema de conductas controladas y autorreguladas, lo que a la larga le permitirá participar "correctamente" en esta sociedad, hacer parte de ella. Aquí podemos reflexionar sobre el papel que cumplen es estas dinámicas los talleres de apoyo

psicosocial y de “resocialización” que son brindados por el estado y que los desmovilizados deben tomar como requisito para adquirir los beneficio de educación, salud y sostenimiento de los programas de reintegración.

Para Elías, el gran triunfo del proceso de civilización de occidente es haber logrado una cultura de la autorestricción de los sujetos. Esta autorestricción de los comportamientos impulsivos, abarca las conductas afectivas y de satisfacción de los deseos, pero sobre todo aquellos comportamientos relacionados con la violencia. (Elías, 2010). Es decir, en las sociedades más especializadas los sujetos han logrado controlar sus impulsos hacia las conductas violentas, de tal forma que el monopolio de la violencia controlada queda en manos del estado y la sociedad alcanza un estado de pacificación. Se da lo que el autor menciona como “el acortesanamiento de los guerreros” que sería el proceso mediante el cual se trasforma una sociedad pre-estatal marcada por el ejercicio mayoritario y cotidiano de la violencia el que resalta el papel de los guerreros, en una sociedad moderna en el que “La monopolización de la violencia física disminuye el miedo y el terror que el hombre inspira al hombre y, al mismo tiempo, la posibilidad de aterrorizar, atemorizar o torturar a los demás” (óp. cit: 458)

Con esta noción el autor profundiza en las libertades y las obligaciones que tendrían los individuos que hacen parte de una sociedad de espacios pacificados “en estas sociedades, el individuo está protegido frente al asalto repentino, frente a la intromisión brutal de la violencia física en su vida; pero, al mismo tiempo, también está obligado a reprimir las propias pasiones, la efervescencia que le impulsa a atacar físicamente a otro” (óp. cit: 454).

Según Elías, en esta sociedad occidental moderna ya no hay cabida para el libre ejercicio de la violencia, ya que como mencionaba antes, el monopolio de la misma está en manos del estado, quien lo usa como mecanismo de control. En este escenario el desmovilizado que ha depuesto las armas y ha recobrado su “estatus ciudadano” ya no debe temer a ser víctima de actos violentos, siempre y cuando se comporte de manera que no atente contra el orden social establecido. Es decir, al ser de nuevo “civil” adquiere el derecho a la seguridad, a que el estado lo proteja; pero al mismo tiempo tiene el deber de reprimir todo comportamiento que pueda considerarse violento o pasional, para evitar cualquier tipo de acción punitiva. Para este autor, el proceso de civilización va acompañado de

procesos de fortalecimiento del papel del estado y de urbanización de las ciudades. En estas ciudades habría entonces un peso continuo que refuerza los comportamientos considerados “correctos” de los ciudadanos, basados en internalización de formas de restricción y el autocontrol consiente e inconsciente de los individuos que procuran al máximo evitar las infracciones contra el comportamiento socialmente aceptado. (Porzecanski, 2007) Así mismo, existen otro tipo de coacciones que no son violentas pero que igualmente tienen gran relevancia en el mantenimiento de este autocontrol, como lo son las coacciones económicas, que exigen un cálculo continuo de parte del individuo de las consecuencias futuras de sus acciones presentes.

Estas otras formas de coacción también podemos encontrarlas en ese proceso de recuperación del estatus civil del desmovilizado. Como quedo esbozado más arriba, se espera que mediante los programas de reintegración del estado, el excombatiente consiga un empleo que le represente un ingreso económico sostenible para él y su familia. Como he mostrado en este escrito, la efectividad de estos programas puede cuestionarse fuertemente, pero este no es el punto aquí. Lo que quiero mostrar en este momento es como el estado espera que el desmovilizado paulatinamente se vincule de manera efectiva al aparato económico productivo de la sociedad, que adquiera cierta racionalidad económica que oriente sus decisiones presentes enfocadas en su proyecto de vida; se espera que este sujeto también interiorice determinadas formas de regulación en lo que produce y lo que consume.

En tanto los desmovilizados por lo general encuentran inconvenientes para cumplir estos “requisitos” de comportamiento social, emocional y económico que implica este proceso de retorno a la civilidad, su proceso de resocialización (de re-civilización podríamos decir) no es el esperado. La ciudadanía del excombatiente queda en un permanente entre dicho, es una ciudadanía incompleta, sobre todo en términos de derechos más que de deberes.

En este punto me gustaría llamar la atención sobre la idea de las “ciudadanías otras” o las “nuevas ciudadanías” (Rosales 2012) las cuales permiten ampliar el concepto de ciudadanía para incluir a actores sociales que están en proceso de reivindicación y visibilización y que, mediante estas luchas cotidianas, transforman los espacios que habitan. Esta noción mucho más incluyente de ciudadanía puede resultar muy útil para

ver a la población desmovilizada de la Ciudadela Santa Rosa, y para pensar la comunidad en general de este barrio, ya que nos permite verla más allá de la noción de una comunidad fragmentada por una serie de identidades delimitadas (desmovilizados, desplazados, etc.) y nos presenta un panorama de transformación de un entorno local a partir de las prácticas de habitar de personas con experiencias de vida muy diversas.

Precisamente, la distinción planteada entre población desmovilizada y comunidad receptora en la Ciudadela Santa Rosa, en realidad no puede ser establecida de forma tan tajante. Esto debido a que en la convivencia diaria estos dos grupos han venido interactuando (por lo menos de forma aparente) hasta construir una comunidad en la que las fronteras sociales son difíciles de establecer. Mi intención no es de ninguna forma atacar y desarticular las dinámicas de convivencia de la urbanización, sino analizar las relaciones jerárquicas y de poder implícitas en sus prácticas cotidianas. En sintésis, en la ciudadela Santa Rosa no podemos hablar de una “identidad barrial” sino todo lo contrario, de múltiples procesos identitarios en constante fricción.

Para cerrar este punto me gustaria mencionar los aportes realizados por La antropóloga Kimberly Theidon, quien enfatiza en los antecedentes compartidos de los excombatientes y en algo que ella llama “La masculinidad militarizada” (Theidon, 2009) resultado del entrenamiento de combate que incluye tanto el adoctrinamiento corporal como emocional. Para esta autora, un proceso exitoso de reintegración debe ir más allá de la presentación de las metas cumplidas en términos de justicia transicional, para empezar a abordar las relaciones entre la militarización del cuerpo, la violencia y las variables de género (Theidon, 2009b).

La propuesta de esta autora invita así a añadir un lente de diversidad, de interseccionalidad si se quiere a la hora de pensar en los procesos de DDR y las personas que los atraviesan. Esto es interesante, no sólo a la luz del caso de los desmovilizados, ya que en Colombia uno de los requisitos para que los hombres se conviertan en ciudadanos una vez han alcanzado la mayoría de edad es precisamente prestar servicio militar, en donde esta militarización del cuerpo es un factor totalizante.

3.2 Debates conceptuales: el sentido global del lugar

En este punto voy a profundizar en por qué es pertinente abordar etnográficamente el caso Santa Rosa a partir de una pequeña disertación sobre los conceptos de espacio y lugar que he utilizado y los debates que pueden surgir a partir de los mismos. Después de mediados del siglo XX, varios autores se encargaron de revelar la naturaleza evidentemente política del espacio. Entre ellos, el arquitecto francés Henri Lefebvre (1974) propuso una teoría unitaria del espacio en la cual todo espacio es un producto social, un proceso continuamente dinámico. El capitalismo como sistema, pero también la academia, se han encargado, según este autor, de fragmentar el espacio y definirlo como un lugar de intervención, un "espacio dominado" pero también como un espacio dominante de las prácticas que en su interior se dan, creando una lógica dialéctica muy particular.

Lefebvre nos dice que el espacio puede ser visto a partir de al menos tres dimensiones: La primera, es el "espacio percibido" en el que se dan las prácticas sociales guiadas en la vida cotidiana por el sentido común de los sujetos, es decir es el espacio de la acción cultural determinada por la percepción sensorial y el uso del entorno. La segunda es el "el espacio concebido" se constituiría a partir de las representacionales del espacio elaboradas por los expertos y las instituciones. Estas representaciones tienen un origen en los poderes dominantes de las sociedades, están sumamente normativizadas y por lo general se materializan de forma muy concreta en mapas, cartografías, esquemas y modelos estadísticos. La tercera dimensión el "espacio de lo vivido" es el espacio de la resistencia, de las epistemologías locales e informales, determinado a partir de la experiencia de la gente y las representaciones que surgen a partir de dicha experiencia.

Retomando a Lefebvre, Manuel Delgado distingue claramente entre "un espacio esencialmente representado o, más bien, concebido, que se opone a las otras formas de espacialidad que caracterizan la práctica de la urbanidad como forma de vida: espacio percibido, vivido, usado..." (Delgado, 1999:2) Para este autor en el espacio vivido (practicado) se mantiene una interacción continua entre los individuos que lo atraviesan, que puede cambiar, desaparecer o volverse conflictiva en cualquier momento dependiendo de las jerarquías y las relaciones de poder que lo estructuran "espacio

también en que los individuos y los grupos definen y estructuran sus relaciones con el poder, para someterse a él, pero también para insubordinarse o para ignorarlo mediante todo tipo de configuraciones auto organizadas" (óp. cit)

Quiero resaltar aquí, el aporte de Delgado (1999) al carácter producido del Espacio urbano, "el espacio urbano no es un presupuesto, algo que está ahí antes de que irrumpa en él una actividad humana cualquiera. Es sobre todo un trabajo, un resultado, o, si se prefiere –evocando con ello a Henri Lefebvre y, con él, a Marx– una producción. O, todavía mejor, como lo había definido Isaac Joseph: una coproducción. (Delgado, 1999: 3) Esto es importante para este trabajo en el sentido de que Santa Rosa no puede ser vista como una parte de la ciudad a la que han llegado a vivir individuos de diversa procedencia quiénes se han acomodado a lo que el barrio les plantea en términos de convivencia y comunicación. Lo que tenemos en este barrio es una gran cantidad de espacios que han sido *coproducidos* por la interacción continua y cotidiana de sus habitantes, viejos y nuevos. Es esta interacción la que da forma a Santa Rosa y la que se ha encargado de transformarla a lo largo de los últimos años.

En cuanto a la noción de *lugar***,** que aunque en ocasiones se ha separado de la idea de espacio es evidente que los dos conceptos, aunque diferentes entre sí, están interrelacionados. Sobre el lugar también han sido creados algunos imaginarios, muchos de ellos en relación con la idea de que un lugar es sólo el espacio donde ocurren las relaciones sociales, el contenedor de las mismas, pero es importante entender que el lugar es en sí un elemento que produce significado.

Al respecto la geógrafa Doreen Massey, nos plantea que los lugares no son elementos estáticos, son producto de relaciones, intersecciones históricas y geopolíticas dinámicas y fluidas. Según ella "la especificidad de cada lugar es el resultado de todas las relaciones, prácticas, intercambios, entrelazados dentro de este nodo y no es la delimitación a partir de cercas, fronteras o barreras de un espacio. (Massey, 2004:79).

Al definir espacio y lugar de la forma que lo hemos hecho, es posible apreciar claramente la especificidad de lo *local***.** De hecho es común concebir cada lugar como estrictamente local, lo que a la larga ha llevado a una tendencia, sobre todo en antropología a definir su objeto de estudio en términos siempre locales (Serje, 2008) Pero

de ninguna manera debe pensarse en lo local como aislado y auto contenido, En los últimos años las etnografías hechas en contextos barriales locales han sido atacadas por esencializar e idealizar la idea del "lugar" ya que al ver el espacio urbano como algo perfectamente delimitado, dejan de lado las múltiples conexiones que tienen cada escenario local con su contexto global. Como lo plantea Massey "Un sentido global de lugar (de lo local) implica también que cada país, región, ciudad se construye en buena parte a través de relaciones de interdependencia que lo vinculan a otros lugares… es el lugar visto como punto de encuentro, como negociación constante, como hibridismo ineludible" (Massey, 2004: 80).

Efectivamente es necesario entender que la ciudadela Santa Rosa como lo mencioné antes es un lugar de encuentro. Su particular historia no depende únicamente de sus dinámicas internas, sino que debe comprenderse en un marco mucho más amplio, global, nacional y distrital, que incluye desde las características del modelo urbanístico de la ciudad de Bogotá con su fuerte segregación socioespacial hasta los avatares de las políticas gubernamentales de los últimos dos periodos y su fuerte énfasis en los programas de desarme, desmovilización y reintegración.

Pero en este punto hay que tener cuidado con no caer en extremos y es allí donde este trabajo encuentra su justificación. Arturo Escobar, en su artículo "El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar" (2000) llama la atención sobre el fenómeno de *desdibujamiento del lugar* en el que según él, el concepto de lo local ha perdido terreno en los estudios sociales frente al análisis de la globalización. Escobar plantea "El lugar, en otras palabras, ha desaparecido en "el frenesí de la globalización" de los últimos años" Personalmente creo que esta postura es muy extrema y dicotomizar este debate en términos de global-local o espacio-lugar como propone Escobar puede resultar no tan provechoso. De hecho, concuerdo con Massey, en que no se puede proponer una distinción clara del espacio con respecto al lugar, observado al primero como exterior al segundo, ya que ambos tienen unas características muy claras de significación, cotidianidad y materialidad (Massey, 2004: 81).

Sin embargo, coincido con Escobar en que "el lugar -como la experiencia de una localidad específica con algún grado de enraizamiento, linderos y conexiones con la vida diaria, [en la cual el sentido de] identidad es construida y nunca fija- continúa siendo

importante en la vida de la mayoría de las personas, quizás para todas" (Escobar, 2000:1) Efectivamente lo local debe importar y mucho porque allí es donde realmente viven las personas que observamos. Lo que hay que tener muy en cuenta es que cada contexto local debe ser entendido en un marco de relaciones globales. ¿Vale la pena hacer una etnografía que sólo nos hable de un lugar tan local como un Barrio en una ciudad como Bogotá? Para mí la respuesta no es otra que ¡por supuesto! Esto si tenemos en cuenta que el estudio de un caso como Santa Rosa, entendido como un lugar que depende no sólo de lo que pasa en su interior sino de toda una historia nacional y global, puede darnos importantes enseñanzas sobre las posibilidades reales de reintegración social de excombatientes y por ende, claves para encontrar soluciones concretas al conflicto armado del país.

Para cerrar este tema por el momento, retomo a Ulrich Öslender cuando menciona que las investigaciones no se tienen que quedar en reconocer la naturaleza dada de los conceptos "No se trata simplemente de reconocer la forma construida de dichos conceptos de espacio, lugar, región y ubicación. Lo que importa, es mostrar cómo han sido construidos" (Öslender, 1999). Es precisamente allí también a donde quiero llegar con este trabajo: ver cómo llegan a partir de un programa estatal experiencias, vivencias e ideas que contribuyen a la construcción de un lugar propio, un espacio de convivencia (o de fricción) para los habitantes de la ciudadela. Parafraseando al mismo Öslender, pretendo espacializar la construcción de las micropolíticas de la reintegración social.

3.3 Otros conceptos relevantes: tácticas, capitales y micropolíticas

Aquí quisiera hacer claridad sobre algunos conceptos que también usaré a lo largo del escrito. Theidon utiliza la categoría de la "micropolítica de la reconciliación" para analizar los mecanismos que las personas usaron en contextos locales del conflicto peruano de los ochentas para "rehumanizar" a sus antiguos enemigos y a ellos mismos, mencionando el impedimento encontrado por otros autores para analizar los procesos de paz y reconciliación en ámbitos de nivel macro solamente (Theidon, 2004). En esta investigación no es ese el caso. Como lo mencioné anteriormente, los residentes

llegados previamente no se conocían con los nuevos propietarios desmovilizados, lo que implica además otras lógicas de creación de nuevas redes sociales más que de "restablecimiento", unas *micropolíticas de la reintegración.* Aunque la estigmatización generada hacia la población desmovilizada también se ha encargado de crear una necesidad de reconciliación de los excombatientes con el resto de la sociedad nacional.

Como lo mencioné anteriormente, la reintegración presupone la *interacción* contínua de los desmovilizados y los demás integrantes de la comunidad receptora. Erving Goffman se refiere a ellas como interacciones rituales que se dan cara a cara, y ha hecho un énfasis notorio en volver éste un campo de estudio profundo como lo menciona en uno de sus textos "Mi intento…ha sido que se acepte el ámbito de la presencia cara a cara como un campo de análisis, un ámbito que se puede llamar…el orden de la interacción, un ámbito cuyo mejor método de estudio es el microanálisis» (Goffman, 1983: 3). Según Goffman, este orden interactivo nos habla de la construcción compleja de las relaciones que se dan en contextos micro de convivencia, las cuales se basan en dos tipos de reglas: el contrato social (lo que se puede hacer) y el consenso social (lo que es justo o se debe hacer) lo que la larga genera dinámicas de cooperación interna entre los grupos (Óp. cit).

También utilizo la noción de *fricción***,** trabajada a fondo por la antropóloga Anna Tsing, quien la define como las incómodas, inestables y creativas cualidades de interconexión a través de la diferencia, las cuales nos hablan acerca de las relaciones de poder y las jerarquías, pero también de la capacidad de agencia de los individuos (2004). Según Tsing, la fricción es lo que mantiene el mundo en movimiento, pero no como una máquina bien aceitada y uniformemente funcional, sino como un mecanismo de poderes globales que se interconectan social y culturalmente. Tanto la interacción, como la fricción serán determinantes a la hora de abordar las dinámicas particulares de la convivencia entre los habitantes de la ciudadela santa Rosa.

Para Max Glukman, (1955) estas fricciones son inherentes a la organización social de cualquier comunidad y es importante tener en cuenta los conflictos a la hora de abordar etnográficamente la constitución las relaciones sociales. En su trabajo sobre *Costumbre y conflicto en África,* mencionaba como "Una comunidad de este tipo tiene siempre una elaborada división de lealtades habituales entrecruzadas "(Gluckman, 1955:31) lo que le

da lugar a figuras de autoridad admiradas por quiénes se favorecen a través de sus decisiones y odiadas por quiénes no resultan beneficiados con éstas.

Por otro lado, las nociones de *espacio social y capital* propuestas por Pierre Bourdieu (1997) también me resultan útiles en el sentido en que el autor propone que “en el espacio social, los agentes están distribuidos según el volumen global del capital que poseen bajo sus diferentes especies y en la segunda dimensión según la estructura de su capital, es decir, según el peso relativo de las diferentes tipos de capital, económico y cultural, en el volumen total de su capital.” (Bourdieu, 1997:14). También tomaré el concepto de *Habitus* como aquellas formas de ser y de ver el mundo que se incorporan de manera duradera y sirven para que los individuos construyan su propia realidad en relación con los capitales adquiridos.

En ese sentido la estructura del espacio social al cual me acerqué depende de cómo los individuos utilizan los diversos tipos de capitales previos, para generar un capital social simbólico que les permite o no ocupar posiciones privilegiadas en dicha estructura. Como veremos más adelante, para el caso de la Ciudadela Santa Rosa son los capitales organizativos los que permiten poner en marcha relaciones de poder que le dan a sus habitantes posiciones privilegiadas o subalternas en la jerarquía social del barrio.

Como cierre de este apartado, llamo la atención sobre los conceptos de tácticas y estrategias de Michel De Certeau, con el fin de caracterizar más a profundidad las interacciones micro a las que me referí antes con Goffman. Para De Certeau, en todo contexto social hay una interacción continua entre unas fuerzas de poder macro que ocupan posiciones privilegiadas en el sistema (Estado, Instituciones, Transnacionales) quiénes utilizan una serie de *estrategias* para ejercer su poder y por otro lado, los sujetos sobre quiénes recaen estas fuerzas, pero que a su vez las usan para su beneficio mediante unas *tácticas* propias que se manifiestan en sus prácticas diarias.

> “debido a su no lugar, la táctica depende del tiempo, atenta a "coger al vuelo" las posibilidades de provecho. Lo que gana no lo conserva. Necesita constantemente jugar con los acontecimientos para hacer de ellos "ocasiones". Sin cesar, el débil debe sacar provecho de fuerzas que le resultan ajenas. Muchas de estas prácticas cotidianas (hablar, leer, circular, hacer las compras o cocinar, etcétera) son de tipo táctico. Y también, más generalmente, una gran parte de estas "maneras de hacer": éxitos del "débil" contra el más "fuerte” (De Certeau, 1986: 50)

En la ciudadela Santa Rosa tenemos individuos y familias con trayectorias variadas, cuyos espacios de interacción están inevitablemente atravesados por aspectos históricos y políticos del panorama nacional. Personas que todos los días tratan de vivir su vida lo mejor posible, con acuerdos momentáneos o duraderos pero también con fricciones continuas marcadas por las tácticas que todas y todos ellos esbozan para seguir adelante y acomodarse lo mejor posible a esta sociedad urbana y sus desigualdades, acudiendo a los capitales acumulados como fruto de sus trayectorias. Espero que a partir del campo conceptual definido aquí pueda acercarme más claramente a la manera en que se transforma este lugar a partir de las prácticas de habitar de personas con experiencias de vida tan diversas en ocasiones y tan cercanas en otras.

La invitación es pensar en la población desmovilizada en general, no como ciudadanos incompletos o en camino de serlo (siempre y cuando el estado asi lo permita), sino en personas que están transitando contínuamente a través de muros, fronteras y barreras sociales en el espacio y el tiempo. El tema del la desmovilización y la reintegracióin sigue siendo pertinente y a mi modo de ver no ha sido suficientemente abordado desde lo etnográfico en contextos locales. Espero que la complejidad de las experiencias y narraciones que presentaré a continuación soporte la idea de que para abordar el tema de la reintegración social, es necesario pensar en el panorama desigual e inequitativo del país y como éste se manifiesta concretamente en la vida de las personas.

4. Capítulo 4. Relatos de la reintegración: participación, exclusión y silencio

El objetivo de este capítulo es presentar relatos particulares sobre la transformación socioespacial del barrio desde la perspectiva de las personas desmovilizadas que llegaron allí a partir del año 2005. Como he mencionado antes, las trayectorias de personas que abandonan las llamadas organizaciones armadas ilegales son muy variadas: se mueven entre la pérdida de fe en los ideales políticos de las mismas organizaciones, en la desilusión porque no encontraron allí lo que buscaban o lo que les prometieron, en el temor por su vida y la de sus familiares, o simplemente por el deseo de buscar una opción de vida mejor.

Como también he mencionado en capítulos anteriores, la reintegración social de excombatientes busca reubicar a estas personas a la sociedad mediante su inclusión en contextos urbanos o rurales locales siguiendo los lineamientos de lo que el Estado cree es una intervención terapéutica mediante la cual se cree que estas poblaciones superan su condición de no ciudadanos. A continuación, un fragmento del Conpes 3454 sobre *Política nacional de reintegración social y económica para personas y grupos armados ilegales*. Allí se menciona que este

> Es un plan de Estado y de Sociedad con visión de largo plazo, que busca promover la incorporación efectiva del desmovilizado con voluntad de paz y de su familia a las redes sociales del Estado y a las comunidades receptoras. La Política busca asegurar la superación de su condición a través de: a) la integración de la oferta social y económica del Estado; b) el acompañamiento para incrementar la probabilidad de que las intervenciones mejoren las condiciones de calidad de vida de la población desmovilizada y de sus familias; y c) la construcción de un marco de corresponsabilidad que por un lado, apoye al desmovilizado a regresar y convivir constructivamente en su

> entorno familiar y comunitario, y por el otro, lo comprometa a él y a sus dependientes con la superación de su situación y la permanencia en la legalidad.

Como vemos, uno de los objetivos de las políticas públicas apuntan en tres sentidos: darle al excombatiente las herramientas necesarias para que se vincule a la sociedad productiva (capacitación, recursos, seguridad), vincular a las comunidades receptoras con el proceso de reintegración mediante actividades y programas comunitarios y finalmente comprometer al desmovilizado con los proyectos de convivencia familiar y comunitaria y evitar su retorno a la ilegalidad. El fin último es reconstruir comunidades pacíficas y equitativas que apunten a un proyecto de nación “segura y democrática”.

Pero, por otro lado, encontramos las experiencias de estas personas, las y los desmovilizados que después de abandonar estas organizaciones se encuentran con el reto de vincularse a una sociedad que no siempre se muestra deseosa de recibirlos y acogerlos. Dichos tránsitos en su mayoría no son amenos y por el contrario, están plagados de relatos de frustración y decepción con el panorama que encuentran al desmovilizarse, de miedo e incertidumbre con respecto a su situación y preocupación por sus familias. Es allí cuando estos sujetos ponen en marcha diversas tácticas (De Certeau, 1980) para acomodarse al esquema de políticas y programas de reintegración del gobierno, pero también para utilizarlos en su beneficio, y resinificarlos a través de sus prácticas cotidianas en los contextos locales a los que llegan.

Este es el caso de la población desmovilizada de la ciudadela Santa Rosa. Allí los desmovilizados encontraron una comunidad diversa y fragmentada, caracterizada por la inseguridad y micro tráfico de drogas, con resentimientos profundos con la institucionalidad y desconfianza hacia los foráneos. Fue en ese contexto en el que los recién llegados utilizaron sus capitales simbólicos (Bourdieu 1997) para tomar posiciones diferentes en la estructura social del barrio y comenzar a acumular capitales sociales que les permitieran una mejor calidad de vida.

A continuación, presento los relatos de un grupo de excombatientes acerca de su llegada al barrio, su participación en la comunidad y sus percepciones sobre el contexto social del mismo y sus transformaciones en los últimos años. Los relatos presentados fueron seleccionados por ser los más ilustrativos de las posiciones de la población

desmovilizada del barrio. Los nombres usados no siempre son los nombres reales de las personas ya que algunos de ellos pidieron que utilizara seudónimos por su seguridad.

4.1 Doña Rita Guerrero: Seguir en la lucha desde la legalidad.

A partir del tiempo que pude compartir con ella (que no fue poco) me atrevería a decir que en la personalidad y la vida de Doña Rita está encarnado de manera casi ideal el *habitus* del desmovilizado según lo plantean las políticas de desmovilización y reintegración. Partiendo de recordar que la reintegración propone el abandono de las armas, el deseo de un cambio de vida y la inclusión productiva en una comunidad local, podría decir que Doña Rita, ha cumplido a cabalidad esta ruta mediante una combinación particular de ganas, convicción, táctica e inteligencia política.

Con Doña Rita siempre mantuvimos una relación de familiaridad y amabilidad. Recuerdo mucho como mi madre siempre me recomendaba que no dijera nada acerca de mí por seguridad, pero en campo descubrí las ventajas de entrar en una dinámica de indagación mutua, además que con Doña Rita teníamos varias cosas en común. Eso siempre me daba la oportunidad de tener tema de conversación.

Tuvimos varias charlas amenas en las que, al final, solía sacar un paquete de galletas o una bolsa de leche de los desayunos que daba el ICBF y dármela. Siempre pensé que ella era como una abuelita aunque con apariencia muy juvenil. La casa de la familia Pérez Guerrero era bonita, tenía varios adornos, un mosaico grande con todos los miembros, varias imágenes religiosas y una cocina muy bien dotada donde D. Rita preparaba un tinto con panela muy rico.

Todos los discursos críticos sobre la desmovilización con los que había estado en contacto desde que elegí trabajar este tema y los elaborados por mí, se fueron al traste la primera vez que hablamos con Doña Rita sobre su proceso de desmovilización. Ella lo relataba de la siguiente manera:

> Lo más bonito de la desmovilización es sentirse uno libre, sin miedo, sin temores. Al principio uno miraba al policía y al soldado pensando eran el enemigo o que todas las personas son sapos, a uno no se le quita fácilmente eso. Pero poco a poco uno se va concientizando que ahora hacemos parte de una comunidad. Me da mucha alegría cuando en carretera los soldaditos nos levantan el pulgar y mis nietos y yo sacamos la mano y los saludamos, todo muy bonito. ¡Cómo le cambia a uno la vida! (Rita Guerrero, febrero de 2011. En: Rodríguez, notas de campo).

La experiencia de desmovilización de Doña Rita ha sido en su mayoría positiva. Nació hace 55 años en Socotá (Boyacá). En su juventud se vinculó al ELN y allí militó Durante casi 20 años junto con su esposo Armando y sus cuatro hijos.

> "Al comienzo fue una experticia dura, venir uno del campo, del monte digámoslo así, y llegar a una ciudad. Encontrarse uno, como se dice, con ladrillo y cemento, es difícil, acostumbrado uno al campo, al aire libre. Pero bueno, igual asimilamos mucho la situación, nos adaptamos"

Ella se desmovilizó en el 2003 junto con toda su familia y luego pasó dos años en el programa de reinserción del estado donde tenía asegurada comida, salud y capacitación.

> "Para mí personalmente, mejor dicho, yo creo que el programa no es malo, le da a uno la oportunidad de prepararse y salir adelante, ya si uno no aprovecha es cuestión personal. Todos no tenemos los mismos pensamientos, afortunadamente varios logramos capacitarnos" (Rita Guerrero, abril de 2011. En: Rodríguez, notas de campo).

El día que se cumplieron los dos años de permanencia en el programa, ella y su familia dejaron de recibir las ayudas y les entregaron ocho millones de pesos para montar un proyecto productivo.

D. Rita me decía que en esos años ella pensaba que ocho millones no eran tanta plata y les decía a sus compañeros que no le sonaba invertir en un negocio, porque la plata se iba en pagar arriendos del local y de la casa. "Lo mejor sería tener casa propia tener una casa es tenerlo todo" (óp. cit). Fue así como ella sola emprendió el peregrinaje burocrático entre el banco y la oficina de desmovilización del Ministerio de Interior, para

que le permitieran invertir los ocho millones del proyecto productivo, en una casa. Luego el problema fue para convencer a la persona del banco para que le dejara la casa en ese precio.

> "Él (presidente comercial de AV Villas) dijo que había la posibilidad en un lugar que era San Cristóbal, unos remates de apartamentos, pero que nos los podían dejar mínimo en 10 millones. Yo le decía que entendiera que nosotros llegamos con lo que teníamos puesto, cuando nos entregamos no llevábamos nada más. Lo que nos daba el ministerio era para comida, transportes y arriendo. De donde podíamos ahorrar." (Óp. Cit)

Finalmente accedió y Doña Rita consiguió su casa propia. Cuando llegaron, la ciudadela estaba casi vacía, debido a que el banco le había quitado las casas a la gente por no pagar las cuotas y otros se habían ido por las grietas en las casas y la inseguridad. "El banco nunca pierde, el rico es más rico y el pobre vez más pobre" (óp. cit). En ese momento les daban la opción de escoger qué casa querían, y todas tenían el mismo precio. Doña Rita cuenta que cuando llegaron la gente les decía que no compraran aquí, que esto era zona de alto riesgo "Pero uno con la ilusión, dijimos bueno, ¡que carambas! Nos quedamos aquí un año, cinco, diez, lo que Dios quiera o hasta que lo tumben" (óp. cit).

Desde que Doña Rita llego, empezó a hacer cosas con la comunidad del barrio, a realizar actividades, a hacerse conocer de la gente.

> Eso no se le olvida a uno, esa ideología queda ahí en la mente, así que yo dije bueno, la idea es seguir luchando con libertad, por un mañana mejor, por una nueva vida. Justamente un sábado hicimos una olla comunitaria aquí en el barrio, como las que hacíamos cuando estábamos en la organización. En esa época, llegábamos a las veredas, preparábamos un buen sancocho y compartíamos con todos, en las escuelas con los niños. Entonces yo dije hagamos lo mismo aquí… Invité a mi hija, que también es muy activa y el día anterior empezamos a invitar a los vecinos a la olla comunitaria y nos preguntaban ¿Qué es eso? Les dijimos: no hagan almuerzo en su casa, más bien, cada uno trae un plátano, una papa, el pollo y cada uno traiga su cuchara y su plato y compartimos. Les pareció genialísimo y participaron muchos. (Óp. Cit)

Doña Rita me contaba cómo a partir de esas ollas comunitarias se fueron dando a conocer y en una de ellas tocaron el tema de la Junta de Acción Comunal (JAC). Al parecer, hace algún tiempo la junta había desaparecido debido a que quiénes la conformaban se habían ido. Después de eso, se contactaron con la alcaldesa de la localidad y le comentaron sobre la junta. Ella les dijo que contaban con todo su apoyo y así fue como lanzaron su propuesta para bajo el lema "Convivencia, reconciliación y paz". No tuvieron que hacer campaña. Además, Doña Rita era la única candidata y las ollas la habían dado a conocer bastante.

> Yo les dije quiénes éramos nosotros y cuál era nuestro propósito. Nosotros somos desmovilizados estamos con el proceso. Les eché el cuento. De todas maneras, yo les decía, todos tenemos un pasado, nosotros no venimos a juzgar a nadie. Pero yo quiero que ustedes sepan de dónde venimos, hicimos parte de un grupo armado, estamos en proceso de socialización. Nuestros ideales siguen, no se pierden, queremos trabajar y salir adelante con nuestras familias, integrarnos con una comunidad y hacer parte de ella. Nosotros ya tenemos un derecho, tenemos la libertad. (Óp. Cit)

De esta forma Doña Rita y sus compañeros se encargaron de materializar la propuesta de los programas de reintegración social en la ciudadela, haciendo visible su condición de excombatientes, generando iniciativas de integración. A esto me refería cuando mencionaba que el proceso de Doña Rita encarnaba el habitus ideal del desmovilizado. Efectivamente Doña Rita ganó esas elecciones y las de 2009 y recientemente, las de abril de 2012. A partir de ahí realizo varias actividades como el *Festival de cometas por la paz,* las celebraciones del día del niño, las novenas con los vecinos. Con Bienestar Familiar consiguió desayunos diarios para todos los niños menores de cinco años y con Secretaria de Gobierno, regalos para los niños en navidad. Ella cuenta como de repente con su marido se volvieron muy conocidos:

> Teníamos muchas visitas, del Japón, de Alemania, de Estados Unidos. Venían a conocer nuestro proceso, éramos de lo único que ACR y Secretaria de gobierno tenían para mostrar. Santa Rosa un modelo único de convivencia, reconciliación y paz, donde llegamos excombatientes de derecha y de izquierda. Mucha gente venía, pero no traían nada de ayudas para la comunidad, sólo era a tomar fotos. Nuestro proceso es algo muy bonito, la gente está muy contenta…Los niños nuestros jugando con los niños de la comunidad y los

> jóvenes también. Nunca se ha escuchado que un niño o un joven rechace a otro, “su papa es un guerrillero” nada de eso (óp. cit)

Doña Rita relataba como cuando ellos llegaron había mucha inseguridad, sobre todo por la presencia de pandillas. Según decía, en esos años “dialogaron” con los pandilleros y montaron la cooperativa de seguridad privada en la cual, como D. Rita decía, “les dimos trabajo a todos los que quisieron entrar”. En los años siguientes todo mejoró para ellos: hicieron varias cosas por el barrio, consiguieron la remodelación y la dotación del salón comunal. “Ahora somos 105 familias de desmovilizados, vivimos por todo el barrio… somos los únicos que tenemos el proyecto productivo activo, muchos compañeros perdieron sus ocho millones”.

La visión de D. Rita sobre el proceso de reintegración de los excombatientes en el barrio es evidentemente muy positiva. Éste ha sido básicamente el fruto de su trabajo. “nosotros ya hacemos parte de una comunidad aquí. Nosotros ya no tenemos la marca, como le digo a los desplazados, si nosotros quisimos salir adelante fue porque nos quitamos ese pensamiento de la cabeza” Esto es muy llamativo, porque hay una interiorización del pensamiento de que ser desmovilizado implica de alguna medida una marca, un rotulo que según vemos, no se produce sólo desde la sociedad y el gobierno, sino que también está presente en la visión de los mismos excombatientes. Siguiendo a Elías (1939) en D. Rita también podríamos ver ese proceso de limpieza mental y de conciencia de la necesidad de auto coacción que implica el proceso de civilización

Fotografía 9: Mural elaborado con los niños del barrio.

En una entrevista posterior hacia comienzos de 2012, acompañé a Rita al salón comunal mientras recibía a las personas que venían a inscribir sus firmas para votar en las cercanas elecciones de la JAC. Incluso le ayudé en esa labor. Ese día le pregunté sobre todo el asunto de la demanda contra el distrito, a lo que ella me contó lo siguiente:

> El año pasado salió el fallo donde decían que ésta si era zona de alto riesgo. Los que estaban dentro de la acción de grupo, el distrito los indemnizó, pero se nos creó un conflicto ahí. Las personas entregaban sus casas y se iban. El distrito se demoró en sellarlas y empezaron a haber invasiones. La policía no pudo hacer nada, mucho menos nosotros. Ha estado muy tensionado el ambiente. Se interpuso otra demanda ver si nos indemnizan también a nosotros… Arriba en las casas verdes hay una reserva de agua, por eso el distrito quiere coger eso. (Rita Guerrero, febrero de 2011. En: Rodríguez, notas de campo).

Como dice D. Rita, un segundo grupo de propietarios interpuso una nueva acción de grupo contra el distrito para ver si también les compran las casas. No se sabe cuánto dure este proceso pero todos están a la expectativa. Ella me decía que si le compran ella vendería y se iría a vivir fuera de Bogotá porque aquí el frío la perjudica mucho. Pero a donde fuera, dice, seguiría trabajando “El liderazgo no se improvisa, eso se lleva en las venas, es muy difícil dejarlo. Fueron muchos años de lucha por los ideales. Ahora legalmente como no va uno a provechar al máximo cualquier oportunidad de trabajar por una comunidad” (óp. cit)

Fotografía 10: Vivienda sellada

En épocas de elecciones para la JAC, Rita me invitó a participar de un sancocho que iban a realizar un domingo de abril en el parque principal. Ese día llegué y el ambiente era muy festivo. En frente del salón comunal había una larga fila de personas con platos desechables en la mano y en el extremo Rita acompañada de otras tres mujeres se encargaban de servir la sopa desde una olla de metal muy grande que se encontraba sobre brasas. Me senté en una esquina a observar todo y de pronto alguien me dijo "profe, venga que Doña Rita lo necesita". Me acerqué y me tenían servido un plato de sancocho. Así que me senté al lado a tomármelo y no iba ni en la mitad cuando una de las mujeres me dijo "no se va a repetir". Así lo hice, de hecho me tomé tres platos.

Doña Rita ganó esas elecciones pero, como ya lo había mencionado antes, en esta ocasión se presentaron otros dos candidatos en la competencia política. El día que pasé a felicitarla por el triunfo me invitó a pasar a su casa donde se encontraba con Dayana, otra desmovilizada del ELN, que estaba lavando unos platos.

> "Hay momentos que se desmoraliza uno, trabajar con comunidades es fregado, porque no tiene uno a la gente contenta. Mi satisfacción es cuando todo el mundo me saluda en la calle es el empuje para seguir luchando. Los padres son personas muy desagradecidos, he tenido varios inconvenientes con ellos, ahí dice uno,… (Suspiro) la gente no agradece nada" (Rita Guerrero, mayo de 2011. En: Rodríguez, notas de campo).

Al decir que los padres son desagradecidos, Rita se refiere a que ella siente que ha trabajado mucho por el barrio, se ha sacrificado en cierto sentido por este, y no siempre es correspondida por los habitantes del barrio, en especial por los adultos. Esto lo sintió de manera más fuerte en estas elecciones. En esa ocasión ella me relató cómo el grupo de Adriana les hizo mucha mala propaganda para las elecciones. Decían que querían "derrocarlos, hicieron varias actividades, pero a mí ya la gente me conoce, yo no tuve que hacer nada" (óp. Cit) Dayana exclamó "ellos son unos desagradecidos, todo lo que ha hecho Doña Rita por ellos y así pagan"

En ese sentido, podíamos observar lo que Gluckman mencionaba sobre las posiciones de liderazgo "Las posiciones de liderazgo conllevan altos ideales y como la mayoría de

hombres son nada más que hombres, surge con frecuencia un conflicto entre los ideales de dirección y las debilidades que se presentan en un dirigente" (Gluckman, 1955: 58) Como decía D. Rita "no se puede tenerlos contentos a todos"

Ese día también acordamos con ella que sería muy bonito realizar una segunda parte del curso de inglés, ya que a los niños les había gustado. El relato de Doña Rita, sobre la historia de transformación del barrio, que durante un tiempo fue mi única fuente, es un relato feliz, lleno de buenos recuerdos y optimismo. Para ella la llegada de los desmovilizados le cambió la cara al barrio. Este es el relato con el que se quedan los periodistas que vienen a realizar notas de prensa en la ciudadela sobre "El barrio de los excombatientes (El Tiempo 2007) Pero si nos quedamos con ese relato no podemos ver las otras versiones que hay de esta historia. A continuación presento una de ellas.

4.2 Flavio: entre el rebusque y la exclusión

Fue en una tarde de lluvia, en la que no encontré a Doña Rita en su casa y decidí darme una vuelta por el parque, cuando conocí a Flavio. Un hombre de poco más de 1,50 m de estatura, tez blanca y ojos claros con una barba que hacía difícil discernir su edad. Ronie, como le apodaban (por su parecido con un jugador de futbol británico), me abordó cuando me encontraba tomando fotos en una esquina del parque central del Barrio. Me preguntó que qué hacía mirando la cámara y cuando le conté, sus ojos brillaron y empezó a hablar. Fue así como dimos comienzo a una relación particular que oscilaba entre conversaciones informales sobre el barrio, sobre su vida, sobre fútbol y las constantes peticiones que me hacía para que le prestara plata.

Flavio es oriundo del Meta, estudio hasta décimo y se retiró porque "esas cosas del estudio no eran lo mío" y luego prestó servicio durante 6 años. "yo estaba allá en el Ejército, me la montaban por chiquito, pero me gustaba cargar el fusil. Un día pedí licencia y me fui pa´ la casa. Allá un amigo mío me habló de los paras y me convenció de que nos metiéramos con ellos. A uno le prometen muchas cosas" (Flavio, Mayo de 2011, En Rodríguez, notas de campo). Con las AUC Flavio militó en el Meta y en el Guaviare.

Primero, participó en operaciones rurales y más tarde lo pasaron para las milicias urbanas de San Martín. “Allá (en la guerra) es muy duro cucho. Yo aprendí a armar y desarmar rusas (AK 47), granadas, cilindros, aunque ya se me olvidó. Tuve que picar gente, tuve que secuestrar… fui guardaespaldas de un chino teso, jefe de bloque, de 17 años el pelao, un duro…. (Óp. Cit)

En cuanto a su decisión de abandonar la organización, Flavio dice que fue por decepción “Yo participé en muchos combates, uno de 9 horas en caño Jabón. Allá mataron al amigo con el que entré, pero yo fui leal y se lo lleve a la mamá. Después de eso ya no quería seguir. Allá hay mucha disciplina, se come mucha mierda. El primer año chupé tabla como chino. No es como se lo pintan a uno, un día me fui pa Villavo y ya no volví” (óp. cit).

Después de completar su proceso de reinserción Flavio conoció a Olga, su esposa, tuvieron una niña, que en este momento tiene cinco años, a quién, según él me dice, nunca piensa contarle sobre su pasado, su esposa si lo sabe todo. Nunca me dijo ni yo le pregunte porque no le contaba a su hija, pero podría pensarse que se debe a que no quiere proyectar la imagen del excombatiente sobre ella. Se enteraron de las casas en Santa Rosa hace 4 años por unos familiares de Olga, así que Flavio sacó lo que tenía ahorrado y compraron la casa “nosotros no tenemos escrituras, pero esto ya es mío”.

En un segundo encuentro, ahora concertado, con Flavio, lo invité a tomar un tinto y me contó sobre el barrio:

> Acá hay muchas historias: reinsertados, desplazados, gente de bien y gente de mal. Este barrio es tranquilo, acá no roban, hasta un balón se puede dejar por ahí y ahí se queda, carritos y todo. Ahora ni en las casas verdes roban. De paseíto para allá si roban y hay mucho vicio. Acá no permitimos eso. Antes los niños no podían ni jugar en el parque, robaban en cada esquina, sobre todo en las verdes. Cuando llegamos eso cambió, ni los buses venían acá porque los robaban, nosotros logramos esa ruta. La gente en Bogotá se pega de cualquier cosa, dicen que son atracadores y cuando uno se les para ya se corren, ¡ja! si supieran como es en la guerra. (Flavio, Mayo de 2011, En Rodríguez, notas de campo).

En la opinión de Flavio, la llegada de los desmovilizados al barrio fue muy buena para la gente, sobre todo en cuanto a seguridad. Según el los ladrones que estaban allí eran muy “fictis” según me cuenta. Un día se le paró a uno con un ladrillo y este huyó. Cuando menciona actividades de la comunidad habla de un “nosotros” y se incluye, pero cuando habla de Don Armando y su “parche” los menciona como “ellos”.

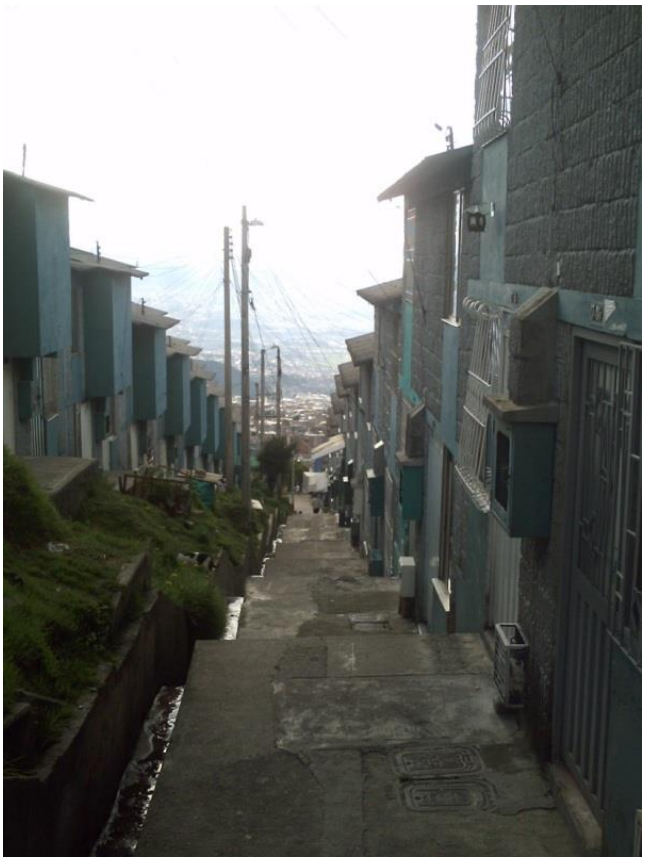
Esto es importante, ya que salvo en el caso de Adriana (a quien me referiré en el siguiente capítulo), con ninguna otra persona con la que hable recibí tantas quejas de Don Armando y Doña Rita.

> “Es que ni el curita se lleva con Don Armando, a él no le gusta cómo lleva el barrio. Armando no es el presidente, es su esposa, pero él es el que manda. Son torcidos, yo pago seguridad pero no estoy de acuerdo con eso” (óp. cit)

Incluso cuando le comenté sobre mi trabajo, Flavio me dio unas recomendaciones metodológicas muy particulares:

> “Otros como usted han venido, Armando les muestra sólo una parte de la historia y la gente no queda contenta… si va a hacer su trabajo hágalo bien, independiente y con la comunidad, no tiene que pedirle permiso a nadie, menos a Armando… No tome sólo fotos del parque, hable con la gente, yo le colaboro y si quiere lo meto a mi equipo de fútbol” (óp. cit).

Flavio me insistía bastante en que tomara fotos de las casas y las calles, sobre todo de la zona del parque hacia arriba “las verdes”, hacia el oriente (Fotografías N° 7 y N°8) porque, según él, ahí el barrio no había cambiado tanto como en la zona de los bloques de abajo (Fotografías N°9 y N°10). Haciendo una caracterización más fina, la zona que Flavio menciona como las verdes está habitada principalmente por población desplazada. Hay varias viviendas vacías que no han sido selladas desde que llegué por primera vez.



Fotografía 11: una de las calles de las “verdes”

Fotografía 12: La zona de las casas verdes queda en el límite oriental del barrio, más arriba ya no hay más casas

Esta posición es muy clara. Flavio no participa en la JAC y según él mismo, ni le interesa “yo no me meto con nadie y nadie se mete conmigo”. El grupo de personas con

el cual Flavio se relaciona en el Barrio no es tan amplio y en su mayoría son desplazados y desmovilizados de autodefensas provenientes de la costa norte. En términos generales Flavio y su familia no tienen participación significativa en lo que se decide sobre el barrio. Su situación económica es precaria y no le alcanza con el salario mínimo que le da el Estado. De hecho siempre que hablamos me pedía plata prestada y así lo hice en un par de veces sabiendo que lo más probable era que no me pagara nunca.

Fotografía 13: Zona residencial ubicada más al occidente. Es evidente el mejor estado de las viviendas y las calles.

No sé si en compensación, efectivamente Flavio me incluyó en su equipo de microfútbol como lo había prometido. Además de Flavio, el equipo estaba compuesto por cinco chicos desplazados, de los cuales sólo llegué a conocer bien a uno, Danilo (de quien hablaré más adelante), y un hombre de aproximadamente 40 años, Jaime, desmovilizado también de las AUC. Jaime no es un personaje muy querido por la gente del barrio, probablemente debido a su permanente costumbre de poner música a todo volumen afuera de su casa, beber licor mientras conversa ruidosamente o pelea con sus amigos y eventualmente hacer disparos al aire.

A partir de allí desarrollé una buena relación con Flavio, su familia y su grupo, sobre todo en el llamado “tercer tiempo” es decir, el tiempo que se le dedica a beber cerveza

después del partido. Flavio y su grupo disfrutan pasar tiempo en el parque y en las calles de la parte de arriba del barrio. Según él, allá no se han hecho tantos cambios porque “la JAC no le mete mano a donde no viven los de su rosca”.

Hacia el mes de agosto de 2011, nos reunimos de nuevo con Flavio para conversar. Me invitó a pasar a su casa y pude ver que no tenía tantos arreglos como otras que ya había visitado. Allí vivían él y su esposa y una muchacha muy joven con su hija a quiénes arrendaba una habitación; la casa presentaba numerosas fallas, grietas y humedades. No había puertas, no entraba mucha luz y el olor a perro era notorio gracias a las tres mascotas que tenían, las cuales dormían debajo de la cama de la habitación principal.

Casualmente en la conversación surgió el tema de las casas que el distrito estaba comprando por el fallo a favor de los residentes por haberles adjudicado casa en una zona de alto riesgo. Yo le pregunté si él vendería la suya a lo que me respondió “esta casa es mía, pero ni siquiera tengo escrituras y no le he metido mucha plata. Si me la compran, yo me voy… pero con abogados no me meto. A mi déjenme tranquilo, la vaina es que hay gente que si ha arreglado sus casas y no les van a pagar lo que valen” (Flavio, agosto de 2011, En Rodríguez, notas de campo). Fue él quien me contó que la situación estaba complicada porque la gente volvía a arrendar y vender las casas, después de que el distrito ya se las había pagado, “qué descaro” decía Olga su esposa, cuando me contaban. El rumor era que al parecer querían sacar a todo el mundo para darle las casas a desplazados. “Pero yo sé que es lo que pasa aquí. A mí un ingeniero del Acueducto me contó que este barrio está sobre puros nacimientos de agua y usted sabe que eso vale plata, por eso nos quieren sacar” (óp. cit)

Fruto de esto, Flavio me relató que la situación de seguridad del barrio se estaba calentando otra vez debido a gente que se metía a las casas que quedaban vacías. “Volvió el vandalismo, yo ya no pago vigilancia privada, porque con un celador para todo el barrio no alcanza, se necesitan más… La gente se está alborotando y Armando no quiere eso, pero le va a tocar bajarse de más plata” (óp. cit).

En esta ocasión Flavio me contó que su situación económica también estaba mal, que incluso hace un mes estuvo pensando el asunto del rearme “Cuando estuve sin trabajo

pensé en regresarme pal Meta con mi hija, pero me dieron trabajo con lo de las casas. Es pura rusa, pero igual yo me rebusco los pesos con lo que sea" (óp. cit). Esta situación es común y hace referencia al asunto que mencioné antes con respecto a la falta de oportunidades laborales para los desmovilizados, ante la cual el rearme puede contemplarse como una opción constante. En el caso de Flavio, es su hija la principal motivación para no volver a su vida dentro de un grupo armado.

Para finales de noviembre de ese año tuve una experiencia muy agradable con Flavio. En el contexto del curso de inglés que estaba dando para los niños del barrio, me invitaron a varias celebraciones familiares, de las cuales sólo pude asistir a dos. Una de ellas, el cumpleaños de la niña de Flavio. Según él me contaba, tuvo que ahorrar tres quincenas para poder pagar todo lo de la fiesta, pero no le importaba, porque su niña era lo más importante y quería invitar a todos los vecinos a su casa. Efectivamente cuando llegué la casa estaba muy adornada, aunque el olor a perro no había desaparecido. Tan pronto llegué Flavio me pidió dinero para poder reunir para una canasta de cerveza y me presentó a los familiares de su esposa que, según él, eran de plata. El mejor momento de la noche fue cuando partieron la torta de la cumpleañera, con el fondo de la conocida canción de cumpleaños de Diomedes Díaz. Sentí el profundo sentimiento de comunidad en el aire, la nostalgia y el orgullo de Flavio por su hija y por la fiesta, catalizados por el alcohol lo llevaron a decirme al final de la noche que estaba muy agradecido por que hubiera ido, que conmigo "pa las que sea".

Esto no fue tan evidente después con un hecho particular. A manera de experimento le presté una cámara a Flavio quien me la había solicitado para tomar fotos en el cumpleaños de su hija, con el compromiso de que le iba a tomar fotos a lo que él considerara importante del barrio todo el tiempo. El asunto fue que cuando regresé a recoger la cámara me dijo que la había prestado y después ya nunca lo volví a encontrar en su casa. La muchacha que vivía en su casa, me contó tiempo después, que Flavio había empeñado mi cámara en el 20 de julio. Nunca más volví a ver a Flavio y no por decisión mía, sino que presiento que evitaba encontrase conmigo.

Un asunto que para mí fue definitivo y sobre el que aún no tengo claridad es el siguiente. A finales de ese año, un día que regresaba de buscar a Flavio me encontré con Doña Rita quien me preguntó de dónde venía. Yo le comente que venía de buscar a

Flavio H, a lo que ella inicialmente no reaccionó. Cuando le expliqué quién era, me dijo "Usted por qué se mete con ese loquito, lo que habla son puras mentiras…dizque desmovilizado, ese ni para ranchero sirve. Ese fue de los que se coló en el bus cuando se salieron los paras" (Rita Guerrero, diciembre de 2011, En Rodríguez, notas de campo).

Nunca supe quién decía la verdad, o si realmente Flavio era desmovilizado, eso realmente no importa. De lo que esto me habla es de los usos que posiblemente pueden hacer ciertas personas del discurso alrededor del desmovilizado. Probablemente el lugar que Flavio ocupaba en el barrio, si bien no era el más privilegiado, dependía de esa identidad que él mismo se encargaba de afirmar y sostener. Incluso sus capitales sociales acumulados dependían de esto.

Flavio es un personaje que, como lo he mencionado, no tiene un papel participativo en el barrio, no ha tenido una formación académica completa, no está interesado en las actividades comunitarias ni en la participación política, o tal vez es que no cuenta con capitales suficientes para legitimar esta participación. Él hace parte de un grupo muy marcado de oposición tácita a la JAC, tiene una perspectiva muy positiva de la experiencia de reintegración del barrio y de la transformación socioespacial del mismo. Es un personaje conocido, pero como "el loquito del barrio" sus palabras no son tomadas en serio, habla mucho, pero en espacios privados. En otras palabras, sus prácticas de habitar en el barrio no son participativas en los asuntos de convivencia y organización, pero sí en otros escenarios como el trabajo y el juego.

4.3 Alfredo[23]: trabajando en silencio para vivir.

El tercer caso que voy a abordar aquí es el de Alfredo, desmovilizado de las FARC desde hace cuatro años y oriundo de Cúcuta en el departamento de Norte de

[23] Este es un pseudónimo utilizado por sugerencia del mismo personaje. Según él mismo contestar preguntas nunca le trae nada bueno a nadie, así que accedió a conversar conmigo sólo si no revelaba su nombre en la investigación.

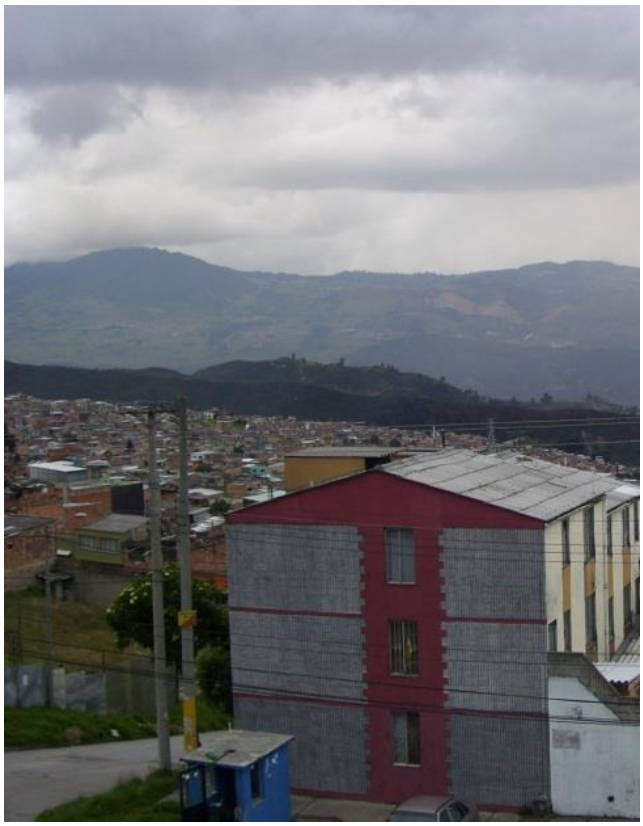
Santander. A Alfredo lo conocí una mañana de sábado, el día de la primera clase del curso de inglés que habíamos concertado con la JAC para los niños del barrio. Doña Rita me había dicho que me dejaba las llaves del Salón Comunal en su casa, pero cuando llegue allí, no había nadie. Así que subí hasta el salón Comunal y fui directo a una de las casetas de vigilancia. Allí encontré a un hombre menudo, con cabello negro y algunas canas. Vestía botas de caucho, una gorra bastante rota y una chaqueta que en la espalda decía Seguridad privada, era Alfredo. Le pregunté si Doña Rita me había dejado las llaves del salón comunal a lo que él respondió que no sabía de qué le estaba hablando y que esas cosas eran con Don Armando, que pasara al supermercado de Paty que allá me daban razón. Así fue y afortunadamente allí me habían dejado las llaves.

El curso comenzaba a las 10 am. Ya iba diez minutos tarde así que abrí el salón y empecé a acomodar las sillas. En esas estaba cuando entró Alfredo con ojos curiosos, "¿Qué es lo que viene a hacer usted?" me preguntó, a lo que yo respondí informándole sobre el curso. "ah bien, el estudio siempre sirve, a mí me tocó salirme muy pelado de la escuela, no había plata pa eso" me dijo él. Yo lo invité al curso, diciéndole que era gratis, a lo que respondió: "yo ya estoy muy viejo para eso, toca dejarle campo es a los que vienen detrás" (Alfredo, septiembre de 2011. En Rodríguez, notas de campo) Aprovechando que los niños aún no llegaban, le conté a Alfredo sobre mi proyecto y sobre quién era yo. No me respondió nada, me miró fijamente y metió las manos en los bolsillos "eso aquí no hay nada raro, el barrio es muy tranquilo ahora" Después de eso los primeros niños comenzaron a llegar, él me preguntó la hora y salió.

Ese mismo día, cuando salí del curso, pasé de nuevo por la caseta de vigilancia y allí estaba Alfredo almorzando. Le entregué las llaves del salón comunal y le dije que nos veíamos el próximo sábado. A partir de allí y los cuatro sábados siguientes, siempre que terminaba el curso pasaba por la caseta de vigilancia y me ponía a conversar con Alfredo. Al principio fue realmente difícil entablar una charla sobre cosas del barrio o de su vida. Siempre debía comenzar contándole cosas del curso o de mí mismo y luego él se soltaba y comenzaba a hablar, siempre mirando alrededor.

Así fue como me enteré de que era oriundo del Meta, que a los 20 años se cansó de que su papá lo tuviera de jornalero y se fue para Santander a buscar fortuna y allá ingreso a las FARC.

> “yo nunca aprendí bien ni como sostener el fusil, no me gustaba, prefería quedarme en el campamento cocinando o cuidando las bestias, pero a todos nos toca aprender a echar plomo, eso nunca me gustó” (Alfredo, octubre de 2011. En Rodríguez, notas de campo)



Fotografía 14: Esquina inferior del parque. Abajo se ve la caseta de vigilancia de Alfredo

Después de desmovilizarse le tocó pasar casi un año en una base militar en Cúcuta. Luego lo trajeron para Bogotá hace tres años y hace un año llegó a Santa Rosa. “Yo no tenía ni en que caerme muerto, me dijeron que me iban a dar una plata y nunca supe qué paso con eso” (óp. Cit) En ese momento Alfredo vivía sólo en una casa que, según él, le habían dejado recomendada mientras los dueños regresaban y lo mejor para él era que no les tenía que pagar nada.

Para Alfredo este barrio es bueno para vivir, le gustan las casas de colores y el parque. “yo no sé cómo era esto antes. Me han dicho que era como caliente…Lo que me gusta de este barrio es que es tranquilo, seguro y silencioso, no hay cantinas ni nada de eso, no roban, ni anda gente en motos dando vueltas como donde vive mi hermano (Cúcuta). Acá es tranquilo… Lo malo es que queda muy lejos de todo, si pudiera me iría para un barrio que quedara más cerca del centro”. (Óp. Cit).

Para Alfredo, Santa Rosa se diferenciaba mucho de los barrios de los alrededores, por la seguridad y la tranquilidad que había siempre. Según él, la llegada de los desmovilizados había sido algo bueno, pero en todo caso él no sabía mucho al respecto. Era común que frente a ciertas preguntas relacionadas con las acciones de la JAC o la historia del barrio, Alfredo guardara silencio, o diera por terminada la charla aduciendo que le tocaba ir a “dar ronda”.

En una conversación posterior le pregunté sobre todo el asunto de las casas que estaba comprando el distrito. Me dijo que no le interesa nada de eso, ni lo que pase con esas casas ni con esa gente “al fin y al cabo yo no tengo nada…esos que andan por ahí que son dueños de dos y tres casas, esos sí deben de estar asustados” (óp. cit). En la última conversación que tuvimos me contó que su hermano venía de visita de Cúcuta y que estaba muy contento por eso, que le gustaría llevarlo al centro, pero que le apenaba que no tenía ni comedor para servirle el desayuno.

En contraste con eso, constantemente me invitaba a que tomara fotos de las calles y del parque, porque le parecía que estaban muy bonitos y muy arreglados siempre, sobre todo en comparación con otros barrios de los alrededores. Para él lo único malo era la ubicación del barrio, “tan lejos de todo”.

La sencillez y la humildad de Alfredo eran evidentes. Casi nunca levantaba la mirada del piso y creo que sólo en una ocasión me miró a los ojos. No le gustaba tomar ni salir de su casa a menos que tuviera que hacerlo. Doña Rita misma decía, cuando le pregunte por él “Alfredo es lo más de querido, calladito y servicial, parece paisano nuestro, siempre que podemos le ayudamos porque nadie cuida de él” (Rita Guerrero, octubre de 2011, En Rodríguez, notas de campo).

La posición que ocupa Alfredo en el espacio social del barrio no es en lo absoluto participativa ni privilegiada. Su vida allí se limita a cumplir con sus labores de vigilancia. No conoce a nadie más aparte de Doña Rita y su esposo, y su estancia en el barrio es según él mismo, de paso. Su percepción sobre el trabajo de la JAC en el barrio es muy positiva y para él el barrio está bien. No le interesa hablar de la ciudadela, ni de los desmovilizados, ni participar en las actividades comunitarias. De hecho, según me comentó en la última conversación, tenía planes de irse para otro sitio. Lo importante de esto es preguntarnos el porqué de su negativa a hablar de estas cosas.

4.4 La diversidad de las experiencias de reintegración

En los tres relatos anteriores pudimos acercarnos a una pequeña muestra de la diversidad de las experiencias de reintegración de quiénes habitan en la ciudadela Santa Rosa. Podríamos decir que cada uno de ellos tiene una visión del barrio que parte de cómo ha sido su vida allí, cuánto han estado y sobre todo, qué posición ocupan en la jerarquía social del mismo. Esto es, en términos de Bourdieu, con qué capitales previos cuentan y cómo los utilizan para acumular capital social que se materializa en sus relaciones con los demás miembros y en los espacios de participación a los que pueden acceder. Analicemos esto más a profundidad.

En el primer relato tenemos a Doña Rita Guerrero, presidenta de la JAC desde el 2006. Su personalidad fuerte pero carismática hace de ella una líder comunitaria que encontró en la fragmentada comunidad de la ciudadela, un escenario propicio para trabajar. Como veíamos Doña Rita es desmovilizada del ELN, la que probablemente de las guerrillas existentes en el país, tiene un origen y una orientación más ideológica y de cambio social. (Espejo y Garzón 2005). Las personas que han militado en esta organización, sobre todo las de edad avanzada, tienen ideales muy marcados de luchar por el pueblo y cambiar las condiciones desiguales de la sociedad a partir del trabajo con comunidades

de base e inspirados en la teología de la liberación, una de las bases ideológicas de la organización.[24]

Este tipo de orientaciones, este *habitus revolucionario* y organizativo, encuentra en escenarios como las Juntas de Acción Comunal, un lugar propicio para continuar con su labor política y sus ideales de cambio social. Cuando Doña Rita, estaba en la organización, no tuvo una formación académica profunda, pero sí estuvo en contacto permanente con las orientaciones ideológicas de la organización y participó, como ella misma lo relata, en la formación de comunidades de base y milicias rurales con campesinos “Aquí seguimos trabajando por un cambio en el país” (Rita Guerrero, febrero de 2012. En Rodríguez, notas de campo)

Capitales simbólicos adquiridos previamente, como la capacidad de liderazgo, la voz de mando, el carisma con la gente, la voluntad de trabajo comunitario, le han servido a Rita y a su familia para alcanzar un lugar privilegiado en el espacio social del barrio. Como mencionaba antes, todos la conocen y tienen una opinión favorable (mayoritariamente) o desfavorable sobre su trabajo. Ella es una persona desmovilizada de una organización armada ilegal como cualquier otro excombatiente, pero supo poner en juego su carisma y su experiencia comunitaria dentro del tejido social del barrio, supo emplear ciertas tácticas para obtener beneficios económicos significativos de los programas de reintegración del Estado, supo construir un estatus social privilegiado en la ciudadela y a partir de allí, generar aún más beneficios para ella y su familia.

Las iniciativas, propuestas y opiniones de Doña Rita, ocupan un lugar privilegiado en la comunidad, son escuchadas por todos, ya sean para apoyarlas o rechazarlas. Esto no es de ninguna manera una acusación (aunque así lo plantean varias personas del barrio) es simplemente una reflexión sobre como los sujetos utilizan los capitales de los que disponen para construir roles determinados en contextos de interacción local.

---

[24] Para profundizar en este tema recomiendo Echeverry Pérez, Antonio José. 2007. *Teología de la Liberación en Colombia. Algunas perspectivas* Reflexión Política, Vol. 9, Núm. 17, junio-sin mes, 2007, pp. 48-57 Universidad Autónoma de Bucaramanga. Colombia.

En el segundo relato Flavio, habla mucho, critica mucho, pero es excluido de los espacios organizativos del barrio y según él, esto no le interesa. Flavio no completó su formación escolar y desde muy joven entró en contacto con el mundo de la guerra, específicamente en el contexto del Ejército Nacional y luego de las Autodefensas Unidas de Colombia. Al respecto, Mauricio Romero (2007), quien ha trabajado el tema de la conformación de los grupos Paramilitares en Colombia y los procesos de negociación de estos con el gobierno; sostiene que la consolidación de las estructuras paramilitares en este país está directamente relacionada con el surgimiento y consolidación de proveedores ilegales de seguridad entre 1982 y 2002 en un periodo de crisis estatal (Romero, 2007, 428) Para este autor, el discurso de autodefensa armada, sirvió para encubrir el narcotráfico, el asesinato de opositores políticos y el desplazamiento de población rural en los que incurrieron estos grupos durante varios años.

Generalmente, los grupos paramilitares del país no se han caracterizado por un sustrato ideológico profundo, ni por un trabajo con las comunidades. Como lo mencionan Rivas y Rey, estos grupos estuvieron y están orientados a la defensa (y la acción armada) contra los grupos insurgentes auspiciada por el Estado, y en últimas a la delincuencia común y al lucro a partir del monopolio de la tierra y el narcotráfico. (Rivas y Rey, 2008).

En efecto, Flavio ingresó y permaneció en las AUC por la promesa continua de ingresos económicos, que en últimas, no se materializaron. En su proyecto de vida no hay nada parecido a un *Habitus revolucionario,* lo único que él busca es vivir de la mejor manera posible con su familia[25]. En últimas Flavio no cuenta con esas habilidades que son tan necesarias para participar en las organizaciones comunitarias como son el don de mando o el liderazgo. Su personalidad es extrovertida, pero, como veíamos, sus opiniones ni siquiera son tomadas en serio. Es considerado “el loquito”, los espacios en los que él puede desempeñar prácticas participativas y críticas con respecto al barrio, son espacios más bien privados o alternativos, como el deporte o su trabajo.

[25] Esto no quiere decir que personas como Doña Rita, no busquen una mejor calidad de vida, de hecho lo hacen y lo logran gracias al uso táctico de ese *habitus revolucionario.*

El tercer y último relato corresponde a Alfredo. Como lo dije más arriba, él es desmovilizado de las FARC e ingresó allí no por ideología, sino buscando una opción de vida rentable. Alfredo no reivindica, ni siquiera desde su ingreso a esa organización ideales políticos de esta organización; tampoco tiene incorporado ningún habitus revolucionario. Estando en combate no gustaba del manejo de las armas ni de trabajar con la gente. Prefería las labores domésticas. Después de su desmovilización y de su llegada a Santa Rosa estas preferencias no han cambiado. Alfredo no participa en nada, no le interesa mucho conocer otras personas ni vincularse con los procesos de transformación del barrio. Al igual que Flavio, no posee dones de líder, tampoco es carismático y como me di cuenta en las conversaciones con él, hablar con otra persona no es su actividad favorita. Alfredo no está interesado en participar de forma cotidiana en las actividades comunitarias del barrio. De hecho no tiene un sentimiento fuerte de pertenencia con respecto a este lugar. No es conocido en la ciudadela y su posición en este espacio social es fundamentalmente subalterna, así como su visión sobre él mismo está condicionada por su lealtad a quiénes lo han ayudado, Armando y Rita.

Para terminar este apartado, mencionaré tres casos más que completan este panorama. Armando Pérez y Roberto, desmovilizados del ELN, son esposo e hijo mayor respectivamente de Doña Rita. Dayana, también desmovilizada del ELN y amiga de la familia Pérez Guerrero.

El caso de Don Armando es interesante. Aún recuerdo la frialdad con la que me atendió la primera vez que pude concertar una reunión con él. Me recibió en su casa, en donde se encontraba con su hijo menor, Anderson. Le comenté del proyecto y él se dirigió inmediatamente a su radioteléfono sin dejar de mirarme: “Cobra 1 llamando, responda…Cobra uno llamando…Antonio responda… Aquí viene mucha gente, me dijo, pero los descartamos ¿Usted qué quiere? ¿Nombres? ¿Números? Necesitamos radioteléfonos para los celadores ¿usted nos los puede conseguir?” A lo que su hijo le replicó “No ve que él es estudiante, ¿de dónde va a sacar la plata?” (Rodríguez, Octubre de 2010. Notas de Campo)

Don Armando siempre cargaba dos cosas en la mano: una linterna o una vara de madera (dependiendo de la hora del día) y en el cinto, cubierto por su chaqueta o por la ruana, un

pequeño machete. Según me contaba Doña Rita, ya que Armando nunca se prestó para entrevistas. Él se metió al ELN antes que ella, desde más pequeño..

Como mencioné antes, Don Armando es el Jefe de la cooperativa de seguridad privada de la ciudadela. Él se encargó de organizarlos y de elegir a los celadores entre la población desmovilizada del barrio. Sus días transcurren en continuos recorridos por las calles de la ciudadela y en pequeños encargos de acarreos que hace en la zona con un camión que compró con la plata que le dieron cuando terminó el programa de reinserción.

Las prácticas y opiniones de Don Armando pesan y mucho en el espacio social del Barrio. Él dirige a los celadores y hace parte de la JAC. Armando ha conservado capitales simbólicos que adquirió en su estancia en el ELN, pero a diferencia de Doña Rita, estos capitales no son organizativos, son básicamente militares. Estos capitales militares le sirvieron para organizar todo un esquema de control y vigilancia sobre el barrio y para manejar el espacio social del barrio a través de la obediencia, la lealtad y el miedo. Richy me contaba al respecto “Nosotros hablamos con los pelados del barrio y de barrios aledaños, los invitamos a tomar pola y ellos nos decían que Armando había metido terror en el barrio” (Ramírez, Abril de 2012. En Rodríguez: Notas de campo).

Los otros dos casos son los de Roberto y Dayana con quiénes tuve conversaciones esporádicas. Como mencionaba, ambos son desmovilizados del ELN y son propietarios de apartamentos en la ciudadela. Roberto tiene dos niñas pequeñas y tiene un negocio en el barrio. Dayana tiene un niño de 7 años, es ama de casa y le colabora a Doña Rita con las cosas de la casa. Ninguno de los dos pertenece a la JAC pero su filiación dentro del barrio es con los Pérez Guerrero. Ambos tienen percepciones muy positivas del proceso de transformación del barrio a partir de la llegada de los desmovilizados y los dos coinciden en que las actividades desarrolladas por la actual JAC han hecho posible el mejoramiento de la convivencia. Ninguno de los dos le interesa participar en política ni meterse en labores organizativas del barrio. Simplemente buscan vivir de la mejor forma posible allí, mientras se pueda.

Roberto y Dayana, al igual que Flavio, hacen parte del grupo de propietarios que llegan a la ciudadela después de desmovilizarse y encontramos el hecho de que sus respectivos

inmuebles sean propios no implica que estén fuertemente atados a éstos. Si bien están cómodos en Santa Rosa y tienen una buena imagen de la urbanización, estarían dispuestos a irse a un mejor lugar si tuviesen la oportunidad (más cerca, menos frío, más bonito, etc) Todo esto está mediado por el papel que cada uno cumple en la ciudadela, la forma como percibe este espacio y cómo lo habita. Según Heidegger el habitar es la manera como los hombres son en la tierra y como velan por ella (Heidegger, 1997).

A partir de lo anterior quiero plantear que no hay una relación unívoca en la forma como los habitantes de la ciudadela Santa Rosa utilizan los capitales adquiridos previamente, para construir determinado estatus en el espacio social del Barrio. Algunos utilizan aquello que aprendieron en las organizaciones para desplegar tácticas de participación, apropiación y control del espacio; otros no utilizan nada de lo que aprendieron allá, porque no cuentan con capital social suficiente para desplegar estas tácticas de manera hegemónica sino más bien subalterna. Finalmente otros no incorporaron aspectos de su vida como combatientes de manera significativa, y por ende no los despliegan en el espacio social del barrio, ni siquiera les interesa hacerlo. No hay una definición dada de cómo usan lo aprendido en sus interacciones cotidianas, en sus prácticas de habitar el barrio, cada quien utiliza sus capitales como puede y como le resulta útil.

Las experiencias de reintegración social son increíblemente diversas, aún en un contexto tan local como la Ciudadela Santa Rosa e incluso entre personas que vienen de las mismas organizaciones. Si esto es así aquí, podemos esperar una diversidad aún más inconmensurable en el contexto distrital o nacional. Tratar de categorizar estas experiencias puede resultar tarea difícil. Plantear un único esquema de políticas públicas y atención humanitaria para esta población es con toda razón imposible, aunque el Estado haya tratado de hacerlo durante ya más de diez años mediante las políticas de atención a la población desmovilizada.

Es de esperar que encontremos notas como la publicada por el periódico digital *El turbión* en agosto de este año, en donde un desmovilizado de FARC menciona que “La política pública va por un lado y la realidad de los desmovilizados va por otro… el error de la estrategia de reinserción es que se han dejado de lado las potencialidades de la

población y los excombatientes tienen que arrancar de ceros…Justicia y Paz se quedó corta en la resocialización de excombatientes". (El Turbión, agosto 10 de 2012).

Con esto quiero cerrar este capítulo, para abordar en el siguiente los relatos de los habitantes de la ciudadela que no son desmovilizados, para conocer otras versiones de la historia de transformación socioespacial de este lugar y tratar de llegar a puntos de reflexión similares a los de este capítulo. Como vimos, los relatos que presente aquí están marcados por el deseo de salir adelante, de tener una mejor calidad de vida, pero por lo general estos deseos deben acomodarse a lo que la realidad social plantea, aunque también pueden ser el motor que genera la participación en las actividades comunitarias. Encontraremos este tipo de aspectos también en el siguiente capítulo.

5. Capítulo 5. Otras voces sobre los espacios de reintegración

"A nosotros nunca nos dio miedo que ellos (los reinsertados) llegaran. Hoy creo que es lo mejor que nos pudo haber pasado, porque no sólo son excelentes seres humanos, sino que nos ayudaron a darle más seguridad al barrio"

Zulma Cerquera, habitante de la Ciudadela Santa Rosa. *El Tiempo* 2008

En el Capítulo anterior presenté varias experiencias de llegada al barrio y de participación en la transformación socio-espacial del mismo, todas ellas desde la perspectiva, múltiple y diversa, de la población desmovilizada de la ciudadela Santa Rosa. En este capítulo pretendo realizar un recorrido similar por las prácticas de habitar en el barrio pero, esta vez, desde las otras voces de los habitantes de la ciudadela, personas de la comunidad receptora que llegaron allí antes de los desmovilizados e individuos desplazados de otras partes del país por el conflicto armado. Estas voces representan otra versión de la historia, una versión en ocasiones participativa y crítica, y en otras indiferente, pero siempre posicionada y dependiente de quien a relata. En la cita con la que empiezo el capítulo hay una percepción totalmente positiva de la llegada de los desmovilizados. A continuación, veremos cómo esta percepción debe matizarse.

5.1 Adriana: Participación y oposición

Adriana es una mujer que cabe perfectamente en la expresión "echada pa lante". Tiene dos niños, el mayor a punto de cumplir los quince y el menor que tiene ocho. En el 2002 se mudaron para la ciudadela, trajeron los equipos de donde los papás de Javier y

montaron la panadería “Adri” en el primer piso de la casa. De eso ya va han pasado diez años. Sus hijos ya no son pequeños y el negocio ha prosperado bastante. Adriana relata que antes de que llegaran los reinsertados, ésta era la única panadería del barrio y casi no daban abasto con toda la gente que les compraba.

Adriana fue de las primeras personas que conocí en Santa Rosa, aunque en ese momento ella no me conoció a mí. Como relataba en capítulos anteriores, yo no conocía a nadie cuando llegué al barrio, así que mis primeras visitas consistían en caminar, tomar fotos, notas y luego entrar a alguna de las tiendas del barrio, comprar algo y sentarme adentro o enfrente a escuchar todo lo que la gente decía.

En una de esas visitas cuando bajaba por la vía principal, vi una pequeña panadería ubicada en la parte inferior del costado sur del barrio. Olía muy rico, a pan fresco, así que entré y pedí un perico con un pan. La señora que estaba en el mostrador, me atendió muy amablemente. Era una mujer de tez canela con el cabello muy negro y muy liso. No aparentaba más cuarenta años. Me senté en una de las dos mesas que tenía la panadería, observando el pequeño televisor que había en una de las esquinas. De pronto me sobresaltó un grito que salía de la parte de atrás del local “¡Adriana! Ya voy a sacar la otra lata y es lo último de hoy” Ante el llamado la señora se dirigió con urgencia a la parte de atrás para hablar con el hombre que había dado el grito, quien como me enteraría después, era su esposo Javier.

Después de eso volví otras dos veces seguidas durante mis visitas al barrio. Me gustó mucho el pan que allí hacían. Además, en donde yo vivía era más costoso. La tercera vez que pasé por ahí, cuando pedí una Coca-Cola con una galleta, Adriana se quedó mirándome como pensando si me conocía de algún lado, pero no me dijo nada. Durante un periodo de casi cuatro meses no volví a pasar por la panadería. Siempre iba de afán y me bajaba del bus en el paradero que queda más cerca de la parte de arriba del barrio. Así que no pasaba frente a la panadería. Un día, hacia comienzos de 2011, estaba hablando con Doña Rita enfrente del salón comunal, mientras esperábamos la llegada del edil de la JAL. Había mucha gente en el parque y de pronto noté que en un costado estaba Adriana con un niño de la mano. Ese día cuando estaba de salida para mi casa, decidí pasar por la panadería y allí estaba Adriana.

Cuando entré pedí mil de pan y Adriana me miró a los ojos y me preguntó "¿y usted trabaja con el Edil?" a lo que yo respondí que no. Le comenté que era antropólogo y que estaba interesado en realizar una investigación en el barrio. Ella asintió, como si confirmara algo que ya sospechaba. Yo empecé a contarle en qué consistía mi proyecto, y ella me pregunto si eso lo estaba pagando la JAC, a lo que también respondí que no. "¿entonces lo vamos a ver seguido por aquí?" Respondí afirmativamente y le dije que esa era la idea. Ella me entregó las vueltas y nos despedimos en tono cordial. Desde entonces al menos una vez al mes pasaba por allí a comprar pan y a conversar con Adriana.

Con respecto a la transformación del barrio, Adri, como ella misma insistió en que le llamara, tenía una visión muy positiva. De hecho consideraba que la llegada de los desmovilizados, por los menos al principio, había sido algo bueno para el barrio.

> Antes esto estaba muy maluco, mucho vicioso y mucho atracador, pero desde que llegaron ellos (los desmovilizados) eso cambió. En esos años daba miedo subir del parque hacia arriba y todas esas casas vacías…no, muy feo. En un sancocho al que nos invitó Rita, ellos nos propusieron lo de la cooperativa de seguridad. A mí me pareció bien. Sólo tocaba pagar cinco mil mensuales y ellos se comprometían a sacar a toda la plaga…y así fue, los sacaron. (Adriana, Octubre de 2011. En Rodríguez, notas de campo).

Adriana fue testigo y participó de varias de las actividades que organizaron los desmovilizados cuando llegaron y luego cuando ya dirigían la Junta de Acción Comunal. De hecho, ella votó por Doña Rita cuando se postuló por primera vez para la presidencia de la JAC y recuerda que en esos años todo pintaba muy bien.

> "Rita comenzó todo lo de los sancochos y las fiestas para los niños. Luego llegó el Doctor Villamizar y toda su gente y organizaron cosas muy bonitas como el festival de cometas y las novenas. En una de esas le contó a todo el mundo que ellos eran reinsertados, pero ya todos sabíamos" (óp. cit)

Como Adri cuenta, a ella le gustaba mucho colaborarle a Doña Rita en las cosas que organizaba. Incluso su esposo Javier se metió en esa época a la JAC y hasta sacaban cosas de la panadería para regalar en las actividades con la comunidad. Para ella, esos años fueron los mejores, porque todos trabajaban para recuperar el barrio, para que los

que iban llegando se sintieran bien y para que el ambiente de convivencia fuera el mejor "todo lo hacíamos sobre todo por los niños, era muy bonito verlos disfrazados en el día de las brujas y todo eso" (óp. cit).

En el relato de Adriana, como en el de ningún otro que haya recogido, pude ver el proceso del cambio de opinión de la comunidad con respecto a los desmovilizados. En el principio muy optimista y entusiasta, luego lleno se sospechas y posteriormente, de acusaciones y quejas. A finales de 2011, cuando estaba terminando el curso de inglés con los niños del barrio, tuve dos conversaciones largas con Adriana, y el tono con el que se refería a Doña Rita y a su esposo Armando era diferente. En esa época todo estaba tenso, porque después de la primera ola de desalojos y compra de casas que había terminado en septiembre de ese año, se estaba esparciendo el rumor de que otro grupo de propietarios estaba asesorándose de unos abogados para poner una nueva demanda contra el distrito para que les comprara las casas

> "yo no quiero vender ni demandar, de nada me sirve eso, no me va a pagar todo lo que yo le he metido a la casita, y además, por lo que nos dan por esta casa, sólo podemos conseguir un apartamentucho por allí abajo y qué hacemos con todo lo de la panadería," (Adriana, diciembre de 2011. En Rodríguez, notas de campo).

En esa charla me preguntó cómo me estaba saliendo todo lo del curso, cuánto me pagaba Doña Rita por eso y yo le dije que yo no cobraba nada, que lo hacía en agradecimiento con la comunidad. Se quedó callada un momento y luego me dijo que le parecía muy bien y que si seguía el otro año me mandaba a su hijo mayor. Más adelante, le pregunté por qué no la había visto participando en el festival de cometas de ese año, ni en ninguna de las novenas que organizaba Doña Rita. En ese momento empezó a contarme varias cosas, que aunque ya me habían mencionado personas como Flavio, no dejaban de ser desconcertantes, sobre todo por el tono de exaltación con el que Adriana lo decía

> Yo ya no me meto con esa gente…mire chico, aquí pasan muchas cosas, usted no se da cuenta porque Rita lo tiene convencido que ellos son buenos. La gente de la alcaldía donó un televisor de plasma y unos computadores para el salón comunal y no sabemos qué paso con eso; donaron cuarenta millones para la cancha y el parque y tampoco…los

> desayunos que da Rita y de los que se jacta tanto, son puras migajas. Nosotros ya estamos cansados de que ellos hagan lo que se les da la gana con el barrio y nadie les puede decir nada. (óp. Cit)

Definitivamente había una ruptura en la comunidad, de hecho no sólo una, varias. El sentimiento de descontento con la forma como la JAC estaba manejando el barrio era cada vez más común. Ya antes Flavio y sus amigos me habían contado versiones similares. Pedro, el padre de uno de los niños del curso me había hecho comentarios al respecto en la misma dirección, y ahora Adriana me los corroboraba. Todas estas fricciones parecían indicar que una confrontación entre los miembros de la comunidad estaba a la vuelta de la esquina.

En efecto así sucedió, no como yo lo imaginaba, sino en una forma mucho más institucional: las elecciones para la Junta de Acción Comunal. No voy a volver aquí sobre el relato del proceso de inscripción de firmas ya que lo abordé en el relato de Doña Rita. Simplemente, voy a relatar lo que al respecto contaba Adriana después de los resultados de la elección. Como había mencionado, en un apartado anterior, En las elecciones del primer semestre de 2012, por primera vez desde el 2006, se presentaron otros candidatos aparte de Doña Rita para la presidencia de la JAC, uno de ellos era Javier, el esposo de Adriana.

En la última conversación que tuve con Adri, me contó visiblemente molesta lo sucedido en las elecciones. Según ella, su idea y la de su esposo y de sus vecinos, era que el control del barrio no fuera más de los desmovilizados, que las cosas fueran claras y que el dinero que le entraba a la ciudadela no se perdiera.

> “Pero como siempre hicieron lo que saben hacer, Rita hizo sus sancochos, invitó a todo el mundo (a mí también), regalo refrigerios, pintaron murales en el parque con los niños” (Adriana, en: Rodríguez. Notas de Campo. Mayo 2012).

Tal y como Gluckman describía los periodos de oposición a los poderes dominantes en el África del sur de la década de los cincuenta “Estas rebeliones lejos de destruir el orden social establecido, trabajan de forma tal, que incluso dan apoyo a este orden” (Gluckman, 1955: 58). Del mismo modo, Víctor Turner habla del papel que juegan las crisis y los

antagonismos para ventilar contradicciones estructurales en la sociedad ndembu (Turner, 1957). Creo que para Adri era clara mi relación cercana con Doña Rita. Pienso incluso que ella me contaba todo eso, para que Doña Rita supiera que ella sabía todo. Como mencioné antes, en la realización de este trabajo de campo trae de ser neutral en el mapa de posiciones del barrio, pero inevitablemente terminé ocupando un lugar incluso político allí, porque como me comento Adri al final de esa última charla, incluso Doña Rita había utilizado el curso de inglés para hacer campaña.

La experiencia de Adriana es llamativa en el sentido de que no cuenta con unos capitales organizativos ni de liderazgo previos a su llegada al barrio (como es el caso de Doña Rita) pero a partir de su participación en las actividades comunitarias acumuló un capital social considerable que le permitió ocupar un lugar privilegiado en el espacio social del barrio, al punto de que ella y su esposo le hicieron frente en las elecciones a los Pérez Guerrero. Las palabras, opiniones y críticas de Adri son escuchadas por sus vecinos todos los días en la panadería. Ella ha sido testigo de la trasformación del barrio y no quiere que lo ganado hasta aquí se pierda.

Adri tiene un papel participativo en el barrio y si bien no tiene una formación profesional ni ideológica, utiliza lo que tiene, sobre todo su importancia en el renglón comercial del barrio, para legitimar esta participación. Tiene una perspectiva positiva de la experiencia inicial de la llegada de excombatientes al barrio y de la transformación socio-espacial del mismo, pero esta percepción cambió cuando empezó a notar la corrupción en los manejos de la JAC. Adriana habla mucho y sabe que la escuchan y quién la escucha. Sus prácticas de habitar en el barrio son totalmente participativas en los asuntos de convivencia y organización, y en últimas de crítica y oposición al manejo que le están dando los desmovilizados a la ciudadela.

5.2 Julio Sergio: una visión diferente sobre la convivencia barrial.

Conocí a Julio Sergio gracias al curso de inglés. Tiene tres hijos, Laura de quince años, Julio de 12 y Luisa de 11. Todos asistían a las clases que yo daba los sábados en la mañana. Los tres chicos eras los más atentos y despiertos de la clase. En especial, Julio

tenía un potencial de reflexión y aprendizaje muy avanzado para su edad. Comprendí la razón cuando conocí a su padre, Julio Sergio, quien podría ser muy bien descrito con el término de *Bricoleur*, ya que era un personaje que sabía de todo: geología, ingeniería, informática, electricidad, plomería, carpintería, música entre otras y todo lo había aprendido de forma autodidacta, leyendo y practicando. Trabajaba en construcción desde hacía más de treinta años y para el momento en el que lo conocí estaba cercano a los cincuenta años

Era un hombre menudo, de baja estatura y mirada cansada pero inquieta. La primera vez que nos vimos fue un día en que acompañó a sus hijos a clase de inglés y como esta se demoró en iniciar (porque los niños nunca llegaban a tiempo) estuvimos hablando un rato. Julio Sergio me relataba que él vivía en el sector desde hacía treinta años y que en 1998 habían venido otros urbanizadores diferentes a la Constructora Santa Rosa, con la intención de construir un barrio allí. En esa época el compró un lote, pero a los constructores les revocaron la licencia por el riesgo ambiental de la zona y les devolvieron la plata a quiénes había comprado.

Semanas después concertamos un encuentro y él me invitó a su casa, ubicada en los bloques de apartamentos rojos del costado norte del barrio. Allí se encontraba su esposa y sus tres hijos. Lo primero que me sorprendió de la casa fue lo bien arreglada que estaba: tenía varias pinturas, varios electrodomésticos, al menos tres computadores y un televisor de 40 pulgadas en la sala. Allí comenzamos una pequeña entrevista y mientras su esposa nos hacia un café, él me decía lo siguiente:

> Mi experiencia en el barrio ha sido positiva, la verdad nunca hemos tenido inconvenientes de ninguna índole y espero que nunca los tengamos. Ni con la vivienda, ni la parte social; la parte afectiva pues un poquito distante porque aquí hay en este momento diversidad de familias, entonces es muy difícil. No como en otras épocas que se podía uno como compaginar con todas las personas. Ahorita pues cada quien vive muy aislado- pero ha sido ventajoso de todas maneras vivir acá... la parte geográfica ha sido positiva, porque es una de las zonas que menos presenta problemas en cuestiones de invierno porque ese es un flagelo, es un problema grandísimo de las inundaciones y acá pues ha llovido mucho, acá hace frío y una cantidad de cosas pero estamos muy favorecidos por eso. Acá llueve y a los 10 min está seco el terreno (Julio Sergio, noviembre de 2011. En Rodríguez, notas de campo)

Es evidente que su visión del barrio es positiva. Él siempre insistía en la posición estratégica del mismo por el clima, el transporte, el agua, la seguridad. “Por lo menos a uno lo traen en taxi hasta acá. Yo he venido hasta acá en taxi muchas veces y los taxistas no se niegan a traerlo a uno a este barrio, mientras que hay otros barrios hay donde dicen, no yo allá no voy ni por oro” (óp. cit).

Julio Sergio y su esposa conocían este sector desde hace varios años por unos amigos de ellos que compraron allí. Pero no fue sino hasta el 2006 cuando Julio César sacó un crédito y compró el apartamento en el que ahora viven. Me contaba que en esa época “si uno pagaba de contado valía doce millones y medio. A crédito valía un poquito del 30 por ciento más, póngale unos dieciocho millones…imagínese, ahora no se consigue un apartamento por menos de 40 millones y eso que son más pequeños.” (Óp. Cit). El sentía gran aprecio por su casa, le había realizado varios arreglos el mismo y ya llevaba allí casi 6 años.

Cuando le pregunté por la seguridad del barrio y de cómo era antes, me contó que a unos amigos se les habían pasado antes y se les metieron a la casa en pleno día. Pero que desde que formaron la cooperativa de seguridad eso no ha vuelto a pasar. Más adelante, indagando sobre lo que le gustaba y lo que no del barrio, él opinaba que había buenas cosas aquí, pero que:

> Lo que si veo que está un poquito descuidado es la parte urbanística dentro del sector. Cada persona que recibe el apartamento de pronto se preocupa por la parte interna pero embellecer las fachadas y todo lo que tiene que ver con áreas comunes nada, no hay un comité de ornamentos ni nada de esas cosas, que eso en la mayoría de los barrios se ve: “vamos a ver cuál es la cuadra mejor arreglada”, no, de pronto los fines de año por ahí en diciembre, se lavan las calles por acá, pero no pasa de ser un momento y ya! La gente a veces sale con muy buena voluntad, y otros salen como presionados. En la parte más complicada en el barrio el descuido, el descuido físico. Eso sí sería bueno, por ejemplo, que el barrio se pudiera mostrar, y ahorita estuvo un poco feo unos días porque cuando la alcaldía recibió los apartamentos les colocó ladrillos sin pañetar entonces obviamente eso se veían feos, ahorita ya los pañetaron y los pintaron, se ve bien. (Óp. Cit)

Cuando Julio César se refiere a los apartamentos que recibió la alcaldía, está aludiendo a las viviendas incluidas en la acción de grupo que mencione más arriba. Julio Sergio se preocupaba mucho por el aspecto de su vivienda y del bloque en el que esta quedaba. Tenía unas flores enfrente, cambio los vidrios de la entrada por acrílicos e instaló rejas con ornamentación para que se viera mejor. Él mencionaba que lo malo era que la demás gente no se interesaba en hacer lo mismo, según él, sólo Doña Rita hacía cosas, pero la gente no le seguía la corriente:

> Donde a Doña Rita le pusiera la gente cuidado, este barrio funcionaria tremendamente porque organizarían cosas de ámbito que se puede decir, cultural, social, de comunidad, de integración y toda esa cantidad de cosas que florecen una comunidad. Es que ella dice tal cosa, ella sugiere una reunión, un almuerzo comunitario y yo voy, la gente si va a comer, pero vamos a pagar la vigilancia y no. Yo les he pagado la vigilancia porque es algo que debe ser, se debe asumir como criterio propio pero no sé por qué la gente no piensa en eso, no es mucha plata 10, 12, 13 mil pesos. Yo he visto algunas veces hablando con ella (D. Rita) a unas señoras que hablan sobre los beneficios del barrio, y es muy bueno ella tiene mucho ánimo, ella es una agitadora muy buena. (Óp. Cit)

En seguida le pregunte si pertenecía a la JAC o que si se reunía con otras personas del barrio. Me respondió en tono serio:

> Desde que estamos acá no hemos tenido ningún inconveniente con nadie, pero eso se ha dado por que no hemos ejercido la comadrería. Yo no me entero de cómo vive el vecino, la vecina, nada nada de ellos, son 5 o 6 personas con las que uno habla cotidianamente, entonces creo que ese ha sido el secreto para no tener inconvenientes con nadie, y para no enterarse de nada, es que muchas veces cuando uno tiene muchos amigos, da pie para comentarios de la manera como se vive y salen cosas negativas. (Óp. Cit)

Según él, en el barrio no había una convivencia real

> “Yo no sé si haya gente que esté organizada, la gente aquí es muy aislada. La mayoría trabaja, sale temprano y llega tarde y cada uno se dedica a la casa… En el noventa y seis había una buena junta de acción comunal, tenía el barrio impecable y muy organizado. Cuando yo compré Doña Rita ya estaba viviendo aquí y otro poco de gente, pero nunca pudo volver a estar el barrio como en sus primeros años” (óp. cit)

Un par de meses más tarde volví a su casa, ya que me invitó a la celebración de la primera comunión de su hijo. Ese día llegué un poco tarde, pero todavía estaban en la fiesta, así que me integré. Había varios niños jugando y su esposa conversaba con otras señoras. Como no había otros hombres en la reunión, nos pusimos a charlar con Julio Sergio de cosas del barrio. Él me contaba que sus hijos estaban muy amañados allí y que a él le gustaba el sector, que si le salía una oportunidad de vivienda mejor, que lo pondría a pensar, pero que lo importante era la familia. Ahí surgió todo el tema de la demanda y de la declaración del barrio como zona de alto riesgo

> Los científicos son los que saben si esto es zona de alto riesgo o no. Aquí creo que hay el 50 % a favor de un concepto y el otro 50% en contra. Mi apartamento está bueno, pero le decía si de pronto se cae un bloque de estos lógicamente el apartamento de uno por bueno que esté no se va a quedar en pie. Entonces yo solamente me fío por el veredicto de los que saben. Según dijo un señor que había venido con una ingeniera y ella dijo había que hacer unos taludes y unos gaviones y eso vale como 300 mil millones de pesos, entonces es mucho más costoso para el barrio…, en la CAR dijeron que es que en este momento el distrito no tiene donde ubicar 10.000 familias que hay en este sector, porque este barrio viene de la avenida para acá. Se acaba este barrio ¿y qué pasa con Moralba y todos los barrios hacia arriba? Se cometió un error hace varios años con la urbanizadora Santa Rosa que dijeron que le dieron la licencia sin tener el concepto de que era o no terreno apto para construir, bueno que se equivocaron, que hubo error yo no sé qué cosas (Julio Sergio, febrero de 2012. En Rodríguez, notas de campo)

Lo curioso, es que Julio Sergio, sí sabe sobre el asunto, y me mostró unos mapas que tenía y un artículo de prensa en el que efectivamente toda la zona se proyectó como zona de reserva ambiental. En esa ocasión también me contó toda la historia del centro comercial del costado occidental. Cuando él conoció el barrio todos los locales estaban ocupados, pero los dueños no pudieron pagar las cuotas a la corporación *Ahorra más* (que después se fusionó con AV Villas) y les tocó dar los locales en pago por la deuda. El banco nunca hizo nada con ellos y por eso casi la totalidad están abandonados. “Este barrio tiene el tiempo contado, igual que como con los locales va a pasar con las casas, el banco nunca pierde” (óp. cit).

Fotografía 15: Entrada del centro comercial del barrio

Fotografía 16: Interior abandonado del centro comercial

Fotografía 17: La zona del centro comercial llena de basuras

Como vemos, Julio Sergio no está vinculado con ninguna organización comunitaria, no se relaciona con sus vecinos y no está interesado en realizar actividades de integración. El posee un conocimiento importante sobre la historia del barrio pero, aunque dice que aquí nadie se interesa por hacer cosas, él tampoco lo hace más allá de las paredes de su casa. Sus prácticas de habitar en el barrio se limitan a su espacio doméstico, y por ende no gozaban de reconocimiento. Recuerdo cuando le mencioné a D. Rita que estaba conversando con Julio Sergio, “” ¿y ese quién es?” me respondió ella, no lo conocía y nunca lo había oído nombrar, tal como el mismo Julio Sergio decía “No hay convivencia…la gente aquí es muy aislada” (óp. Cit)

5.3 Johana y Danilo: las voces del desplazamiento

El esquema que he tratado de proponer aquí habla sobre la jerarquización en el espacio social de la ciudadela Santa Rosa y como estas jerarquías se expresan en las formas de participación en los asuntos del barrio y por ende en las prácticas de convivencia del mismo. En este esquema quiénes ocupan el lugar más subalterno, el menos privilegiado

de participación y opinión son las personas en situación de desplazamiento que viven allí. Trataré de mostrar esto a partir de las experiencias de dos de ellos.

Primero hablaré de Johana, una joven de 21 años que vive en arriendo en un pequeño apartamento en el costado norte del parque, en las casas amarillas, muy cerca de Flavio. Está casada desde hace dos años y tiene un hijo de seis meses de nacido, al que siempre lleva en un cochecito de plástico. La conocí el segundo sábado del curso de inglés. Esa mañana cuando llegué al salón comunal, encontré una muchacha de tez blanca y ojos claros, sentada en una de las bancas del parque meciendo un coche de lado a lado. Era Johana.

Según me comentó estaba muy interesada en tomar el curso, ya que quería terminar el bachillerato, pero le daba pena no saber inglés ahora que todos los niños sabían. En ese momento no habíamos establecido un límite de edad para la gente que quisiera tomar el curso, así que yo le dije que era bienvenida. Le comenté quién era yo y lo que estaba haciendo en el barrio, a lo que ella me respondió con la consabida pregunta “¿y qué es eso de la antropología?” Después de hacerle un esbozo lo más didáctico posible del carácter de la disciplina ella se quedó mirándome y me dijo “todavía no entiendo qué tienen que ver eso con lo que usted quiere hacer acá” (óp. cit). Ese día Johana se fue antes de terminar la clase porque su hijo se despertó.

Fotografía 18: Parque infantil

En la clase siguiente, aproveché el receso para conversar con ella. Johana me contó que hace cinco años vivía en el municipio de Cabrera (Cundinamarca) con sus padres y su hermano. Pero los tenían amenazados porque, según ella, las tierras de su papá eran las que más tenían agua en la zona. Un día su hermano mayor pisó una mina a la salida de la finca y quedó mutilado. Después de eso les tocó salir de allá y se vinieron para Bogotá. Inicialmente llegaron a vivir a Cazucá y allí conoció al que ahora es su esposo y luego se vinieron a vivir todos a San Cristóbal.

Johana relata que ella estaba muy bien viviendo con sus papás y con su esposo, pero que él no se sentía bien allá sobre todo cuando ella quedó embarazada. Un primo suyo que vivía en Santa Rosa, les comentó de unos apartamentos que arrendaban muy baratos allí, así que se vinieron y tres meses después nació su hijo, Nicolás. “Mi primo llego un día con el cuento que en santa Rosa arrendaban apartamentos muy baratos porque los dueños eran unos reinsertados, que él era amigo de ellos y que nos podía conseguir uno muy bonito” (Johana, octubre de 2011. En: Rodríguez. Notas de Campo) Johana relata que cuando llegó lo que más le gustó del barrio era que había muchos niños siempre en el parque. Según ella, no podía ser un barrio peligroso si estaban tantos niños por ahí. “Cuando llegamos, Nicolás todavía no había nacido, yo estaba toda barrigona y casi no podía caminar. Me la pasaba sentada en frente de la casa viendo a los niños jugar” (óp. cit) En ese momento también estaba tomando un curso de estética para ver si en unos años podía montar una peluquería

En una pequeña entrevista que hicimos con ella después de la tercera clase, le pregunté cómo le parecía el barrio, cómo se sentía viviendo allí “Este barrio es seguro y bonito, no hemos tenido ningún problema, lo malo es el frío tan terrible que hace y las lomas…Aquí yo no conozco a nadie aparte de mi primo, él si conoce a todo el barrio y ya tiene muchos amigos. A mí eso no me interesa, yo de todas formas salgo y camino por todo lado con mi niño y así no nos aburrimos” (Johana, noviembre de 2011. En: Rodríguez. Notas de Campo)

Después de esto le pregunté qué opinaba de los demás habitantes. Ella hizo un gesto de indiferencia y me dijo lo siguiente

> “Pues a los reinsertados yo no los conozco, mi primo es amigo de Doña Rita, pero yo no conozco a nadie. Ellos son muy prevenidos…le dan seguridad al barrio, pero…me dan como miedo, uno no sabe con qué puedan salir. Una vecina me contaba que una vez le habían pegado a un muchacho porque estaba fumando marihuana aquí abajo” (óp. cit).

Más adelante y sobre los demás vecinos me decía

> Yo no sé cómo era esto antes. Ahora la gente es como amable, pero yo sólo saludo y ya. Los que me dan como miedo también son los negritos de más arriba. Además, se la pasan todo el día con su música haciendo bochinche a todo volumen, una vez uno de ellos estaba borracho y se puso a echar tiros al aire[26]…qué miedo, yo no quiero que mi Nicolás crezca cerca a todo eso. Por eso es que nos vamos a ir en unos meses Johana, noviembre de 2011. En: Rodríguez. Notas de Campo)

Cuando le pregunté sobre el asunto de la demanda y la compra de las casas me dijo que finalmente no le interesaba. Lo más probable es que dentro de un par de meses se vayan para otro lado más cerca de su mamá. “Aquí no nos conoce nadie y nadie nos va a echar de menos”. (Óp. Cit) Por motivos personales no pude realizar la clase siguiente y cuando regresé quince días después, Johana ya no estaba y no la volví a ver.

Johana se limitaba a caminar por la parte baja del barrio con su hijo y a observar a la gente. No estaba interesada en participar en las actividades del barrio y no conocía la historia del mismo. Su voz es una voz que nadie escucha en tanto ocupa un lugar casi anónimo en el espacio social del barrio. Sus prácticas no son participativas en el ámbito comunitario y no goza de ningún reconocimiento.

Ahora bien, voy a relatar el caso de Danilo y sus percepciones sobre el barrio. Nunca supe si ese era realmente el nombre de este joven afrocolombiano de 20 años. Sólo supe que venía de Apartadó y que había llegado hace cinco años con su familia al sector de “La Belleza”, también en la localidad de San Cristóbal. Ahora vivía con su compañera y

[26] Este personaje es Jorge, el amigo desmovilizado de Flavio a quien me había referido en el capítulo anterior.

su hijo de 2 años en un apartamento de las “casas verdes” en la parte oriental de la ciudadela.

Conocí a Danilo en el equipo de fútbol de Flavio. Pero fue en la fiesta de cumpleaños de la hija de Flavio, a donde Danilo había llegado con su compañera y su hijo, en donde pudimos entablar una conversación sobre asuntos de su vida y de la mía mientras tomábamos las copas de vino dulce que Olga, la esposa de Flavio repartía. Allí fue donde Danilo me contó de dónde venía y yo le comenté lo que estaba haciendo en el barrio. Cuando mencioné a Doña Rita y a Armando, la expresión de Danilo fue tajante “esos cuchos son la cagada, si uno no les come, lo van sacando del barrio” (Danilo, noviembre de 2011, En: Rodríguez, notas de campo).

Danilo trabajaba con Flavio en las obras de sellamiento de las casas que habían quedado vacías después de la compra del distrito. Según él, eso no le gustaba, de hecho no le gustaba trabajar en nada. Si no fuera porque le tocaba pagar arriendo y comida de su familia, no estaría en esas. Danilo no había terminado el colegio, no alcanzó, pero tampoco le llamaba mucho la atención estudiar. Pero en el fútbol era otra cosa. Su talento y habilidad en el juego le habían dado una muy buena reputación en el barrio, los más pequeños lo admiraban y era la estrella del equipo de Flavio.

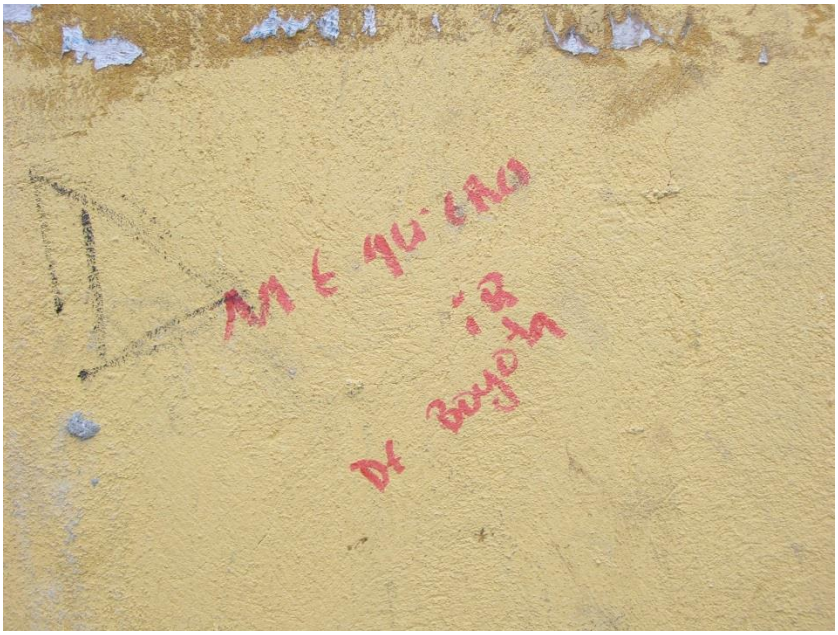
Esto es interesante, ya que la situación que se repetía con varios jóvenes afrocolombianos que se encontraban en situación de desplazamiento y vivían en la ciudadela Santa Rosa. No tuve conocimiento de los lugares de procedencia de los otros chicos. Fue Flavio el que me señaló otros cinco casos como el de Danilo, que, así mismo, eran muy habilidosos en el fútbol y solían bromear entre ellos diciendo que no se hacían en el mismo equipo porque así no tendrían quién les hiciera competencia. “el cachaco es muy tronco con el balón y no sabe bailarse a la gente” (Danilo, octubre de 2011, En: Rodríguez, notas de campo).

En una ocasión posterior, Danilo aceptó mi invitación a tomar una cerveza en una tienda cerca a su casa. Allí aproveché para conversar con él sobre el barrio y encontré cosas

muy llamativas en su relato. Era evidente que a él no le caía bien la gente de la JAC “Don Armando es una lacra, si me dan una 38[27] yo lo voy es bajando. Él les arrienda las casas a varios de mis parceros y es una agonía para cobrar… La mía no, esa me la arrienda Don Pedro y ese cucho si es todo bien” (Danilo, diciembre de 2011, En: Rodríguez, notas de campo).

Según Danilo, Doña Rita y Armando, no querían a los desplazados. Los veían como unos vagos y no los dejaban participar en las cosas del barrio. “La gente dice que este barrio antes era mucho más paila, pero igual Armando lo tiene muy chueco con sus torcidos. A mí no me parece que hagan tantas cosas por la gente…que mercados, que reuniones, que fiestas, eso sólo es para su rosca” (óp. cit)

Danilo me contaba que si por él fuera ya se hubiera ido, pero que ahí entre los vecinos de “las verdes” se ayudaban cuando no había plata, cuando venían los “drogos” de paseíto (el barrio contiguo) a buscar problema, “porque los celachos de Armando, por acá ni asoman…otro debería coger esa junta" (óp. cit).



Fotografía 19: Escrito encontrado en una de las paredes de una vivienda

[27] Hace referencia a un arma calibre 38.

Danilo no expresa ningún interés por participar en las actividades comunitarias del barrio. Como él dice, Doña Rita y Armando, no dejan participar a los desplazados en nada de eso, sólo los tienen en cuenta en época de elecciones. Ni Danilo, ni sus amigos cuentan con capitales simbólicos significativos en términos de formación académica, ideológica u organizativa. En ese sentido, el capital social que logran desplegar en el espacio social del barrio es reducido, en términos de las interacciones cotidianas. Efectivamente, la población desplazada del barrio no tiene voz en los asuntos del barrio y casi nunca son mencionados en las reuniones de la JAC. De hecho, los asocian con la delincuencia y el consumo de drogas.

Pero en el ámbito del deporte es muy diferente, Danilo y su “parche” encuentran un escenario en que cuentan con habilidades incorporadas que les dan un estatus de reconocimiento entre la gente del barrio. Es en la cancha en donde ellos pueden hablar, donde los escuchan, donde sus prácticas tienen más peso en el panorama social de la comunidad.

Fotografía 20: Cancha de microfútbol en el parque central

Para terminar este capítulo, quisiera detenerme en un par de casos que vale la pena mencionar. El primero, el de un personaje conocido como “Don Pedro[28]” y el segundo el de algunas visiones de los niños con quiénes realicé el curso de inglés. Con Don Pedro nunca pude hablar. Casi nunca aparecía en las actividades del barrio. De hecho sólo lo vi en la reunión con Juan Carlos Triana, el edil de la JAL. En esa ocasión traté de hablarle y no me prestó atención. En una ocasión posterior en que me acerqué me dijo que estaba ocupado que mejor después. Así que lo que relato aquí, proviene de segunda mano, nunca de él mismo.

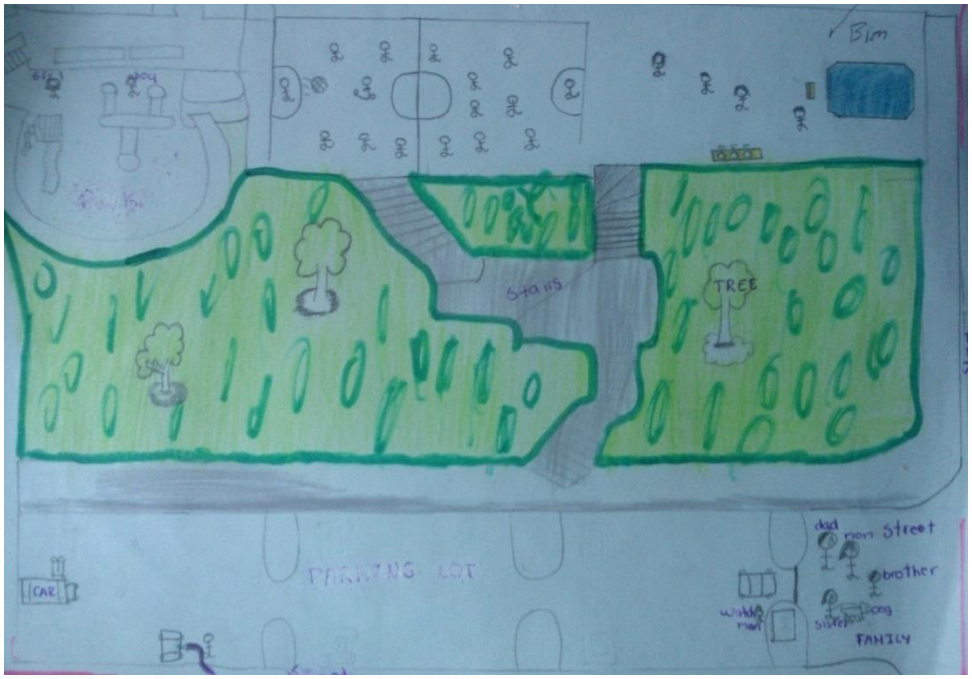
Don Pedro es, según lo que me contaron tanto Flavio como Julio Sergio, lo más parecido al gran propietario de la ciudadela. Según las cuentas que ellos llevan, este señor es el dueño de al menos cinco casas y varios apartamentos más. Julio Sergio me contaba cómo en la época en que las primeras casas empezaron a ser rematadas por el banco, Pedro compró varias a muy bajos precios y años después, las vendió por un valor mayor y se quedó con otras para arrendarlas a los que iban llegando a la ciudadela. Doña Rita me confirmó que este personaje estaba en la JAC, pero que casi nunca iba a las reuniones si no se trataban temas importantes; aunque en las actividades que ella organizaba siempre le colaboraba con dinero y cosas.

Las prácticas de habitar de este personaje no son participativas en el ámbito organizativo del barrio, pero el capital económico que ha acumulado, es especial en el sector inmobiliario de la ciudadela, le da un peso determinante en el espacio social del barrio y en las transformaciones socio espacial que éste ha tenido.

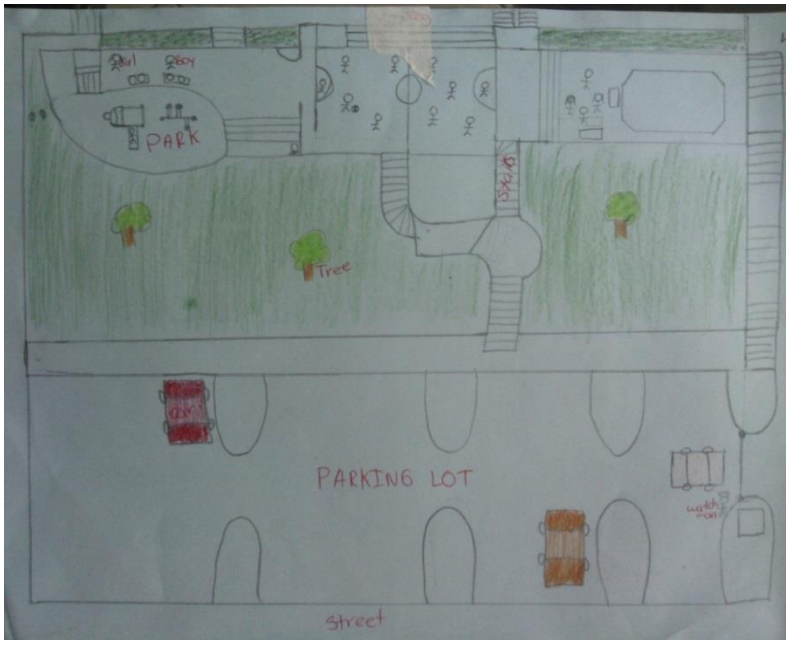
En cuanto a los niños y niñas de la Ciudadela Santa Rosa, con quiénes trabajé en el curso, sólo quiero resaltar algunos aspectos. El primero, lo enriquecedor de esta práctica, ya que a partir de allí pude conocer otras visiones sobre el barrio, sus espacios de convivencia y las prácticas de sus habitantes. Con ello(a)s evité siempre el tema de las categorías sobre los habitantes del barrio (desmovilizados, desplazados, antiguos residentes). Sólo les preguntaba sobre cómo se sentían viviendo en el barrio y que hacían allí para divertirse, cómo les iba en el colegio y en sus familias.

[28] Pseudónimo.

Haciendo un resumen de estas visiones podría decir, que la mayoría de los niños con quiénes hablé les gusta el barrio, sobre todo el parque y la cancha de fútbol. Esto fue evidente cuando en una de las clases les pedí que dibujaran el barrio y lo que casi todos dibujaron fue este espacio. (Fotografías 11 y 12).



Fotografía 21: Dibujo del parque central de la ciudadela. Elaborado por: Luisa



Fotografía 22: Dibujo del parque central de la ciudadela. Elaborado por: Julio

Ellos se sentían seguros allí, para jugar y estar con sus amigos. Uno de ellos me contaba incluso que “lo bueno de aquí es que podemos jugar hasta tarde. Un amigo mío del colegio que vive en altos del Zipa, lo hacen entrarse temprano porque allá roban harto” (Julián[29], noviembre de 2011, En: Rodríguez, notas de campo). La percepción de Johana es correcta, efectivamente en el barrio la población infantil es numerosa y siempre están por las calles y en el parque jugando. Al final del curso no tenía más de diez niños, pero el trabajo fue reconfortante. Luego de que terminamos, los niños me han preguntado en varias ocasiones sobre cuándo volvemos a comenzar.

5.4 La inútil empresa de categorizar estas voces:

Al igual que en el caso de la población desmovilizada que presenté en el Capítulo anterior, las voces y las versiones sobre la historia de la ciudadela que relatan los demás habitantes del barrio, de los cuales aquí he presentado sólo una muestra, son ampliamente diversas y polifacéticas. Todas están sujetas a perspectivas particulares de quiénes producen los relatos, incluyéndome a mí también; son perspectivas cambiantes en el tiempo, que nos hablan precisamente de la naturaleza diversa y móvil de la historia de transformación socio espacial de la ciudadela.

En el primer relato teníamos la historia de Adriana, su energía para hablar y para criticar a la JAC hicieron de las conversaciones con ella un punto siempre interesante de mis visitas. En Adriana podemos ver ese tránsito en la percepción de la comunidad con respecto a la población desmovilizada del barrio pero también s entender la influencia que dicha población tuvo en las actividades comunitarias del barrio y en la incorporación de un habitus organizativo y participativo en varios miembros de la comunidad tales como Adri y su esposo Javier. Las actividades desarrolladas por Doña Rita y por los desmovilizados que llegaron con ella y promovidas por las entidades oficiales que apoyaron el proceso de reintegración de ellos al barrio, motivaron a varios miembros de la comunidad a trabajar por el barrio.

[29] Este es un pseudónimo usado para proteger la identidad del menor

Con esto no quiero dar a entender que toda la transformación socio-espacial del barrio ha dependido de los desmovilizados. Simplemente han tenido un papel importante en la dinámica local. En este momento Adriana ocupa un lugar importante en el espacio social del barrio y aunque su voz no haya pesado lo suficiente como para que su esposo ganara las elecciones para la presidencia de la JAC, sus prácticas de habitar el barrio tienen un peso significativo en las prácticas comunitarias de la gente de la ciudadela.

En la segunda experiencia que retomé, Julio Sergio, a pesar de su amplio conocimiento sobre la historia del barrio ha elegido simplemente no participar en las actividades comunitarias. Su vida transcurre entre el trabajo y su familia, no le interesa generar lazos de convivencia con sus vecinos y no tiene una perspectiva optimista sobre el futuro de la ciudadela. Los capitales simbólicos con los que cuenta Julio serían suficientes para que ocupara un lugar más notorio en el espacio social del barrio y en las dinámicas de transformación socio-espacial del mismo. Pero a él no le interesa, para "evitarse problemas y malos entendidos" como él mismo afirma.

Las experiencias que abordé en la tercera parte de este capítulo y que recogen las voces de Johana y Danilo, nos hablan de dinámicas evidentes de exclusión de la población que se encuentra en situación de desplazamiento en la ciudadela. Johana está de paso, no conoce a nadie y aunque tiene una percepción muy positiva sobre el barrio, no está interesada en tejer lazos de convivencia con los demás vecinos.

El caso de Danilo es más diciente. Él siente el peso de esta exclusión social de los espacios de participación del barrio, exclusión que en ocasiones se traduce en términos raciales, aunque desafortunadamente no tuve la oportunidad de profundizar en este tema, es evidente que la población afrodescendiente del barrio (que no es poca) no tiene un peso significativo en las decisiones del barrio. El espacio de la participación oficial de esta población afrodescendiente desplazada está muy limitado. Ello(a)s han encontrado espacios alternativos de participación, como el deporte y la música, para ocupar un estatus en el espacio social del barrio y para poner sus opiniones y críticas en el escenario público. Digo ellos porque las mujeres de este grupo no participan en estos escenarios. De hecho ninguna quiso concederme alguna entrevista ni hablar conmigo, siempre decían que estaban ocupadas.

Así como en el caso de los relatos del capítulo anterior, aquí no tiene objeto categorizar o trata de agrupar estas experiencias en tipologías. Hay personas que en función de sus capitales simbólicos y de sus intereses personales participan en las dinámicas de organización comunitaria del barrio. Hay personas que no lo hacen, o que lo hacen a través de canales no convencionales. Como mencionaba en un capítulo anterior, en la práctica hacer la distinción tajante entre la población desmovilizada y la comunidad receptora resulta muy complejo. Los dos grupos están conformados por personas que tienen experiencias y visiones de la vida similares e incluso más cercanas en ocasiones a las de otras personas de grupos armados diferentes a los que pertenecieron

Reducir todas estas percepciones y experiencias en torno a un sentimiento de gratitud entera, como la de la cita con la que comencé el capítulo, no sería ni acertado ni pertinente. Esto invisibilizaría por completo la pluralidad de estas voces y no permitiría captar la complejidad de las prácticas comunitarias y los proceso de transformación socio-espacial de la ciudadela, en los cuales, como mencione, hay personajes que se mantienen al margen y mientras que otros no. Estas decisiones están, al parecer, en relación directa las preocupaciones que estas personas tienen sobre la seguridad del barrio y el mejoramiento de las condiciones en las que viven, pero también se dan como fruto de las ideas que tienen de los derechos y deberes que implica el ser ciudadano.

6. Epílogo: Transformación del espacio social a partir de las prácticas de participación comunitaria

Antes de dar un cierre adecuado a esta reflexión, es necesario volver sobre varios aspectos que han quedado enunciados en los capítulos anteriores, pero que requieren ser analizados en conjunto. A continuación voy a dedicar algunas líneas a esta tarea, que más que establecer conclusiones claras, permite abrir el debate y hacer la invitación para más investigaciones al respecto en estos tópicos.

6.1 Reintegración, desigualdad e informalidad: aspectos para reflexionar

El primero es discutir la forma en la que la llegada de la población desmovilizada ha influido en la transformación del espacio social del barrio. Como vimos en los relatos de los habitantes del barrio, antes de la llegada de Doña Rita y sus compañeros, el barrio si atravesó por un periodo de inseguridad fuerte; al respecto hay un acuerdo casi generalizado sobre el impacto positivo que tuvo la creación de la cooperativa de seguridad privada de Asonaldesa en el panorama de convivencia y seguridad de la ciudadela. Dicho impacto sobre el panorama de inseguridad ha sido una de las formas mediante las cuales la población excombatiente ha encontrado aceptación en los contextos locales, como en este caso ocurre.

Sin embargo, los métodos de control de la ciudadela santa rosa por parte de la cooperativa de seguridad han generado controversia e incluso rechazo, ya que en ese escenario es muy visible la permanencia de lo que Theidon llama “La masculinidad militarizada” (Theidon, 2009) es decir cierto *Habitus* de como ejercer control en un espacio a partir del uso de la fuerza.

Adicional a esto, es evidente que las actividades de integración con la comunidad desarrolladas por Doña Rita y sus compañeros desde que llegaron, lograron vincular a una gran cantidad de personas en el trabajo comunitario por el barrio y consiguieron despertar el interés de varias personas por participar en los procesos de transformación y en la toma de decisiones del mismo. Sin embargo estas ganas de trabajar, este sentimiento de liderazgo despertado por Doña Rita en la comunidad, en años recientes ha sido remplazado por una opinión crítica sobre la forma en que la misma JAC maneja el barrio y sobre la necesidad de cambiar esta situación.

En términos de la transformación del espacio físico, también hay algunos acuerdos sobre la influencia positiva que tuvo la llegada de la población desmovilizada; esto en términos de la dotación y remodelación del salón comunal y las mejoras en el parque principal. Pero, así mismo, hay personas que plantean que el barrio ahora no es ni la sombra de lo que era cuando se construyó y que el impacto del trabajo de los desmovilizados en el barrio está sobre-estimado. Independientemente de eso, podríamos decir que hay un acuerdo común en que la ciudadela Santa Rosa no sería lo que es en este momento si los desmovilizados no hubiesen llegado.

Hay un segundo aspecto sobre el que quisiera discutir: la tenencia de las viviendas en Santa Rosa y la relación con el panorama laboral del barrio. Como mencioné al comienzo las viviendas de la ciudadela están distribuidas por sectores, cada uno de un color diferente. Hay diferentes versiones sobre si hay diferenciaciones sociales que correspondan a diferentes sectores del barrio. Doña Rita asegura que no hay ningún criterio de sectorización o exclusión en la distribución de los habitantes. Otras personas opinan que sí, sobre todo resaltan que hay una distinción fuerte entre quienes viven en la parte baja del barrio, donde las casas están en mejor estado y hay más seguridad, y quiénes habitan en la parte de arriba del parque principal, lugares en los cuales las casas y las calles están más deterioradas y la inseguridad es mayor.

En efecto, si hay desigualdades evidentes en el estado de los espacios íntimos y públicos de la ciudadela dependiendo del lugar del barrio en el cual éstos estén ubicados. De las personas cuyos relatos que recogí en este trabajo, aquéllas que gozan de una mejor calidad de vida como Doña Rita, Don Pedro, Adriana, Roberto o Julio Sergio viven en casas de la parte de abajo del barrio, mientras que quiénes tienen mayores deficiencias

en su calidad de vida, habitan justamente en la parte de arriba, Flavio, Johana, Danilo y Alfredo. Esta observación necesita mayor trabajo etnográfico y de caracterización de los propietarios, pero me parece importante ponerla a discusión

Fotografía 23: Vista de los detalles ornamentales de una vivienda de dos plantas

Adicionalmente, en esta parte quisiera llamar la atención sobre el caso de las viviendas compradas por el distrito y la definición de este barrio como Zona de Alto Riesgo. Como veíamos en los relatos, especialmente el de Julio Sergio, este barrio se intentó edificar en los años ochenta y la licencia de construcción fue revocada. Sin embargo, en la década siguiente la Constructora Santa Rosa S.A. realizó su proyecto inmobiliario y vendió las casas, aún a sabiendas de los evidentes problemas geológicos que la zona tenía. Cuando el Distrito finalmente declara el barrio como zona de alto riesgo, los propietarios demandan pero dada la falta de pago en sus obligaciones sus viviendas les son arrebatadas.

Como lo relataba Doña Rita, cuando ellos compraron estas viviendas, sabían de los problemas de la zona. Las personas que ya vivían allí les advirtieron, pero eso no les importó. Ello(a)s sólo querían tener su casa. Esta experiencia se puede extender a más

habitantes del barrio que a pesar de conocer las problemáticas fuertes de la ciudadela y el futuro incierto de la misma, compraron allí porque era el único sitio en el que podían hacerlo. Allí operan lógicas evidentes de segregación socio-espacial (Harvey, 2007), según las cuales las personas que viven en Santa Rosa no tuvieron la posibilidad de elegir en donde querían vivir. Esta posibilidad de elegir estaba limitada por variables como el costo del suelo, la caracterización social y económica del suelo urbano en Bogotá y la forma como los espacios para habitar se construyen y definen desde lógicas de mercado verticales e inequitativas.

Al respecto, es evidente el peso que tienen las entidades bancarias en la forma como se habitan estos espacios. Tal y como lo decían un par de personas entrevistadas “el banco nunca pierde”. Finalmente, espacios públicos del barrio como el centro comercial o incluso espacios íntimos que luego fueron convertidos en no lugares, lugares de no uso y lugares abandonados, como las mismas viviendas selladas, son el resultado del gran poder que sigue teniendo la entidad financiera sobre este barrio. Al parecer hay varios agentes que participan como grandes propietarios de viviendas de la ciudadela, ya sea legal o ilegalmente. Pero el banco es el gran propietario de la ciudadela, así ha sido siempre y como mencionaba Julio Sergio, cuando tumben todas las casas, el que más va a recibir dinero es precisamente el banco.

Me parece importante volver sobre el asunto de las casas vacías y selladas. Como observábamos en los relatos, la compra masiva de inmuebles por parte del distrito a partir del fallo sobre la acción de grupo, tuvo un peso evidente en el espacio social y físico del barrio. Desde el aspecto de la seguridad, hasta la misma percepción sobre la ciudadela de los habitantes que aún quedan, varias cosas cambiaron y se hicieron más complejas en la ciudadela a partir de eso; hasta la lucha por el poder sobre la misma se intensificó y polarizó.

Como lo mencioné cuando relataba esta situación en el primer Capítulo, para las personas que se quedan ha resultado realmente problemático vivir al lado de estas casas vacías. El paisaje de las calles ha cambiado, no sólo en términos de seguridad sino también a nivel estético. Es muy difícil seguir preocupándose por el aspecto de la cuadra en la que alguien vive, cuando es el único que sigue viviendo allí. Esos espacios diseñados para habitar pero que ya no estarán nunca más habitados se convierten en

una especie de paréntesis entre las viviendas habitadas, puntos suspensivos en la convivencia del barrio, porque son la puerta hacia el que al parecer será el futuro del barrio. Una zona donde alguna vez habitó alguien, un espacio de presencias que ya no están, una ventana al pasado, un territorio desterritorializado.

Fotografía 24: Casa abandonada pero sin sellar

Fotografía 25: cuadra con la mayoría de sus viviendas selladas. Es la misma cuadra que mostraba en la fotografía 4, sólo que aquí ya fueron pañetados los bloques.

Alrededor de este punto surge una relación fuerte entre la incertidumbre que tienen los habitantes de la ciudadela sobre el futuro de sus viviendas, y la incertidumbre que la mayoría de ellos ha tenido al menos una vez con respecto a su futuro. Esto nos remite a cuestiones de clase y oportunidad: quiénes pueden tener un futuro asegurado y quiénes no. Adriana Parias (2010) menciona la fuerte relación que se establece entre las lógicas de exclusión de ciertas poblaciones del mercado formal del trabajo que genera la exclusión de las mismas poblaciones del mercado formal de vivienda.

En el caso de Santa Rosa esto es totalmente evidente. Como mencioné en el primer capítulo, uno de los grandes problemas que tiene que afrontar la población desmovilizada es la falta de oportunidades laborales cuando se encuentran en proceso de reintegración, lo que, a su vez, lleva a que se recurra al empleo informal. Esta situación es compartida con la población desplazada y con el grueso de la población colombiana de estratos bajos. De hecho, esta es una condición de clase compartida por la gran mayoría de los habitantes de la ciudadela Santa Rosa quiénes se encuentran en una situación informal de empleo y sustento económico.

Aquí vemos, como lo propone Parias, la relación directa de esta condición, con las lógicas de acceso y tenencia de la vivienda en el barrio, incluso de edificación del mismo. Tanto la población desmovilizada como el resto de los habitantes del barrio tienen posibilidades reducidas de ingresar al mercado formal del trabajo y por si esto no fuera poco, con todo el problema de la declaración de la ciudadela como zona de alto riesgo, se profundiza aún más (por lo menos para la gran mayoría de ellos) su condición de excluidos del mercado formal de vivienda. Para la mayoría la incertidumbre es el signo de su futuro y el de sus familias, es un viaje a ninguna parte.

6.2 Subalternidad y formas alternativas de participación

En su reciente conferencia magistral en el XIV Congreso Nacional de Antropología realizado en Medellín (Octubre 24 de 2012), el antropólogo argentino Alejandro Grimson proponía una relectura de la relación establecida por Gayatri Spivak sobre la relación de los sujetos subalternos con los poderes hegemónicos, en su conocido artículo *¿Puede*

hablar el sujeto subalterno? (1998) a lo que categóricamente respondía, No. Grimson nos invitaba a reflexionar sobre si efectivamente los subalternos estaban impedidos para hablar en contextos de ejercicios fuertes de poder hegemónico, o si lo que pasaba, era que los subalternos hablaban, sólo que en lenguajes que los antropólogos y en general los científicos sociales, no captábamos. Grimson invitaba a tomar muy en serio en los trabajos etnográficos, a los escenarios alternativos no oficiales de enunciación, como las artes, el baile o la comedia.

Todo esto me hizo pensar en que tal vez estaba dejando de lado un aspecto muy importante en la caracterización del espacio social del barrio. Inicialmente yo sólo tenía la versión de la historia de la ciudadela dada por Doña Rita, en la cual el proceso de reintegración social del barrio es una experiencia ejemplar. En ese momento no podía acceder a los relatos de otras personas, porque ellos o ellas se negaban a compartirlos conmigo, se negaban a hablar de eso, a darme entrevistas. Cuando empecé a conocer otros espacios del barrio diferentes a los de la JAC, cuando tuve la oportunidad de interactuar con otros habitantes del barrio y conocí estas otras versiones sobre la construcción y participación en espacios menos formales, entendí que habían múltiples desacuerdos y fricciones alrededor de como esa historia se contaba y se utilizaba.

En ese sentido, pensaba yo, habían discursos hegemónicos sobre la historia del barrio que estaban en el ámbito público y se habían convertido en la historia oficial del “barrio de los excombatientes” (El tiempo, 2008) Estos discursos le otorgaban cierto capital social a determinado grupo de personas y legitimaban el peso de sus opiniones en los espacios de participación comunitaria del barrio. Mientras que, por otro lado, había unos discursos subalternos que relataban otras historias sobre el barrio que sólo se presentaban en los espacios instemos de interacción y que en tanto no trascendían al ámbito oficial de lo público no dotaban a sus emisores de capitales sociales para participar activamente en el destino del barrio.

Después de asistir a esta conferencia releí mis notas de campo a la luz de la invitación de Grimson y me di cuenta de que tal vez estaba cayendo en el error que mencionaba este antropólogo. Tal vez había en Santa Rosa otros escenarios no oficiales en los que estas otras visiones sobre el barrio, estas otras historias encontraban una forma de

alcanzar el ámbito de lo público y yo había ignorado esos escenarios. Releyendo mis notas descubrí que en escenarios como la práctica del fútbol o los chistes, rimas y cantos de rap que componían los jóvenes del barrio, había discursos de crítica a los poderes dominantes de la ciudadela que alcanzaban el ámbito público y dotaban a sus emisores de reconocimiento y de capitales sociales simbólicos de participación en el espacio social del barrio. Mediante esta participación le daban continuidad, subvertían y criticaban estos poderes dominantes, pero siempre con una voz táctica y creativa.

De hecho, me di cuenta que no era adecuadlo pensar el espacio social de Santa Rosa como una división tajante entre un poder dominante establecido por determinados agentes y unos sujetos subalternos que lo obedecían. Lo que vemos en la ciudadela es un espacio social lleno de niveles, multifacéticos y variables tanto en el tiempo como en el espacio. Un sujeto o un grupo puede gozar de posiciones privilegiadas de participación con relación a otros, pero el mismo sujeto o grupo en otros ámbitos más amplios, puede ver limitada e incluso cohibida su participación y es allí cuando emplea de manera táctica otros capitales alternativos para comunicar sus ideas

La micropolíticas de reintegración a las que me refería antes están mediadas e incluso orientadas por la forma en que cada habitante de la ciudadela Santa Rosa, desde el más joven hasta el más viejo, desde el recién llegado hasta el más antiguo, usan consciente o inconscientemente sus capitales previos y consolidan unos nuevos, para construir roles locales en el espacio social del barrio, que puede variar en determinado momento para ajustarse a lo que el entorno social le propone. Cada habitante de la ciudadela vive el barrio, lo percibe, lo transforma y resignifica constantemente mediante sus prácticas de habitar dicho espacio.

7. Conclusiones

A partir del recorrido que he hecho en este escrito he pretendido mostrar que la Ciudadela Santa Rosa y sus espacios de reintegración pueden ser entendidos mucho mejor a partir de dos criterios principales:

Uno, el sentido global de lugar, es decir, observar Santa Rosa como un lugar en el que cobran forma localmente aspectos trascendentales del panorama histórico, social y político del país; uno de éstos, el énfasis permanente de los últimos gobiernos en la puesta en marcha de políticas y programas de fomento de la desmovilización de excombatientes de las Organizaciones Armadas Ilegales y atención a las personas que se encuentran en esta situación (ODDR, 2010) (Villarraga, 2005); o la verticalidad y especulación inmobiliaria que caracterizan el mercado del suelo y los procesos de urbanización de las grandes ciudades colombianas e incluso latinoamericanas (Parias 2010,Torres 2007).

Dos, un lente enfocado en la influencia que tienen las prácticas cotidianas de sujetos con diversa procedencia en la transformación del espacio social de un barrio como éste. Sujetos que, en ocasiones, pueden (o no) elegir si usan (o no) tácticamente capitales adquiridos previamente o construidos en las interacciones diarias con los demás habitantes, para acumular capital social o político, y asumir roles particulares (en ocasiones privilegiados, en otras subalternos) en dicho espacio social. Dichos roles les permiten o no participar de manera oficial o alternativa en las actividades organizativas del barrio e incidir sobre los procesos de transformación tanto física como social del mismo.

Como mencioné al inicio, mi trabajo no apunta y espero que no dejar esta impresión, a criticar o desestabilizar las dinámicas sociales de la ciudadela Santa Rosa. Mi intención

es mostrar la forma particular en la que procesos del ámbito nacional y distrital se manifiestan en el espacio social de un contexto local. A partir de allí y con la experiencia de plantear este trabajo, desarrollarlo y expresarlo en palabras, quiero plantear las conclusiones del mismo en tres puntos principales:

El primero es sobre el trabajo de campo. Este escrito no pretende ser, ni podría ser, un manual de técnicas etnográficas para el trabajo de campo en antropología; simplemente he querido relatar cual fue mi experiencia de acceso a un campo de trabajo, a un espacio social particular en el que no conocía a nadie y en el que a punta de obstinación, frustraciones y golpes de suerte, pude construir un rol local como algo más que un investigador externo y pude realizar una experiencia de trabajo de campo que me sirvió sobre todo a mí, pero que espero, haya servido en algo para los habitantes de la ciudadela. Sinceramente espero haber correspondido en algo a las personas de este barrio quiénes me abrieron sus puertas y me recibieron como un joven más del barrio.

Si alguien considera que le sirve lo consignado aquí para aplicarlo en otro lugar, en otro trabajo de campo, siéntase en toda la libertad de hacerlo teniendo en cuenta que ningún esquema de trabajo es aplicable a cualquier contexto y que lo más recomendable es que la metodología se elabore y la teoría se construya a partir del trabajo de campo, a partir de la experiencia que el campo mismo nos brinda.

Un antropólogo puede tener varias motivaciones para realizar un trabajo investigativo como éste. Lo que lo motiva pueden ser los títulos o el estatus académico, y no somos nadie para cuestionar esto. O por el contrario, la motivación puede ser la transformación estructural de las realidades sociales de las comunidades que estudiamos, aunque en ese sentido, personalmente no creo que estemos llamados a emprender tareas mesiánicas cual héroes míticos con el poder de salvar a la gente de precarias condiciones de vida. Creo, más bien, que la gente tiene las suficientes capacidades para hacer cosas en pro de su propio bienestar. Si el antropólogo puede colaborar en algo a esto, por mínima que sea su contribución, me parece que su labor está sirviendo para algo.

Más bien, creo que lo que ganamos los antropólogos y antropólogas con trabajos como éstos, en últimas, es la experiencia vivida, el conocimiento aprendido de la gente. Cada

uno verá qué hace con esa vivencia y con ese conocimiento. Si lo utiliza sólo para sí mismo o para los demás, depende de cada uno y cada una.

El segundo punto es una reflexión sobre las políticas públicas de atención a la población desmovilizada, aunque creo que lo podríamos extrapolar al ámbito general de las políticas públicas del estado. Como vimos aquí las trayectorias de reintegración social de los y las excombatientes son muy diversas, la forma en la que cada persona vive esta experiencia, la asume, la utiliza, la invisibiliza o la transforma depende del rango de posibilidades que le ofrece la sociedad al momento de dejar las armas y de las decisiones que tome dentro de ese rango de posibilidades; más aún, del potencial para abrirse nuevas posibilidades para pensar en un real nuevo proyecto de vida.

Las políticas públicas de atención a la población desmovilizada no pueden seguir siendo un instrumento para limitar y homogenizar esas posibilidades, situándoles únicamente en el ámbito de los trabajos informales, en el esquema asistencialista de beneficios para población vulnerable, que profundiza aún más la excusión de estos grupos, menosprecia sus capacidades y los sigue situando en un continuo estado “liminal” entre la sociedad civil y un afuera construido por el mismo estado.

El apoyo a proyectos productivos que son uno de los pilares de la política de reintegración del gobierno, siguen profundizando en la ubicación de estas personas en un rango técnico asistencial de trabajo y además mantiene esta visión inmediatista ya que, una vez le dan al desmovilizado el dinero para dichos proyectos, es expulsado de la cobertura de beneficios que el sistema de reinserción implica. En este punto me parece que el apoyo a la población desmovilizada en la realización de estudios universitarios es fundamental, para así ampliar el rango de opciones al que estas personas pueden acceder.

La reintegración de Santa Rosa nos muestra las enormes posibilidades y los valiosos capitales que tienen los excombatientes. Lo único que necesitan, son espacios en los que puedan desarrollar estas posibilidades de manera vinculante y solidaria. Si no se dan estos espacios o se siguen limitando a contextos de exclusión social, estos capitales

puedes expresarse de formas que perpetúan lógicas del ejercicio violento de la fuerza, como precisamente ha ocurrido en Santa Rosa.

Así mismo, creo que estos capitales los tienen no sólo los desmovilizados, sino también los desplazados y en síntesis, toda la población que vive en situaciones de pobreza, exclusión y vulnerabilidad. Para todas estas personas también es urgente crear espacios de integración, mejor de participación equitativa y digna en la sociedad ¿no será que ya es tiempo de abandonar este discurso ciudadanista que establece ciudadanos de primera, segunda y tercera categoría en función de variables como el consumo o la productividad?

El tercer y último punto que quiero abordar es la pregunta que esbocé en la introducción de este escrito y que está muy de moda en estos días sobre las posibilidades reales de alcanzar la paz en nuestro país. Creo que debemos dividir la respuesta en dos, separando los programas de reintegración social de excombatientes de lo que concebimos como paz, y preguntándonos si esa es la vía correcta para alcanzarla.

Hasta el momento la experiencia de los últimos años nos ha mostrado que los programas de desarme, desmovilización y reintegración (antes reinserción o reincorporación) se preocupan sobre todo por atacar directamente la moral de los integrantes de las organizaciones armadas ilegales y mermar sus filas a través de la deserción individual y los acuerdos colectivos con gran despliegue mediático, dejando de lado las necesidades reales de las personas que abandonan las organizaciones y perpetuando los discursos de exclusión sobre las mismas.

Como lo mencioné antes, personalmente creo que por lo menos a nivel individual sí es posible hablar de desarme, desmovilización y reintegración. Al igual que las demás personas que se dedican a trabajar en este campo, he visto como sujetos que pasaron años con un fusil al hombro o en las manos buscando entre la selva o entre las calles a algún “enemigo” o a un otro en quien descargar su arma, en algún momento tomaron la decisión de cambiar de vida, de dejar ese camino. Y aunque ese camino los persiga, ellas y ellos en su mayoría no pretenden volver a andarlo.

Así mismo, he visto como las familias de estas personas se vuelven a encontrar, se reorganizan o se construyen con la vista enfocada en ideales a futuro, e incluso estas familias se convierten en la motivación más fuerte para no retomar las armas. No pretendo que esto muestre que los desmovilizados han “aprendido la lección” y se han convertido en ciudadanos obedientes; aunque es evidente en los relatos que el discurso de “la desmovilización es la salida” si ha sido interiorizado en gran medida por esta población y se convertido en un canon moral de comportamiento. Pero esto no limita de ninguna manera las prácticas y los ideales de las personas en esta situación.

También he visto como el discurso de la reintegración social se queda en las cifras, en los documentos, en despliegue mediático y la propaganda del gobierno de turno. Todo esto al tiempo que sigue fortaleciendo un discurso ciudadanista que piensa en un pasado ideal de este país en el que todos éramos compañeros y no había conflicto, cuando es evidente que el conflicto ha sido una de las constantes de nuestra historia. Este discurso de la reintegración social patologiza la realidad nacional en términos de descomposición social. Plantea la necesidad de reunir los componentes de la comunidad que se encontraban afuera (desmovilizados, desplazados, victimas) e integrarlos de la mejor manera a una sociedad que no está dispuesta a repensar sus divisiones de clase.

En ese sentido, como lo menciona Norbert Elías, en la raíz del concepto de lo civil subyace un rechazo claro hacia los comportamientos impulsivos, una interiorización de la necesidad de controlar la conducta y el pensamiento para no atentar contra el orden social establecido. Esta noción se encuentra subyacente a todo el discurso oficial de reintegración social, que pretende vincularnos a todos en un pacto social armónico en el que cada uno entienda cuál es su papel en la sociedad y se limite a cumplirlo como un ciudadano modelo.

Aunque había dicho que el objetivo de este trabajo no era ese, me parece que es pertinente decir aquí que esta reintegración social como la plantea el gobierno no es posible y por tanto lograr la paz por esta vía tampoco. Primero, porque no podemos seguir pensando en un concepto tal como “la sociedad colombiana” como un conjunto homogéneo que tiende a desarticularse, y propenso a perder partes, pero que mediante la intervención del estado las recupera, las re-integra. Este es un país conformado por

múltiples comunidades, múltiples sociedades y aún más diversas visiones sobre las mismas.

Segundo, efectivamente los desacuerdos pueden ser inherentes a las estructuras sociales, el problema que tenemos aquí es la manera violenta y descarnada en la que solemos manejar esos desacuerdos. En ese sentido creo que alcanzar la paz o por lo menos dejar de matarnos los unos a los otros, no va a ser posible hasta que no pensemos en formas reales de solucionar las abismales desigualdades sociales que nos caracterizan. Cómo es posible que pretendamos vincular a un excombatiente a esta sociedad, cuando la misma sólo ofrece oportunidades para acceder a condiciones de vida que no son favorables, y en ese sentido sólo ofrece ciertas posibilidades de insertarse en el panorama que el discurso ciudadanista propone.

Como menciona Salcedo, en Colombia podemos presenciar una distribución desigual y violenta de derechos y concepciones bastante dispares de ciudadanía y justicia (Salcedo 2008) que ofrecen un marco más amplio de derecho para determinados grupos de ciudadanos y un aparato mucho más restrictivo de deberes para otros, por lo general, los menos privilegiados. Sin embargo, estas poblaciones que son puestas en escenarios de ciudadanías marginales, como el caso de los excombatientes, tienen el potencial de actuar por la reclamación de estos derechos que les son negados a través de procesos de que “recomponen, vinculan y articulan poblaciones, capitales étnicos y capitales políticos” (óp. cit).

Esto es esperanzador, porque si bien el estado parece no cumplir con la garantía de estos derechos, las comunidades y los individuos no son entes pasivos que se quedan esperando esto, sino que actúan de múltiples formas, se movilizan para conseguir estos derechos y así ampliar e incluso resignificar los conceptos de ciudadanía y democracia que se proponen oficialmente. Esto es lo que vemos materializado en el caso de la ciudadela Santa Rosa: individuos que luchan por su ciudadanía empleando el lenguaje de derechos y realizando sus reivindicaciones desde la marginalidad, la ilegalidad o la insurgencia (Holston 2009) si se quiere. Pero no en el sentido estigmatizado del termino insurgencia, sino en un marco de interpretación que invita a la necesidad de ser contestatario, participativo y activo para hacer frente a lo que los aparatos del estado y del mercado proponen.

A partir de lo anterior creo que ya es tiempo también de abandonar ese discurso sobre reintegración social de quiénes supuestamente están “afuera” de la sociedad. Hago la invitación (y espero que este escrito al menos de bases para eso) a pensar en la construcción de país a través de la creación de múltiples espacios de participación equitativa y vinculante de todas y todos los sujetos que compartimos este territorio; espacios que permitan ver más allá de la segregación socio-espacial, más allá de la estratificación económica, más allá de las jerarquías del conocimiento, que permitan pensar en un país que sea socialmente más amable, equitativo y democrático. En últimas una país con una paz basada en la justicia social.

Fin.

Bibliografía

- Alcaldía Mayor de Bogotá. 2004. “Recorriendo San Cristóbal” Diagnóstico físico y socioeconómico de las localidades de Bogotá, D.C. Secretaria de Habitat, Departamento Administrativo de planeación. Bogotá.
- Alta Consejeria Presidencial para la Reintegración. (2006). *Decreto 3043 del 7 de septiembre de 2006.* Bogotá.
- _____. 2011. *132 vecinos de la Zona Alta de San Cristóbal en Bogotá se unieron para trabajar por la convivencia y la reintegración*. Consultado el 5 de mayo de 2011. http://www.reintegracion.gov.co/Es/prensa/comunidades/Paginas/132vecinosdelaZonaAltadeSanCristobalenBogotaseunieronparatrabajarporlaconvivenciaylareintegracion.aspx
- _____. 2009. *Estadisticas sobre desmovilizaciones.* Bogotá.
- _____. (2012). *Estadisticas sobre desmovilizaciones.* Bogotá.
- Abramo, Pedro. 2003. La teoría económica de la favela: cuatro notas sobre la localización residencial de los pobres y el mercado inmobiliario. *Ciudad y territorio: Estudios territoriales*, Nº 136-137: 273-294
- Alcaldía de Bogotá. 2004 Recorriendo San Cristóbal: Diagnóstico físico y socioeconómico de las localidades de Bogotá D.C.
- Arjona Ana & Kalyvas, Stathis. 2005. Una mirada micro al conflicto armado en Colombia: Resultados de una encuesta a desmovilizados de guerrillas y grupos paramilitares. Universidad de Yale.
- Barrios Claudia. 2000. Reflexiones sobre la relación entre lugar y comunidad. Universidad Nacional de Luján. Buenos Aires

- Bourdieu, Pierre. 1997. *Razones prácticas. Sobre la teoría de la acción,* Barcelona, Anagrama.
- Castro, M. C. (2005). " La salida de la guerra: una apuesta subjetiva". En D. Villamizar, J. Cuesta, & C. &. Sanchez (Edits.), *Desmovilización, un camino hacia la paz.* Bogotá: Alcaldia Mayor de Bogota DC, Corporación Unificada Nacional de Educación Superior CUN, Hogares de paso La Maloka.
- Castro, M. C., & Diaz, C. L. (1997). *Guerrilla, reiserción y lazo social.* Bogotá: Almudena Editores.
- De Certeau, 1980(2000). *La invencion de lo cotidiano: artes de hacer.* Universidad Iberoamericana. México.
- Delgado, Manuel. 1999. “De la ciudad concebida a la ciudad practicada”. El animal público. Madrid: Anagrama.
- _____. 2012. “Mito del espacio público: retórica ciudadanista y control social en Barcelona” En: Salcedo, María Teresa & Salcedo Fidalgo, Andrés. Comp. Fricciones sociales en ciudades contemporáneas. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. ICANH. Colección Antropología en la Modernidad. Bogotá
- Echeverry Pérez, Antonio José. 2007. *Teología de la Liberación en Colombia. Algunas perspectivas* Reflexión Política, Vol. 9, Núm. 17, junio-sin mes, 2007, pp. 48-57 Universidad Autónoma de Bucaramanga. Colombia.
- Elías, Norbert. [1939] 2010. El proceso de la civilización: investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas. México. Fondo de Cultura Económica
- El Tiempo, edición digital. www.eltiempo.com Sección Bogotá. Fecha de publicación17 de marzo de 2007. http://www.eltiempo.com/archivo/documento/CMS-3479828. Consultado en Mayo de 2010.
- El Turbión. 2012. “Justicia y Paz se quedó corta en resocialización de excombatientes” Por: Andrés Monroy Consultado el 23 de septiembre de 2012. http://elturbion.com/?p=4684
- Escobar, Arturo. 2000 “El lugar de la naturaleza y la naturaleza del lugar: ¿globalización o postdesarrollo? En: *La Colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales.* Edgardo Lander Comp. CLACSO. Buenos Aires.

- Espejo Germán & Garzón, Juan Carlos. 2005. La encrucijada del ELN. En: Fundación Seguridad y Democracia, Coyuntura de seguridad No 8, Enero-Marzo de 2005. Informe Especial. La encrucijada del ELN, Bogotá, Editorial Kimpres.
- Fundación Seguridad y Democracia. (2007).*Criminalidad y victimización urbana en Colombia:*Consultado el 10 de fenbrero de 2010. http://www.seguridadydemocracia.org/docs/pdf/boletin/boletin15completo.pdf
- Goffman, Erving. La presentación de la persona en la vida cotidiana. Editorial Amorrortu, Buenos Aires, 1981
- Gluckman, Max. 1955 (2009). Costumbre y conflicto en África. UCH. Lima.
- Grimson, Alejandro. 2012. Conferencia magistral en el XIV Congreso Nacional de Antropología. Medellín.
- Guber Rosana. 2001. la etnografía: método, campo y reflexividad. Norma. Bogotá
- Harvey, David. (2007) Espacios del capital: hacia una geografía critica Madrid: Akal.
- Heidegger, Martin. 1997. Construir, habitar, pensar. En *Filosofía, ciencia y técnica*,. Santiago: Editorial Universitaria: 199-219.
- Holston, James (2009) "La ciudadanía insurgente en una era de periferias urbanas globales. Un estudio sobre la innovación democrática, la violencia y la justicia en Brasil", en Delamata G. (coord.), Movilizaciones sociales: ¿nuevas ciudadanías? Reclamos, derechos, Estado en Argentina, Bolivia y Brasil, Buenos Aires, Biblos.
- Jimeno, Myriam Lenguaje, subjetividad y experiencias de violencia. En *Antípoda*. Revista No 05 Julio – Diciembre 2007 Páginas: 169 – 190
- _____. 2007. Tensiones y configuración de estilos en la antropología sociocultural colombiana. En: Revista Colombiana de Antropología, Volumen 43, enero-diciembre 2007, pp. 9-32.
- _____. 2011. Después de la masacre: la memoria como conocimiento histórico. En: Cuadernos de Antropología Social Nº 33, pp. 39–52, 2011.
- Lefebvre, Henry**.** *1974 (1991)*. *la producción del espacio* Donaldson-Smith trans., Oxford: Basil Blackwell.

- Marcus, G. 1999"The uses of complicity in the changing mise-en-scene of anthropological fieldwork". En *The fate of culture: Geertz and beyond,* editado por S. Ortner. Berkeley: University of California Press.
- Massey, Doreen. 1994. Space, place and gender. Cambridge: Polity Press.
- _____. 1999. “Space-Time, 'Science' and the Relationship between Physical Geography and Human Geography” En: Transactions of the Institute of British Geographers, New Series, Vol. 24, No. 3. pp. 261-276. Royal Geographical Society. London.
- _____. 2001. Talking of Space-Time Institute of British Geographers, New Series, Vol. 26, No. 2 (2001), pp. 257-261: Blackwell Publishing
- _____. 2004. Lugar, identidad y geografías de la responsabilidad en un mundo en proceso de globalización. Societat Catalana de Geografía, 57, (77-84)
- Mauss, Marcel. (1954) 2009 “Introducción”. En: Ensayo sobre el don: forma y función del intercambio en las sociedades arcaicas. Katz Barpal Editores.
- Ministerio del Interior y de Justicia . (31 de Marzo de 2005). *Resolución 513* . Bogotá.
- Ministerio del Interior y de Justicia. (29 de junio de 2005). *Resolución 2533*. Bogotá
- Observatorio de Procesos de Desarme, Desmovilización y Reintegración (16 de abril de 2012). *DDR en cifras*. Recuperado el 16 de Mayo de 2011, de http://www.observatorioddr.unal.edu.co/cifrasDDR.html
- _____ (2009). *Síntesis de los programas de DDR de la alcaldía de Bogotá 2002-2008.* Universidad Nacional de Colombia. Bogotá D.C.
- _____ (7 de Mayo de 2011). *DDR en cifras*. Consultado el 15 de Mayo de 2011, de http://www.observatorioddr.unal.edu.co/cifrasDDR.html
- _____ (2008). *Matriz de Normatividad Nacional. h*ttp://www.observatorioddr.unal.edu.co/matrices/MATRIZDENORMATIVIDADNACIONAL/MATRIZDENORMATIVIDADNACIONAL.pdf.
- _____ (2009). *Síntesis de los programas de DDR de la alcaldía de Bogotá 2002-2008.* Universidad Nacional de Colombia. Bogotá D.C., marzo de 2009.

- Orozco, Iván. 2002. “La posguerra colombiana: divagaciones sobre la venganza, la justicia y la reconciliación” En: *Análisis Político* N°46 Mayo/Agosto 2002. IEPRI-UNAL.
- Parias, Adriana. 2010. “Mercado informal de vivienda en alquiler y estrategias residenciales de los sectores populares en Bogotá. Indicios sobre debilidades del sistema de vivienda de interés social”. En: Samuel Jaramillo Ed. *Bogotá en el cambio de siglo: promesas y realidades*. Quito: Olacchi.
- Patiño, Otty. 2009. La localidad de San Cristóbal Sur Donde la cultura surge de la cohesión social. Secretaria de Cultura, recreación y deporte. Bogotá. Consultado el 1 de diciembre de 2012. http://www.ciudadviva.gov.co/agosto09/periodico/3/index.php
- Pizarro, Eduardo. 1991. LAS FARC (1949-1966) De la autodefensa a la combinación de todas las formas de lucha. Universidad Nacional de Colombia - Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, IEPRI. Tercer Mundo Editores.
- Presidencia de la Republica. (22 de enero de 2003). Decreto 128 de 2003.Bogotá
- _____. (30 de Junio de 1994). Decreto 1385. Bogota.
- Porzecanski, Teresa. 2007. Norbert Elías: "Civilización" y "ciudadanía"; Revista conciencias. Consultado el 30 de noviembre de 2012: http://www.chasque.apc.org/frontpage/relacion/0412/civilizacion.htm
- Revista Cambio. 16 de mayo de 2008. Desmovilizados se molestan por cambio en el modelo de reintegración. Consultado el 12 de agosto de 2010. http://www.cambio.com.co/paiscambio/776/ARTICULO-WEB-NOTA_INTERIOR_CAMBIO-4164768.html.
- Rawls, John. 2006 Teoría de la justicia. Fondo de Cultura Económica. México.
- Rivas, Pedro & Rey, Pablo. 2008. Las autodefensas y el paramilitarismo en Colombia (1964-2006) En: Revista Confines 4/7 enero-mayo 2008. México.
- Romero, Mauricio. 2007. “Paramilitares, narcotráfico y contrainsurgencia: una experienciapara no repetir” En Pasado y presente de la violencia en Colombia. Gonzalo Sánchez & Richy Peñaranda Eds. La carreta editores. Medellín.
- Rodríguez, Iván Camilo. 2009. *La otredad en la figura del desmovilizado y los imaginarios construidos en el proceso de reintegración a la vida civil: el caso particular del acceso de excombatientes a la educación superior en Bogotá D.*C.

Trabajo de grado para optar al título de Antropólogo. Universidad Nacional De Colombia, Facultad De Ciencias Humanas. Departamento de Antropología. Bogotá.

- Rodríguez, Iván Camilo. 2010-2012. Entrevistas a habitantes de la Ciudadela Santa Rosa y Notas de campo.
- Salcedo, Andrés. 2008. Guerra y reconstrucción de ciudadanías: de ciudadanías restringidas a ciudadanías urbanas. Presentación en el foro "conflicto, violencias y ciudadanías" Centro De Estudios Sociales. Universidad Nacional de Colombia.
- Salcedo, María Teresa & Salcedo Fidalgo, Adrés. 2012. Fricciones sociales en ciudades contemporáneas. Instituto Colombiano de Antropología e Historia. ICANH. Colección Antropología en la Modernidad. Bogotá
- Spivak, Gayatri. 1998. "¿Puede hablar el sujeto subalterno?". En *Orbis Tertius,* año 3, Nº 6, pp. 175-235.
- Theidon, Kimberly. (2004). *Entre prójimos: El conflicto armado interno y la política de reconciliación en el Perú.* Lima: Instituto de Estudios peruanos.
- _____. 2009. Reconstrucción de la masculinidad y reintegración de excombatientes en Colombia. Serie Working papers FIP No. 5. Fundación Ideas para la paz. Bogotá
- Torres, Carlos Alberto. 2007. "Ciudad Informal Colombiana." En: *Revista Bitácora Urbano Territorial* No. 11 Vol. 1. Enero-diciembre: 53-93.
- http://www.revistas.unal.edu.co/index.php/bitacora/article/viewFile/18631/19527
- Tsing, Anna 2004. *Friction.* Princeton University.
- Turner, Victor. 1957. Schism and Continuity en an African Society. Berg Ed. Oxford.
- Velásquez, Juan. 2011. el feminismo barrial en la construcción de la ciudad y la ciudadanía, sus movilizaciones, diagnósticos y formas de participar en la planificación en Medellín, Cochabamba y Caracas. Memorias del Trienal de investigación FAU. Caracas publisher: ediciones de la facultad de arquitectura y urbanismo universidad central de Venezuela. Fundación fondo Andrés Bello
- Villarraga, A. (2005). Procesos de paz. Desarme y reinserción en Colombia. En D. Villamizar, J. Cuesta, C. Sanchez, R. Morales, & (Eds), *Desmovilización, un camino hacia la paz.* Bogotá: Alcaldia Mayor de Bogota DC, Corporación Unificada Nacional de Educación Superior CUN, Hogares de paso La Maloka.